



Sweeties



**ELIZABETH
BETANCOURT**

SUEÑOS

Elizabeth Betancourt

Sinopsis

Melania es una joven que mudará su vida insípida participando en un programa organizado por el Gobierno Italiano que consiste en comprar una casa a un euro y reformarla en un plazo limitado, pudiendo ganar o perderlo todo. Así emprenderá un viaje hacia la Toscana donde conocerá a las personas que más amará en el mundo, la pequeña Ángela y su atractivo padre, Domenico.

Domenico es un viudo y escritor de cuentos infantiles muy exitoso. Su único amor fue su querida esposa y temiendo enamorarse otra vez, se aleja de cualquier candidata capaz de robarle el corazón, aunque una pelirroja dulce, con agallas y testaruda parece estar a punto de cambiar eso. ¿Lo conseguirá?

Capítulo 1

La maleta vieja y desgastada sobre la cama matrimonial provocaba que sus pensamientos revolucionaran otra vez. Las preguntas asaltaban su cabeza sin contemplación, cada reflexión parecía un látigo que golpeaba su cabeza como si deseará castigarla.

—*Esto es una completa locura, Melania.* —Las palabras de su prima, la perfecta, siempre coherente y lógica Danna, aparecían en su mente como si de un disco rayado se tratará.

Su familia adoptiva, La tía Mitzi, el tío Arnold y por supuesto, Danna, conseguían hacerla dudar de sí misma desde que tenía memoria. Todo lo que comenzaba a emprender y cualquier idea que se le cruzará por la mente era considerada una “locura”.

—*“Deberías de pisar la tierra firmemente, Melania. ¡Fíjate en tu prima! Ha logrado conseguir un contrato fijo en el supermercado y ahora tiene un trabajo digno y más o menos bien pagado. Tú siempre aspirando a cosas imposibles... ¡Debes ser realista Melania!* —Solía decir la tía Mitzi a menudo y tarde o temprano lograba disuadirla de aquellas ideas fantasiosas que provocaban sueños de una vida diferente, una en la que se sintiera llena y ese vacío que la llevaba persiguiendo desde siempre finalmente se disparará como las cenizas del fuego que se las llevaba el viento.

La mayoría de las personas, al menos aquellas que formaban su entorno, elegirían la seguridad que les proporcionaba esa rutina y aparente apacible vida que más que pacífica era tediosa, tan estática que llegaba a ser pesada y hartaba. Sí, en definitiva, su alma necesitaba poder brincar, poder sentir una emoción nueva, sentirse viva en verdad.

Hasta hacía una semana ni se le habría cruzado por la mente algo como lo que estaba a puntito de hacer. Trabajaba en el taller de costura de sus tíos porque a Danna nunca se le había dado bien aquella labor, el taller y la costura la aburrían de sobremanera, encontrar el empleo de jornada completa en el supermercado había sido una feliz noticia para ella, pues le gustaba moverse y en ese trabajo una siempre reponía estanterías, ordenaba, hacía inventarios y mil cosas más, además se llevaba estupendamente con sus compañeras de trabajo y no la había costado integrarse en el grupo de “Mercomax”.

Quien había tenido que cargar con la difícil pareja que eran Arnold y Mitzi Wilson, había sido la joven Melania que había aprendido desde niña a lidiar con el temperamento de sus tíos.

Lo cierto es que les amaba con locura, se habían hecho cargo de ella sin dudarlo ni por un segundo en cuanto sus padres, cuyos rostros apenas recordaba, no, lo cierto es que no los recordaba, se habían muerto en un accidente automovilístico dejándola sin el amparo que representaban sus figuras con tan solo un añito de edad.

El agradecimiento que sentía por los Wilson era infinito, pues la habían dado techo, comida e incluso amor a su manera, pero sus formas de pensar contrastaban muchísimo con la suya. Ella deseaba con ansias poder caminar por muchos senderos y ver hasta qué destino la llevarían. Sus sueños eran grandes y sin límites, a veces sentía que podía conseguir cualquier cosa que se propusiera, pero sus tíos la bajaban a la tierra de inmediato, matando de un tiro todos los pajaritos que volaban por su cabeza.

Tal vez fuera una soñadora irremediable a la que la realidad podía golpear con fuerza, pero una vida sin sueños, deseos y objetivos le parecía una forma de respirar insípida, como esos platos saludables que cocinaba a veces la tía Mitzi y que sabían básicamente a nada. Ni sal, ni

condimentos... ¡Nada!

Suspiró por enésima vez mientras borraba las gotitas de sudor de su frente con la manga de su camisa de algodón. En su mente había una batalla, un gran dilema:

Por una parte, su lado salvaje, ese tan lleno que aspiraba por nuevas emociones que podría conservar toda la vida en forma de recuerdos y por otro, la sensatez con la que había crecido gracias a la firme educación de sus parientes que preferían vivir en una burbuja contemplando el mundo a través de su fina capa transparente. Para ellos, la realidad consistía en ciertos pasos que uno debía dar:

El primero, por supuesto nacer.

El segundo, estudiar. Después elegir si continuar con estudios superiores o trabajar. Según el tío Arnold, la educación en la crisis que amenazaba al mundo actualmente era algo inútil que solo representaba gastos innecesarios que se podían ahorrar por si algún día los necesitaban.

El tercer paso consistía en encontrar un empleo e intentar ahorrar dinero, parecía que cuanto más se trabajaba y menos se gastaba era mejor, como si el dinero se coleccionará. Algo que a Melania la costaba comprender, pues, aunque no había compartido su opinión con nadie de sus conocidos, ella pensaba que si uno trabajaba tenía el pleno derecho de disfrutar de la manera en que vea correcta de su esfuerzo. Curiosamente, sus tíos siempre se quedaban con todo el dinero que ganaba de las clientas del taller. Con los años, la vista de Mitzi había empeorado y a Melania se le daba muy bien coser y confeccionar... por lo tanto las mujeres del contorno solían acudir a ella.

El dinero que ganaba iba directamente a las cartillas de ahorro de la familia, para posibles percances futuros, decían sus tíos...

Era una pena porque Melania deseaba desde hacía mucho tiempo poder pagarse un curso de Diseño de moda corte y confección. Le gustaba en verdad ese trabajo, era lo único que provocaba el brillo en su mirada, quería avanzar, sentía una enorme creatividad en su interior que deseaba explorar.

A veces se imaginaba a sí misma creando diseños de vestidos y conjuntos hermosos, como las que llevaban las modelos en las pasarelas más espectaculares de Paris que una podía ver gracias a internet.

En su habitación, tenía montón de libros que la dueña de la librería que se encontraba al lado del taller, había tenido la amabilidad de regalarla. Casi todos eran sobre moda, era algo que la fascinaba e inspiraba.

Melania movió su cabeza de un lado a otro, sus cabellos del color del vino tinto se movieron salvajemente golpeando la piel de sus mejillas, como si de esa forma pudiera borrar las dudas que estaban a punto de convencerla de quedarse y seguir con su vida tal y como llevaba veinte años, pero una voz interior la gritaba que prosiguiera, que no debía temer y que ya era hora de abandonar el nido, de alzar las alas y ver lo que la deparaba esta nueva aventura, este nuevo capítulo del libro de su vida que deseaba abrir.

—Llevas reflexionando una semana, Melania. ¡Ya lo tienes decidido! —Se dijo a sí misma y un brillo adornó su mirada de color verde oliva.

La hoja que había imprimido seguía sobre su cama, al lado de su vieja maleta que había logrado adquirir en una tienda de segunda mano. Era antigua, pero desprendía clase, según Melania que se había enamorado de aquella maleta a primera vista, imaginando un viaje memorable con una sonrisa de oreja a oreja, pues para alguien que llevaba estancada en la pequeña ciudad pintoresca de “Boring”, en el corazón de Oregón, era como una peripecia.

Siempre que venía un visitante al lugar donde había crecido y al cual conocía como a la palma de su mano, reía a carcajadas ya que el eslogan de aquella mini ciudad que ni debía ser catalogada como “ciudad”, era: “El lugar más excitante para vivir, todos los días son una aventura”. La frase que había elegido el alcalde, un vejstorio que debía tener ciento veinte años, pero que no cambiaba ni un ápice de aspecto físico como si fuera la reina de Inglaterra, contrastaba totalmente con el nombre de aquel sitio.

Se acercó al papelito que se había arrugado ligeramente, pues lo miraba cada noche antes de acostarse pensativa. Pronto las reflexiones sobre si esta decisión era tan acertada como en su imaginación, se convertían en sueños. Con una media sonrisa, lo tomó entre sus dedos y leyó por enésima vez el anuncio que iba mudar su vida:

Fabbriche di Vergemoli (Toscana)

La hermosa zona, frecuentada en el pasado glorioso del país por grandes artistas, está dentro del proyecto europeo de la compra de casas por un euro. Debido al gran descenso de habitantes del país por culpa de la crisis, el gobierno ha optado por este nuevo y revolucionario método que es perfecto para los amantes de la naturaleza, las almas sensibles y artísticas que deseen la libertad y lanzarse a la gran aventura de reformar un hogar y devolverle su grandeza de antaño en cinco años. Para más información, consulte a la siguiente dirección web: www.casasporuneuroeuropa.it

El anuncio estaba acompañado de una imagen de la zona que quitaba el aliento. El verdor de los prados, el cielo de un azul tan claro y hermoso que seguramente las mejores poesías se debían haber inventado contemplando semejante panorama.

Aquella tierra en plena primavera, adornada por varios colores intensos que se mezclaban en el verde del inmenso prado. Los rayos del sol parecían caminar por el campo y las flores parecían aplaudir antes de que la luna, como buena madre que era, les mandara dormir y descansar en el confort de la noche. Aquellos rayos iluminaban a un caserón de tejas verdes como si fuera el protagonista de un escenario de algún musical famoso. La paz que transmitía la imagen llevaba a la joven mujer a visualizarse sentada en las escaleras blancas decoradas con pequeñas macetas de flores bien cuidadas, bebiendo una copa de vino blanco y observando la luna mientras soñaba despierta.

En la página web, la descripción de la hermosa casa, resultaba muy apetecible de aceptar la única y especial oferta con la cual uno pocas veces podía encontrarse en la vida.

Seis habitaciones, una sala de estar y comedor, una cocina, un mirador amplio con vistas espectaculares e inspiradores y un sótano, además de las extensas tierras que también estaban dentro de aquella oferta más que generosa.

—Es una propuesta tan diferente y singular que no aceptarlo y lanzarse podría llevarme a lamentarme y preguntarme durante el resto de mi vida lo que habría pasado en caso de haber aceptado...

Habló sola consigo misma, como solía hacer. A veces su familia la miraba como si fuera un bicho raro cuando hacía ese tipo de cosas.

Lo cierto es que su pueblo, no era tan diferente a aquella imagen que sostenía en sus manos con ilusión. Había prados, ovejitas y unas noches estrelladas que daba gusto disfrutar observando el colosal cielo, pero no representaba ninguna aventura para ella, era un sitio estático en el que uno no podía evolucionar y hacer sin miedo las locuras que se le ocurrían ya que su carácter inquieto por naturaleza, la obligaba a explorar esa sensación de hacer cosas diferentes, de

conocer la parte más divertida de su ser, esa parte de niña que la mayoría enterraba como si fuera un ser irracional y estúpido cuando en su opinión, no había más sabiduría que la que albergaba un niño pequeño cuya alma era alegre y sin maldad alguna en su pequeño cuerpecito.

Reformar una casa a su gusto, en un país diferente, una cultura diferente y hasta un idioma totalmente distinto... Todo eso representaba una oportunidad única para vivir algo que esperaba lograr llenar su corazón, algo que la hiciera sentirse orgullosa de sí misma. Definitivamente era un reto. Iba a enterrar los miedos bajo una capa de acero.

El rostro de Melania resplandecía y su corazón se emocionaba. La pelirroja respiró hondo para calmar sus agitados latidos, antes de empezar a meter más ropa en su maleta doblando cada camisa y vaqueros, lo que más predominaba en su armario, con sumo cuidado. Sus cositas eran viejas, algunas ya con el color desteñido, pero ella las cuidaba e incluso, a algunas prendas las había customizado gracias a las telas sobrantes de algunas clientas que eran de colores bastante interesantes.

Empezó a reír al recordar a la tía Mitzi, lo furiosa que parecía cuando un día la había visto con unos viejos vaqueros a los que había remodelado y parecían nuevecitos. —“¡No me puedo creer que hayas derrochado dinero para un capricho tan tonto!” —Había gritado la mujer. Su voz era aguda y chillona y al ser ella diminuta, parecía un duende enfadado. Melania se había aguantado a duras penas la risa, intentando explicar con calma que los vaqueros los había creado ella. Un hecho que no había logrado calmar la ira de su tía, sino al contrario, reforzarla.

Sumida en sus pensamientos, diciéndose a sí misma que una vez iniciada esa nueva vida, ese nuevo capítulo, recordaría a su pueblo y a su gente con cariño, ni se percató de que la puerta de su habitación se abría.

Mitzi Wilson miraba a su sobrina con odio, fulminando a la muchacha mientras el corazón se le llenaba de un terror que estaba a punto de dejarla paralizada como una estatua de hielo, pues la idea de que el chollo que se había montado durante largos años se terminará, la mortificaba.

La idiota que estaba de espaldas a ella, siquiera se daba cuenta de la importancia que representaba en su familia, hablando económicamente claro está. Era tan tonta que no se enteraba cuando alguien la usaba a su antojo, pero eso sí, era mañosa, tampoco diría talentosa, pero sí bastante diestra en el trabajo y se había ganado a bastantes clientas de la ciudad y alrededores. Desde que trabajaba en el taller de costura, casi todo el dinero que ganaba se lo quedaban ella y su esposo. La había instruido bien, era obediente y trabajadora, pero tenía grandes aspiraciones, lo cual era una gran molestia.

Mitzi no sentía ninguna culpa por lo que hacía, lo sospechaban todas las personas que conocían a su familia, pero le importaba un comino. Había acogido a esa pequeña perra y lo justo era que se llevara algo a cambio. No estaba dispuesta en absoluto perder los ingresos que la muchacha ganaba, pues le venían estupendamente y vivía de manera despreocupada, tal y como le encantaba.

Sonrió maliciosa, no sería la primera vez que la disuadía, podía lograrlo una vez más y aprovechar la ayuda de la joven hasta que su esposo lograra ganar más dinero, pues según él, pronto iba a hacer un negocio muy exitoso con un empresario con el que había coincidido en una taberna y se había tomado un par de cervezas, al parecer Arnold le había caído muy bien al hombre y le había soltado una lacrimógena historia que el muy imbécil se había tragado.

—“Llevo desde hace años con la ciática. Me impide trabajar y cuidar de mi familia como cualquier hombre debería hacer. Me siento un inútil, dependiendo del taller de mi querida esposa.”

Solía decir el muy rufián en cuanto detectaba a una pobre alma al cual chupar la sangre.

En realidad, su esposo estaba como un roble, pero un vago de mierda al que le encantaba la buena vida. Mitzi ya lo sabía desde que había dado el: “Sí, quiero” en el altar. Habían vivido bien gracias al taller que había heredado de su padre y gracias a la buena de Rowena, su difunta hermana.

El recuerdo de sus ojos risueños y ese tono de cabello, similar a un cupcake, no despertaba tristeza en Mitzi que ciertamente, jamás había sentido un amor profundo hacía su hermana menor. Eran distintas en todos los aspectos. Rowena alta y muy grácil mientras que ella, de estatura baja, con un rostro tan común que pocos recordaban sus facciones. En cuanto al carácter, sucedía algo muy similar. El carácter jovial que había tenido la difunta contrastaba con la seriedad de Mitzi que ahora se podía contemplar en cada arruga que adornaba la piel de la zona inferior de sus ojos.

Lo cierto es que desde pequeña la odiaba. Rowena era la niña perfecta, algo que sus padres nunca perdían la oportunidad de recalcar. Ellos siempre habían demostrado cuál era su hija favorita. Todo lo que hacía su hermana era algo asombroso y digno de aplausos, un motivo de regodearse ante sus amistades, mientras a ella siquiera la mencionaban.

Incluso muerta, debía soportar a los comentarios de personas que no hacían más que recordarla lo especial que era Rowena y lo común y simple que es ella.

—“Desde luego, dios se lleva a los mejores”. “¡Qué pareja más bonita eran Rowena y Cup Miller! Una desgracia, tan jóvenes, tan buenos y guapos”. “Murieron en la flor de la vida, justo cuando sus carreras de periodistas se desarrollaban” “¡Qué pena!, pero al menos dejaron a una niña hermosa en el camino” “La dulce Melania tiene los ojos de su madre. ¡Es su viva imagen!”

Y era cierto, la niña ya se había convertido en toda una mujercita y demasiado bella, era como contemplar a Rowena a los veinte años.

Los labios de la mujer formaban una fina línea que convertía su rostro en mucho más desagradable a la vista. Su nariz puntiaguda y aguileña parecía realzarse más y las cejas juntas daban la sensación de que era alguien severo.

La edad no le sentaba precisamente bien a Mitzi, tal vez por culpa del odio y coraje que albergaba ese corazón suyo que con cada día estaba más podrido.

—¿Qué es lo que hace mi niña hermosa? —Preguntó con una amabilidad más exagerada que las tetas de una típica actriz rubia de Hollywood.

Melania dio un respingo y sonrojada como un tomate se dio la vuelta con la mano sobre el pecho debido al susto.

—¡Tía Mitzi! —Exclamó la joven mientras los pelos se le ponían de punta. Aunque la mujer tenía dibujada una sonrisa en su rostro, algo en ella, que Melania no podía descifrar le provocaba pavor.

—Estoy preparando el... el... el equipaje. ¡Ya lo tengo decidido! —Se explicó la pelirroja de forma atropellada, ya que la mujer seguía con esa sonrisa extraña sin que una sola palabra fuera pronunciada por sus labios.

—Oh, querida, tú siempre tomando decisiones tan torpes. ¡A quién se le ocurre semejante chorrada, cielo! Irte a un país donde no conoces a nadie y comprar una casa que quién sabe en qué condiciones estará. Si eres incapaz de cuidarte, cómo crees que serás capaz de empezar a cuidar de una casa, en un país tan diferente al tuyo. ¿Tienes idea querida de la corrupción que existe en ese país? —Preguntó Mitzi con los ojos abiertos de par en par. La exorbitada expresión de la mujer estaba a punto de provocar la risa en Melania, pues a su parecer, su tía había visto tan poco

mundo que sus prejuicios la cegaban por completo.

—Tía Mitzi, Italia es uno de los países con más historia, una de las culturas europeas más apreciadas y uno de los territorios con más arte existentes. —Explicó la joven con una sonrisa tierna.

—¿Y para qué necesitas tú eso? Niña, eres una soñadora sin remedio. ¿Te crees artista por poder coser un par de botones? Sé que probablemente te imaginas una vida idílica en la que logras llegar a ser alguien importante y disfrutas de la vista de los bellos paisajes que ofrece el país y de su gente abierta y amable... Pero eso solo ocurre en las películas. La vida real es muy diferente y debes aceptar que tú no eres especial mi niña, debes ver tus posibilidades reales e intentar labrarte una vida digna, como la que yo y tu tío te ofrecemos en el taller. A caso, ¿no agradeces toda la ayuda que te brindamos? Hemos tenido que sacrificar muchas cosas para tu bienestar y tú siempre te has mostrado tan... necia.

Inmediatamente la culpa comenzó a calar en el corazón de Melania, que tras conversar con su familia siempre acababa sintiéndose como una desagradecida por desear cosas que probablemente muchos de su edad querían. Tener sueños y metas no sonaba nada mal en su cabeza, pero cuando Mitzi hablaba con ella, todas sus opiniones y convicciones solían mutar y acababa de lo más confundida.

La mujer pudo apreciar en los ojos de su sobrina que había logrado sembrar la duda. Sonrió de forma sibilina, la había criado bien, desde luego que había hecho un buen trabajo creando a un ser inseguro y tan obediente que una no podía aguantarse las ganas de exprimirla por completo, de usar ese cerebro de ovejita que tenía para conseguir sus objetivos.

Mitzi Wilson se sintió orgullosa de sí misma, desde luego que pocos tendrían esa idea tan maquiavélica y conseguirían básicamente a una sirvienta gratuita.

Sí, había sido difícil cuidarla de bebé, sobre todo por falta de ganas, pero un buen incentivo era la herencia que los padres de la niña le habían dejado y que ella había usado a su antojo. Melania siquiera tenía idea de poseer una herencia.

Tal vez su hermana fuera una estudiante ejemplar, tal vez su conversación fuera cautivadora al igual que ella, pero era incapaz de manipular y con los años Mitzi había comprendido que ese talento se lo había quedado ella.

Incluso había logrado engañar a sus padres que vivían en lo alto de una colina en un pueblo apacible y muy tranquilo, disfrutando de su edad avanzada, cuidando de su pequeña huerta y jardín. Se habían alegrado mucho cuando tras la muerte de Rowena ella se había quedado con el bebé de esta. Esa decisión había contribuido a que la opinión de muchos cambiará respecto a ella y a su familia. Ahora existían los incautos que creían en su bondad, en sus intenciones gentiles con respecto a Melania que se ganaba al igual que su difunta madre el cariño de todo aquel que la conociera. Un hecho que mejoraba la reputación de los Wilson.

—Creo que siempre he demostrado con creces el agradecimiento profundo que siento hacia esta familia, pero ya soy una mujer adulta y es la hora de vivir mi vida. Es el tiempo de volar del nido, aprender y saborear el mundo que me rodea. Es algo que sucede tarde o temprano... Mi prima, por ejemplo, no vive en la casa, tiene su pisito, no veo un inconveniente en que yo tenga ya mi vida apartada a la vuestra, tía, y eso no significa que sea una desagradecida, sino que ya he crecido y siento que debo independizarme. —Habló de repente Melania dejando a Mitzi boquiabierta. Generalmente la niña no rechistaba, pero al parecer, la necesidad de sentir libertad y de poder tomar sus propias decisiones había aumentado de manera drástica.

—Cielo, puedo comprenderlo... Pero tu prima está casi al lado de casa, mientras que tú te

quieres ir a vivir a kilómetros de distancia. —Contrató Mitzi, cambiando el tono de voz que empleaba e intentando parecer indulgente ante su sobrina. Más valía que estuviera bajo distinto techo que a tanta distancia donde sería imposible seguir manejándola.

—Lo siento tía, pero es mi decisión y debes respetarla. He ayudado cuanto he podido aquí, mostrando mi infinito amor y cariño por ustedes, pero esta no es la vida que quiero tener, no es el futuro que quiero vivir. Así que lo lamento, pero iré a probar mi suerte en Italia y tal vez me equivoque, pero son mis errores y soy yo la que tendrá que lidiar con ellos. Me gustaría poder irme sin dramas y con una linda despedida...

Aquellas palabras dejaron a la mujer realmente atónita. Al parecer aquella pequeña perra había tomado una decisión tan firme como las rocas. Ese hecho enfureció a Mitzi de tal manera que la mascarilla que siempre llevaba en el rostro se le cayó rompiéndose en pedazos, símbolo de que las verdaderas intenciones tarde o temprano se mostraban en todo su resplandor, por muy buen actor que uno fuera. Algo en el interior de la mujer diminuta y aparentemente sin maldad, la decía que su bienestar económico finalizaba sin que pudiera hacer algo al respecto.

—¡Haz lo que quieras perra asquerosa! —Gritó aquella que de edad era mayor, pero de mente y de corazón tan pequeña que uno podía llegar a sentir cierta lástima por ella.

Melania se había quedado helada y bastante dolida por el exabrupto tan inesperado. Lo cierto es que hacía mucho tiempo sospechaba cosas sobre su familia adoptiva, pero no podía admitirse a sí misma aquellas horribles opiniones que siempre atribuía a su gran imaginación, aunque viendo los ojos de su tía fijamente, se preguntaba a sí misma si todas aquellas sospechas eran más reales que la propia realidad que la rodeaba.

—¿Por qué me hablas de esa manera, tía? —La pregunta salió de sus labios de manera involuntaria. El tono de su voz irradiaba tristeza, se resquebrajaba al formular la cuestión, temiendo oír una respuesta. Su expresión era de temor y de angustia, su juventud podría provocar calor en cualquier corazón y un deseo de abrazarla porque se veía tan débil ante la pequeña mujer cuyos ojos no expresaban más que rencor y odio.

—¿Por qué? ¡Te pareces tanto a ella que da asco mirarte! —La respuesta no tenía lógica, el veneno que soltaba la convertía en alguien irreconocible para la joven que estupefacta no podía apartar la vista de ella, observando cada gesto de desagrado que la mujer no intentaba disfrazar.

—Mi madre te amaba con locura, los abuelos siempre lo dicen... —Dijo en un susurro. En su mente luchaban dos opiniones opuestas a lo que estaba sucediendo: Por un lado, deseaba aferrarse a la creencia de que ese cambio de actitud y esas maneras toscas de hablar de su tía se debían a que no podía aceptar su partida, por otra, que la mujer estaba tan furiosa porque no recibiría más el dinero que ella ganaba y que entregaba casi en su totalidad a su pequeña y delicada mano de manicura perfecta.

—¡Sí, claro! Según mis padres Rowena era la mejor, amaba a todos, la dulce, inteligente y bella Rowena. Ya no me servirás de nada, vete para no volver jamás, maldita niñata —Respondió Mitzi.

Por un momento su sobrina pudo observar la locura danzar en sus ojos sin brillo. Ya no había dudas, acababa de confirmar aquello que siempre había creído. Su familia la usaba y por eso siempre se negaban a dejarla marchar. No porque pensarán que era una inútil de sueños grandes, que también, pero sobre todo, era porque ella dócilmente entregaba todo lo que ganaba a aquella casa.

Con los ojos cuajados en lágrimas, prosiguió recogiendo su ropa y doblándola en aquella maleta vieja que simbolizaba ese nuevo capítulo basado en sueños. La presencia de su tía siguió

en aquella habitación hasta que sus pasos se alejaron con brusquedad, cerrando la puerta de madera con una fuerza terrible, provocando un ruido estruendoso que hizo que Melania cerrara los ojos deseando olvidar ese instante. Puede que sonará estúpido, pero deseaba recordar de sus años en la casa de los Wilson únicamente las cosas lindas, porque sí, había recuerdos alegres como la vez que su tío la había enseñado a montar en bici, o las veces que había jugado con su prima al té, su primer beso con el hijo de los vecinos que había resultado gay y la sonrisa de todas sus clientas con las que siempre se había llevado de fábula. Incluso con Mitzi había instantes que resguardaría con gusto, como el momento en que comenzó a enseñarla a cocinar, era una excelente cocinera cuando no preparaba platos “sanos”... ¿De qué servía guardar recuerdos horribles en la mente? Más valía perdonar y seguir el camino sin un sabor agrio por culpa del coraje en sus labios, sin un fantasma triste persiguiéndola en las pesadillas y sin el odio envenenando su vida sin descanso.

Tenía mil preguntas rondando en su cabeza que formular a su tía, las respuestas podía llegar a imaginárselas, pero, ¿de qué le valdría saberlas con certeza, si siempre había sentido que no pertenecía a aquel lugar? ¿A caso esto era una señal de marcharse sin mirar atrás?

Capítulo 2

El avión estaba a punto de despegar, nunca antes había estado en uno y este era tan enorme que la había impactado al verlo tan de cerca.

Procuraba por todos los medios no pensar en accidentes, aviones explotando y cientos de miembros despedazados volando por los aires, pero curiosamente, siempre se formulaba una imagen tan apocalíptica en su inquieta mente.

Con los ojos cerrados con fuerza rezaba algunas plegarias que se había aprendido de pequeña, sin siquiera percatarse de que una niña en el asiento de al lado la observaba divertida.

—“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...” —Susurraba Melania mientras apretaba sus manos con fuerza. Una risa infantil captó su atención y abrió solo un ojo para ver ante sí a una pequeña de entre cinco y ocho años con una sonrisa de oreja a oreja. Su exagerado temor parecía divertirla de sobremanera.

—¿Sabías que los accidentes de avión son de un porcentaje muy inferior comparado con los accidentes de coche? Según mi padre, no hay vehículo más seguro que el avión. —Habló la niña y Melania sonrió sin poder evitarlo. El tono que empleaba era el de una profesora, pero su voz tan tierna e infantil que derretía el corazón.

—Tu papá tiene razón pequeña, pero a veces uno no puede evitar sentir miedo. —Respondió con suavidad procurando no moverse porque repentinamente parecía que sus tripas se habían revuelto.

—Papá dice que los miedos solo son suposiciones, pero no la realidad. Aunque él temé a muchas cosas, según yo.

Respondió la niña. Su cabello marrón con algunos destellos en color dorado, estaba despeinado, rizos alborotados caían por sus hombros y cubrían o más bien acariciaban su pequeña barbilla. Sus ojos eran grandes, curiosos y bastante cálidos, de color miel cubiertos por unas pestañas espesas que parecían de anuncio. Sus labios en forma de corazón, eran rosados y diminutos, sus mejillas regordetas y sonrojadas. La piel de la pequeña era tan blanca que parecía de porcelana adornada con pequitas alrededor de su nariz y sus cachetes.

—Tu padre debe ser un hombre muy sabio. —Dijo Melania procurando dejar de sentir aquel pánico que la paralizaba. No sentía ningún movimiento brusco del avión, pero saber que estaba a unos cuarenta y dos mil pies de altura, la ponía de los nervios y siempre que eso pasaba le daba por comerse las uñas, un pésimo hábito que había adquirido a temprana edad, era por eso que sus manos siempre estaban en un estado desastroso.

—¡Es el hombre más sabio del mundo! —Dijo la pequeña, tan convencida y con tanto orgullo que a Melania le apeteció pellizcarle aquellas mejillas rosaditas.

—Y tu mamá, supongo que la mujer más sabia del mundo. —Dijo con una sonrisa, pero al ver que algo en los ojos de la pequeña cambiaba, el brillo que anteriormente tenía se apagaba, la sonrisa se le esfumó.

—No la conozco, según papi ella me contempla desde el cielo así que, aunque no sepa cómo es su rostro, sé que me cuida y siempre estoy protegida.

A Melania le dio tanta pena, el padre de la encantadora niña debía de haberle repetido aquel discurso hasta la saciedad, pero por muy bonito que fuera una descripción de un ángel de la guarda, no lograba borrar la falta que debía sentir aquella criatura de una figura materna. Su

mirada se lo decía con claridad. Se sintió tan identificada con esos grandes ojos llenos de melancolía que por un segundo se vio a sí misma sentada frente a ella. Recordaba perfectamente la falta que le hacían sus padres a esa edad, era algo que seguía sucediendo de vez en cuando, esa añoranza de tener algo que siquiera llegó a conocer, pero lograba disipar esos pensamientos y mirar hacia delante, hacia sus sueños que de cierta manera la sostenían y provocaban sus enormes ganas de vivir, ver y conocer.

—Yo tampoco conocí a mi madre, pero estoy segura que fue una gran persona al igual que papá. A él tampoco llegué a conocerle, aunque eso sí, he oído muchas anécdotas sobre ambos. — Contó Melania.

—Y yo, papá a menudo me habla de ella. Dice que era de carácter fuerte como el mío, que podía ser tan dura como el pan de ayer y tan dulce como la miel. Dice que fue la mujer más especial de su vida y que pasar los años junto a ella era como montar en una montaña rusa de instantes tan inolvidables que convertían cada momento en un tesoro que guardar por la eternidad en el alma.

Las palabras de aquel ser inocente emocionaron a la pelirroja, no conocía al padre de la criatura, pero debía ser una persona única si era capaz de amar de manera tan profunda como amó a la madre de su hija.

—Uno no se da cuenta del valor de un recuerdo, a menos que no conserve ninguno... — Susurró, sumergida en sus pensamientos, mientras el miedo de volar desaparecía poco a poco para dar paso a reflexiones que acabarían provocándole dolor de cabeza, probablemente.

—¿Y tú a dónde te diriges? —La voz de la nena la sacó otra vez de su mundo interior.

—Lo siento, soy tan curiosa... Papá siempre se queja de eso. —Se disculpó la peque haciendo un mohín gracioso con los labios.

Melania empezó a reír: —“Desde luego, seguro que su padre no se aburre con ella jamás.”. — Pensó la pelirroja.

—Me dirijo hacia la Toscana. ¡Me acabo de comprar una casa por un euro! —Respondió divertida, encantada de la vida. Deseaba ya pisar esas tierras y ver con sus ojos la casa. Sabía que no era hermosa, que probablemente tenía muchos estropicios, pero en eso consistía aquel proyecto, en poder repararla en cinco años. Una hazaña que Melania esperaba cumplir y quedarse con el caserón, convirtiéndolo en el hogar de sus sueños.

—¡A la Toscana! —Exclamó la dulce niña abriendo sus luceros de par en par, como dos grandes ventanas que mostraban su inocente y bondadosa alma infantil.

—Mi papá y yo vivimos allí, en la zona de Fabbriche di Vergemoli. Allí se encuentra nuestra casa de estancia permanente, aunque hay veces, que por el trabajo de papá nos vemos obligados a viajar y a vivir en hoteles. Suelen ser muy bonitos, pero no me dejan correr y divertirme. —Se quejó la nena, estaba claro que para ella, no poder correr, representaba un gran problemón y no le gustaba un pelo.

La información dejó patitiesa a Melania que no podía creerse semejante coincidencia.

—¿Cómo te llamas angelito? —Preguntó con una sonrisa dibujada en sus labios. Esa niña provocaba en su interior una ternura inexplicable, tal vez se debía a que se sentía de cierta manera identificada con la dulce criatura.

—Mi nombre es Ángela. —Respondió esta con una pequeña carcajada.

—El nombre te pega como un guante. El mío es Melania, mucho gusto Ángela. Veo que eres italiana, pero tu inglés es perfecto.

—Mi mamá era inglesa aunque pasó toda su vida en Italia, además viajamos tan a menudo con

papá a Inglaterra que siento, que soy parte de ambos países. Aunque debo admitir que amo mucho más a Italia. —Contestó Ángela mientras acariciaba los pliegues de su vestidito azul cielo. Sus zapatos de charol en color rojo daban pequeños golpecitos al respaldo de la silla de enfrente. Melania esperaba que no fuera molesto para el pasajero de enfrente.

—No me extraña, Inglaterra tiene su encanto, pero creo que Italia es mágica. —Dijo Melania con un tono soñador.

—¿Has crecido allí? —Preguntó Ángela. Su gran interés únicamente mostraba que era una niña curiosa, no había malicia alguna ni era molesto para Melania. De hecho, disfrutaba de su compañía y agradecía a dios haberla tocado viajar con un ser tan encantador. Su pánico de volar se había bloqueado por completo, ya siquiera sentía náuseas e incluso la apetecía mirar por la ventana y ver si las nubes eran tan hermosas como ella se imaginaba.

—No, pero siempre soñé que viviría allí algún día. Tal vez no resulté como yo he querido y he imaginado, pero hay algo en esas tierras que llama mi atención. Ángela, ¿cómo son las nubes? —Preguntó con la ilusión de un niño, pues la ventana se encontraba por el lado por el que estaba sentada su compañera de viaje.

—Oh, son sublimes. Es como si todos los sueños se depositarán en ellas.

La respuesta fue una sorpresa. La expresividad de la niña era de adulta, tenía un manejo del leguaje realmente asombroso para su corta edad y es que a través de sus ojos se podía observar ansias de saber, una perspicacia poco común. Melania pensó que su nueva amiga era una especie de mini genio.

—“Los niños de hoy en día son muy avispados, casi todos un prodigio”. Pensaba Melania mientras estiraba el cuello y cuando vio la imagen descrita por la niña, quedó maravillada porque era cierto, la belleza de una simple masa visible compuesta de cristales de hielo y gotas de agua microscópicas suspendidas en la atmósfera, era algo digno de describir con el puño y letra sintiendo la emoción en el corazón.

—“*Si quieres ver el valle, sube a la cima del monte; si quieres ver la cima del monte, elévate hasta las nubes; pero si quieres abarcar las nubes, cierra los ojos y piensa*”. —Se oyó una voz profunda y muy masculina que provenía de las sillas de delante.

Repentinamente, la cabeza de un hombre de unos treinta y cinco años se asomó y Melania quedó sin aliento, sintiendo que debía tomar aire para llenar a sus pobres pulmones.

—Es de Khalil Gibran, un poeta, novelista y ensayista libanés. —Informó aquel hombre que era tan condenadamente atractivo que Melania se había quedado con la boca abierta.

La jovencísima Ángela, cerró su boca con el dedo índice, riendo a carcajadas.

—Papi, ¿por qué todas las mujeres hacen eso al conocerte? —Preguntó la niña sin entender nada.

Melania enrojeció hasta la raíz del pelo, sintiendo sus mejillas arder por aquella situación. Debía de parecer una imbécil.

El hombre sonrió quitando importancia a esa reacción suya y amablemente habló.

—Me fue inevitable oír que ha comprado una de las casas de un euro de Fabbriche di Vergemoli. Solo quería decirle que ha tomado una buena decisión, la zona es hermosa y merece tener otra vez la gloria que una vez la caracterizaba en el pasado.

Melania no podía oír con claridad las palabras de aquel hombre, pues hechizada miraba esos ojos de color miel, iguales que los de su hijita, de pestañas tupidas, cejas definidas y masculinas, el rostro con una forma cuadrada, sus labios finos, pero bien perfilados, su nariz de tipo griego, recta y muy bien sintonizada con el resto de sus facciones. El cabello también impresionaba, pues

era muy negro, brillante y sedoso. En la barbilla tenía un hoyuelo que le daba aún más encanto al italiano que seguía hablando sin percatarse que ella se lo estaba comiendo con los ojos. Su estatura y su cuerpo no se podían ver, pero algo le decía a Melania que si su rostro era tan perfecto, seguramente su cuerpo no se quedaba atrás. Se obligó a sí misma, al menos asentir como si escuchará lo que el desconocido parlotaba. Se veía un hombre inteligente, risueño y sus formas de hablar eran educadas, Melania no quería parecer una idiota, aunque, probablemente, precisamente eso estaba logrando.

—Señor... —Se obligó a sí misma salir de su embobamiento.

—Domenico Rizzo, un placer señorita...

—Melania Miller. —Respondió titubeando y reprendiéndose mentalmente por ello. No es que nunca se hubiera comunicado con hombres, de hecho, estaba acostumbrada, pero desde luego, no con tan atractivos... A una se le podían caer las bragas solo al mirar al adonis de hombre que tenía enfrente.

—El apellido igual de bonito que el nombre. —Dijo la pequeña Ángela con esa sonrisa suya que provocaba en la gente ganas de comérsela.

Melania correspondió a la sonrisa de la niña, afortunadamente no había adoptado el apellido de sus tíos, de cierta forma era como conservar parte de sus padres, de su auténtica familia.

—Gracias cielo. —Le contestó a la pequeña y luego dirigió la vista otra vez hacia el italiano que estaba más bueno que el pan. Este la observaba detenidamente y por un momento Melania sintió que se ponía tan nerviosa que haría alguna ridiculez digna de grabarse y subirse a YouTube para que la gente se ría a carcajadas.

—¿Desde cuánto tiempo vive en Fabbriche di Vergemoli señor Rizzo? Tengo entendido que la zona ha ido poco a poco vaciándose y quedando casi sin habitantes, es por ello que el gobierno ha tomado decisiones inusuales como la venta de las casas por un euro. ¿Qué fue lo que provocó que usted siguiera allí a pesar de la situación?

Afortunadamente cada palabra había salido correcta, la voz firme sin quebrarse y controlando perfectamente el ritmo de su corazón. Se aplaudió mentalmente.

—Mi familia vive allí desde generaciones, señorita... ¿Podemos tratarnos de forma más coloquial? —Preguntó Domenico.

Algo en el interior de Melania brincó de la alegría al oírle pedir tratarla de manera más cercana. De repente sintió en las tripas el aleteo de las mariposas y volteó los ojos... Estaba comenzando a desesperarse de sí misma. — “¡Ya no eres una adolescente! ¡Actúa con normalidad!” —Se dijo a sí misma. Se aclaró la garganta antes de contestar.

—Por supuesto, Domenico. —Desgraciadamente su tono había cambiado bruscamente mientras pronunciaba su nombre y la joven acabó adoptando una voz más sensual de lo normal.

El italiano la miró fijamente. En su rostro se divisaban varias reacciones que pasaban a la velocidad de la luz: Primero, sorpresa, después por un mini segundo, Melania pudo ver interés y por último, frialdad, adoptando un tono de voz al comenzar a hablar, algo distante. Eso provocó que Melania se sintiera defraudada y más aún avergonzada si cabía.

—Como decía, Melania, mi familia lleva viviendo allí desde hace generaciones. Todos mis recuerdos han sido en ese lugar, crecí allí, conocí a mi esposa allí... —Su voz repentinamente se resquebrajó, provocando que el corazón de Melania se encogiera. Ese hombre seguía perdidamente enamorado de su esposa. Se preguntó si algún día alguien llegaría a amarla de esa manera, esperaba que sí, porque si no, qué razón había de vivir, si uno no llegaba a sentir una pasión descomunal y un amor incondicional. ¡Para su sorpresa, se dio cuenta que deseaba

enamorarse!

—Bueno, toda mi vida pasó en Fabbriche di Vergemoli, mi princesa nació allí. ¿Sabes? No estoy en contra de la evolución, de hecho, avanzar es parte de los seres humanos, quedarnos estancados sería horrible, pero noto que con todo este avance perdemos valores importantes del pasado y La Toscana para mí representa a mis raíces, a mi historia, a lo que me ha formado como persona. Eso debería respetarse y no cambiarse así como así... Es un lugar maravilloso que merece una segunda oportunidad. —Contestó aquel italiano, cuyo rostro se había ensombrecido. Melania supo que además de la cultura, tradición e historia familiar, el recuerdo de su esposa le mantenía aferrado al lugar ya que así se sentía cerca de ella.

—Desde luego, al verlo por imágenes lo primero que pensé es en que realmente es un sitio encantador, perfecto para comenzar de nuevo y para gente artística. —Dijo Melania, el brillo en sus ojitos mostraba su ilusión por aquel sitio que todavía era desconocido para ella.

—¿Quieres comenzar de nuevo? Algún capítulo que cerrar, supongo...

Reflexionó Domenico, refiriéndose a algún amante o una relación tormentosa, aunque Melania no pilló la alusión.

—Sí, efectivamente. —Contestó la joven y él asintió.

—¿Eres artista? Creo que mencionaste de que el lugar sería perfecto para un creador... —Indagó el italiano.

—Eso opino, que sería el idóneo con esos paisajes tan indescritibles... Y no, no soy artista, pero lo cierto es que me encantaría serlo. —Respondió ella con timidez. Él la dedicó una sonrisa que calentó su corazón femenino.

—Querer es poder, dicen...

—¿Y tú, cómo te ganas la vida? —Preguntó Melania con una mirada que mostraba su sincero interés.

—Soy artista. Escritor de cuentos infantiles concretamente. Es por eso que Ángela y yo viajamos a menudo, por firmas de autógrafos, ferias de libro, reuniones con representantes... Ángela es muy buena y lo comprende. —Dijo el hombre, impresionándola y entretanto mirando a su hija con amor mientras esta le sonreía como si fuera su sol.

Se notaba que tenían una estrecha relación y eso emocionó a Melania que no conocía ese sentimiento tan natural.

—Una profesión realmente bella, creo que no hay nada mejor que la sonrisa de un niño y que este pueda vivir en un mundo de fantasía donde todo es posible.

—Siempre he creído que en cada niño nace la humanidad, los adultos debemos aprender mucho de ellos, ya que perdemos la alegría de vivir convirtiéndonos en recipientes vacíos sin nada que ofrecer.

—¿Qué es lo que deberíamos hacer para no perder esa alegría, según tú? — Le preguntó Melania, el hombre resultaba tan interesante que no podía evitar sentir unas ganas incontenibles de hacerle mil preguntas y poder aprender más de él. Su manera de explicarse era inteligente, su mirada cálida y una quedaba prendida conociendo sus opiniones, admirada por su magnetismo.

—Deberíamos ver el mundo a través de sus ojos, a través de esos ojos que no desean pizca de maldad y que simplemente quieren conocer lo que les rodea, con hambre. Un poco como tú, llevas a tu niña interior en el alma, eso es bueno. —Respondió el pelinegro con una sonrisa perlada, unos dientes perfectos que adornaban y embellecían aún más su rostro masculino.

Melania se sonrojó, gimiendo suavemente porque en cuanto eso sucedía, sabía que se veía ridícula, pues su piel se ponía del tono de sus cabellos. —“¡Pareces un payaso de circo!” —La

decía a menudo su tía. Recordarla hacía que las pupilas se le llenarían de tristeza, así que intentó alejarla de sus pensamientos. Suficiente la había jodido estando en su vida y no iba a permitir que siguiera pasando eso cuando ya estaba fuera de su mundo.

—¿Y a qué te dedicas, Melania? —La preguntó Domenico mientras se masajeaba el cuello con sus largos dedos que provocaron en la joven un vuelco en el centro de su pecho, sonrojándose aún más. ¡Debía parecer un maldito tomate!

—Soy costurera, empecé muy joven en el taller de mí... de una conocida, aunque siempre aspiré a más. Mi sueño es ser diseñadora, me encanta eso y sé que debo estudiar mucho, pero soy mañosa y se me da bien customizar la ropa, crear diseños, inclusive de accesorios...

Respondió entre ilusionada por perseguir un sueño y nerviosa por lo que podía opinar aquel escritor, aparentemente exitoso.

—La señora Albertina podría ayudarte en eso. Es una diseñadora que tuvo mucho éxito alguna vez, pero como a veces suele pasar a los artistas, se quedó estancada. Lleva viviendo desde hace cinco años en Fabbriche di Vergemoli, se retiró de su profesión, pero a veces sigue haciendo diseños como hobby, los suele vender por internet, tiene una boutique virtual que lleva su sobrina Carlotta. — Le explicó el italiano con una sincera iniciativa por ayudarla.

—Me bloquee por amor, de esos amores que queman y no dejan nada a su paso... —Dijo de repente Ángela con un tono dramático digno de una actriz de Óscar.

Domenico empezó a reír a carcajadas al oír a su hija imitar a la vieja modista a la que solía visitar ya que preparaba unas galletas para chuparse los dedos.

El sonido de su carcajada le sonó a magia a Melania que le miró con un brillo en los luceros, alucinada de sí misma, por reaccionar de esa manera tan peculiar. Se imaginó que oía esa risa una mañana lluviosa mientras observaba por un gran ventanal las gotas de lluvia deslizarse por el cristal y por detrás de su espalda, aparecía ese hombre en ropa interior. Inmediatamente enrojeció aún más, abochornada hasta el punto de empezar a darse cabezazos en el respaldo de su silla, cuando una voz captó las atenciones de los tres.

—Señor, ¿podrían guardar silencio, por favor? Uno siquiera puede conciliar el sueño. ¡Qué gente más ruidosa! —La queja provenía de una voz fina y cansada, probablemente de un varón de edad avanzada.

Domenico no se enfadó, sonrió y se dio la vuelta, no sin antes dar un beso a su hija en la mejilla.

El resto del viaje fue tranquilo, entre charlas susurrando con la pequeña Ángela que preguntaba tantas cosas que uno aún sin ser un diccionario andante, no sabría responderla:

—¿Y por qué papá aprieta los botones del mando a distancia tan fuerte cuando no funciona? ¿A caso, apretando con fuerza funcionará? ¿Y por qué corremos en la lluvia si ya estamos mojados?

La conversación de la niña no resultaba cansina, era amena y a pesar de eso, Melania solo deseaba que el padre se diera la vuelta otra vez para poder charlar un rato con él, aunque eso no pasó. Pronto el cansancio llegó a sumir en un profundo sueño tanto a Ángela como a Melania que se acurrucaron una junto a la otra.

Capítulo 3

—*¡Atención pasajeros! Nos encontramos próximos a aterrizar en el Aeropuerto internacional de Galileo Galilei de Pisa. Por favor abrocharse los cinturones, poned en posición vertical los respaldares de sus sillas. Permanezcan sentados hasta que los avisos se hayan apagado.*

La voz del capitán retumbaba con tono autoritario y profesional, mientras muchos pasajeros sonreían porque ya habían llegado sanos y salvos a su destino. Melania despertó e hizo una mueca, al sentir todo el cuerpo encogido, la pequeña Ángela seguía durmiendo tan profundamente como una marmota apoyada en su brazo.

—Ángela, cielo... Despierta. ¡Ya estamos en Italia! —La niña abrió sus hermosos ojos somnolientos y Melania pensó que era una ricura.

—*Les pedimos por favor permanezcan en sus asientos hasta que el capitán de este bello avión nos lleve rebotando hacia la terminal.* —Se oyó la voz de una azafata y todos los pasajeros comenzaron a reír a lágrima viva. Estaba claro que las largas horas de vuelo le habían puesto a la mujer de muy mala leche.

—Esta azafata parece que está algo mal del tarro. —Se oyó la voz de Domenico que también se había sumergido como el resto de gente en los brazos de Morfeo.

Melania no pudo evitar sonreír como una colegiala al ver a su espeso cabello despeinado. Le entraron unas terribles ganas de pasar sus dedos y sentir la sedosidad de ese pelo.

Hacía mucho tiempo que no se acostaba con nadie, probablemente sus hormonas estaban alteradas, pensó, sin explicarse esas reacciones tan fuertes hacia un perfecto desconocido. ¡Pero, qué sonrisa tenía el condenado italiano!

—Desde luego, no parece temer de un despido. —Respondió ella y ambos sonrieron mirándose fijamente a los ojos.

Durante ese momento que pareció eterno sucedió algo inexplicable. Hubo una conexión difícil de describir que los dos sintieron, Melania lo sabía porque había podido contemplarlo en sus ojos.

Se trataba de un segundo en el que divisó deseo en el hombre, un deseo carnal que pareció impactar a Domenico ya que al rato su rostro quedó como tallado en piedra, como si no pudiera entender lo que estaba sucediendo.

—Papi, quiero que vayamos a la cafetería del tío Tommaso, le he comprado un *souvenir*. — Dijo Ángela, aunque nadie la escuchó. La niña bufó ofendida, pensando que los adultos a veces eran de lo más ineducados, pero sin embargo, siempre exigían a los niños que fueran educados.

El descenso del avión comenzó a percibirse, y aunque, Melania se había quedado pasmada con aquel descubrimiento inesperado, las ganas de potar se apoderaron de ella. Ángela la agarró de la mano como si quisiera protegerla, lo cual era enternecedor, mientras que Domenico seguía como una estatua, algo había cambiado en su mirada, aunque la joven no podía concentrarse para descifrarlo.

La aeronave empezó a perder altitud de una forma controlada, aunque las pequeñas turbulencias podían hacer pensar a los viajeros lo totalmente opuesto. En apenas minutos aquel enorme artefacto llegó a la fase que conectaba el fin del vuelo de crucero con el comienzo de la aproximación hacia el aeropuerto de destino.

Los aplausos eran ensordecedores cuando finalmente el avión tocó el suelo y ya todos pudieron liberarse de sus cinturones.

Melania estaba pálida, pensando que eso de volar en avión no era lo suyo.

—¿Te encuentras bien? —Se acercó Domenico, acariciando su mejilla, como si se asegurara de que estuviera bien.

Su tacto provocó en Melania una electricidad que la recorrió desde la piel de la nuca hasta las puntas de los dedos de los pies. Abrió los ojos como platos, sintiendo su respiración entrecortarse, cuando él apartó su mano como si le quemará y con una sonrisa forzada en los labios, habló.

—Bueno, aquí se separan nuestros caminos. Te deseo lo mejor Melania, disfruta de tu estancia en Italia.

La despedida tan distante y fría dejó a Melania triste, lo cierto es que esperaba que la ayudara con el trayecto desde Pisa hasta Fabbriche di Vergemoli. Al fin y al cabo, su destino era el mismo, pero él parecía desear perderla de vista cuanto antes, lo cual Melania no podía comprender. Se habían llevado bien durante todo el viaje, ella había cuidado de su hija y la había hecho compañía y además... Claramente había visto en sus ojos que se sentía atraído por ella. ¡No tenía explicación para su repentina frialdad!

—Gracias. —Musitó y añadió. —Espero nos volvamos a encontrar. Ángela, fuiste una compañera de viaje, alucinante.

La pequeña sonrió y la abrazó, aunque su padre pareció pensar en si permitírselo, lo cual ofendió a Melania. No les conocía de nada, pero en aquellas horas compartidas les había tomado cariño, sobre todo, al pequeño angelito de cabello castaño.

—Quién sabe... —Contestó Domenico a secas y casi se lleva a su hija a rastras.

Con el ceño fruncido, Melania se levantó y cogió su escaso equipaje que consistía en su maleta grande y otras dos pequeñitas, donde más que ropa había telas que se había llevado. Le pertenecían ya que se habían comprado de su dinero y como una pequeña venganza se las había metido en el equipaje, diciéndose lo tonta que era. Probablemente si hubiera sido otra habría hecho mucho más que eso, pero su personalidad no era vengativa. Nunca lo había sido. De hecho, recordaba una anécdota con la claridad del agua, cuando iba al jardín de infancia. La hija de los Stuart, una pareja que vivía a dos cuadras de la casa de sus tíos, le había roto la muñeca favorita en un arrebato de enfado. La había dolido tanto ese acto que se había pasado la noche entera llorando, pero a la mañana siguiente, en cuanto la niña la había pedido sinceras disculpas, la había perdonado, eso sí, siempre había echado de menos a esa muñeca de trapo, un juguete que al parecer había pertenecido a su madre. Se lo habían regalado sus abuelos a los que quería mucho, con locura, pero no pensaba contarles nada de lo que había sucedido, sabía que sufrirían en el alma por tener una hija como Mitzi, más egoísta que la Reina Roja de “Alicia en el país de las maravillas”.

—Disculpe... —Decía, intentando pasar. Cuando al fin estaba a fuera sonrió ampliamente.

—¡Aquí estoy, Italia! —Dijo con un tono jovial, cuando un cartel en el frente captó su atención.

Era muy bonito, en color plateado y con las letras de un intenso rojo, ponía su nombre con una tipografía bastante linda y llamativa. Se sintió alagada de que se lo hubieran currado tanto.

El hombre que sujetaba el cartel era un varón agradable, regordete, de estatura mediana y moreno, debía rondar de entre los cincuenta y sesenta años.

Melania caminó hacia él con impaciencia, la idea de ver su caserón quitaba el mal sabor de

haber conocido a alguien que parecía de lo más simpático para después alejarse de ella casi que corriendo.

Hizo una mueca al pensar en Domenico.

—Benvenuto in Italia bella señorita—La saludó el hombre dándole la mano para estrechársela.

Melania correspondió a su caluroso saludo y contestó.

—Grazie, non conosco l'italiano, ma mi piacerebbe impararlo e conoscere il tuo paese. —Había entrenado esa frase muchísimas horas y por el rostro del hombre, parecía que lo había dicho correctamente.

—Estoy seguro que aprenderá el italiano muy rápido señorita y pronto podrá conocer a Italia y a su cultura detalladamente. —Contestó el hombre amablemente.

—Espero que sí... ¿Su nombre es?

—Tommaso D'Angelo, a su servicio señorita. Verá que la zona en la que compró su casa es un pequeño paraíso, yo soy uno de sus tantos vecinos.

— ¿Hay muchos? —Preguntó Melania sorprendida y añadió. —Pensaba que el gobierno había tomado esa solución debido a la despoblación.

—Somos bastantes, pero lo del despoblamiento es una verdad. Anteriormente esa zona era una de las más pobladas del área, famosa entre diversos artistas como músicos, actores, pintores o escritores, pero con la crisis todo se fue para abajo, y aunque seguimos siendo una considerable cantidad, la gloria que tuvo Fabbriche di Vergemoli ha quedado en el pasado. —Explicó el hombre con cierta melancolía dibujada en sus oscuros ojos cual aceitunas.

— ¡Pues debemos ponernos manos a la obra Tommaso para que esa gloria vuelva a renacer! — Respondió la pelirroja con decisión, sintiendo realmente en el corazón que tan bello sitio debía tener de vuelta su fama.

El hombre sonrió y en el área de sus ojitos pequeñas arrugas se dibujaron dándole un aspecto afable. Justo iba a decir algo, cuando una voz aguda e infantil le interrumpió.

—¡Tommaso, Tommaso! —Gritaba Ángela que venía corriendo con los brazos abiertos de par en par hacía el hombre mientras su padre iba tras ella frunciendo con cada paso que daba, más el entrecejo.

La niña se tiró al cuello de Tommaso mientras este empezaba a reír a carcajadas.

—Bella Ángela, creía que volveríais mañana.

—¡Te traje un *souvenir*! —Gritaba entusiasmada la niña mientras que Melania y Domenico se observaban confundidos.

—¿Qué haces tú con Tomasso! —Inquirió el escritor a la pelirroja de manera brusca.

—¿No os habíais marchado ya? —Respondió Melania con otra interrogación.

—¿Os conocéis? —Preguntó Tommaso, aunque ninguno le prestó atención, pues no apartaban los ojos uno del otro.

—Claro que se conocen, viajamos en el mismo avión. —Le informó Ángela mientras sacaba de su bolsita de color rosa de charol una taza de porcelana de exquisitas flores dibujadas a mano. El hombre agradeció con una amplia sonrisa a la pequeña, pues las coleccionaba, y venían muy bien para su negocio.

—Nos íbamos a subir al autobús cuando Ángela vio a Tommaso y comenzó a correr, fui tras ella, pero no pude atraparla. —Dijo Domenico.

—Oh, pues él vino a recogerme del aeropuerto, al parecer la casa que compré está cerca de la suya. —Se explicó Melania torpemente mientras su corazón latía con fuerza en su pecho sin que supiera el motivo.

—¿Cómo que tu casa está cerca de la suya! —Estalló Domenico y todos le miraron como si le hubieran salido dos cabezas.

—Quiero decir... ¡Tommaso, explícame esto!

El hombre miró extrañado antes de responder.

—La casa que ha comprado la señorita Melania es la vieja mansión del señor Abernethy, aquel viejo escocés que lo dejó todo, se fue tras esa actriz jovencísima y al morir como no tenía familiares, solo unos viejos primos que vivían al Norte de Escocia, el caserón quedó en manos del Estado. Esa casa formaba parte del nuevo proyecto del gobierno y da la casualidad que la señorita Melania es su nueva propietaria.

—¿Es una mansión? Pensaba que era una casa grande, en la imagen no se veía de semejantes magnitudes. —Dijo Melania impactada por el nuevo descubrimiento.

—¿Compras una casa sin saber nada de ella? —Preguntó Domenico con los ojos abiertos como platos. La miraba como si fuera una tonta.

—¡Sólo me guie por la imagen! —Exclamó nerviosa y luego añadió, mientras apretaba sus manos, una clara evidencia de que se estaba preocupando: —Firmé un contrato de forma digital, que restauraría la casa en cinco años, si se trata de una mansión... ¡Eso será tarea imposible!

—No se preocupe señorita... No es una mansión tan grande, es una mini- mansión. —Intentó tranquilizarla Tommaso.

—No había pensado que se trata de una mansión debido a las pocas habitaciones que esta posee. —Respondió Melania.

—Sí, son pocas habitaciones, pero tan amplias que uno puede perderse en ellas. Así fue como quiso Abernethy que el famoso arquitecto la reconstruyera.

Explicó Tommaso. Ella suspiró profundamente mientras los dos hombres la miraban pensativos. La pequeña Ángela estaba absorta observando a la gente ir y venir, pues en aquel aeropuerto si uno se fijaba, podía ver cosas tan interesantes como el robo de carteras, parejas que se comían la boca del uno al otro, gente que lloraba, reía...

—Debemos subir al coche, queda largo camino y como ustedes han perdido el autobús, podéis subir al coche junto a mí y a Melania.

Ofreció su ayuda el hombre de manera amable. Domenico refunfuñó algo disgustado, parecía que deseaba rechazar la oferta, pero no tenía alternativa, así que no le quedaba otra que aceptar.

A Tommaso le pareció muy extraño aquel comportamiento, generalmente su vecino era alguien apreciado y respetado en la comunidad, siempre educado y alguien dispuesto a ayudar, pero parecía que la nueva integrante de la localidad no le agradaba y no lo comprendía ya que se veía una muchacha muy simpática, joven e ingenua, pero dulce e instruida.

Todos juntos salieron del aeropuerto sin pronunciar una palabra. Una camioneta vieja les estaba esperando, su pintura casi se caía a cachos.

—¡No puedo creerme que hayas venido en este cuchitril, Tommaso! —Exclamó Domenico al ver la camioneta.

—Mi coche se está restaurando, y no te quejes muchacho, que con el Renault sería imposible que quepamos todos, hice bien en coger a mi Daisy.

Melania empezó a reír a carcajadas, era increíble que le pusiera hasta un nombre a aquella camioneta que en el mercado probablemente costaba un euro, debía tener un valor sentimental

para él.

—¡Ya no soy un muchacho! —Refunfuñó Domenico y todos le aniquilaron con sus miradas. Su mal humor empezaba a molestar.

Melania se preguntaba dónde se había escondido el hombre simpático y risueño que había conocido en el avión, este que tenía delante, empezaba a tocarle las narices, aunque eso no disminuía su atractivo ni un atisbo. Tal y como se imaginaba al principio, su cuerpo era impactante. Metro noventa de puro musculo y espalda ancha, no de manera exagerada, no, nada en él era excesivo, todo era bien puesto y equilibrado. Su ropa era de estilo casual sport y, aunque, no se pegaba a su cuerpo mucho, se podía notar cada músculo que escondía aquel italiano de ánimos tan cambiantes como la moda y que cualquier mujer en su sano juicio desearía ver sin ninguna prenda que cubriese ese cuerpazo.

Aunque el vehículo de Tommaso era antiguo, por dentro era pulcro, los asientos cómodos, así que el viaje no se le haría tan pesado, pensaba la pelirroja, sintiendo que las tripas le empezaban a sonar, se sonrojó intensamente mientras Tommaso con tono jocundo, la decía.

—En cuanto lleguemos, vendrás a mi bar a comer, seguro que mi esposa, Annete, ha preparado algo riquísimo. Luego, podrás ver la casa, y te explicaré todo lo que debes hacer en ella. Cuando me llegó la carta de ser el elegido por el gobierno de enseñarte todo, me sentí halagado y lo hago con mucho entusiasmo niña. Le tengo un cariño enorme a mi comunidad.

Melania asintió mientras se sentaba junto a Ángela en las sillas de detrás, la niña estaba feliz de compartir viaje otra vez con ella.

Domenico y el señor Tommaso estaban delante. El primero tenía una expresión seria, difícil de describir, mientras que el segundo tenía una mirada dulce, se veía emocionado por todo aquello y la impresión que le daba a Melania era muy buena. Había pasado a tratarla de forma más cercana en un santiamén, lo cual demostraba lo caluroso que era, una fama que se había ganado Italia con sus gentes, pues todos los turistas hablaban precisamente de esa cercanía típica, tan característica de todos los pueblos mediterráneos.

Sonrió al pensar en que hasta hace cinco minutos era: “*Señorita*”, mientras que ahora, era la “*niña*”.

El tiempo en Pisa era tan agradable que provocaba esas ganas enormes de playa, helado y refrescos. Los rayos del sol iluminaban los grandes edificios de color blanco que predominaban, el estilo de construcción era de arte románico y algunos detalles de estilo gótico, pero en cantidad pequeña. El cielo era tan claro y hermoso que era digno de hacerle cien fotos, adornado por blancas nubes por arriba que contrastaban con los grandes árboles de la tierra y el verdor tan especial de los pequeños jardines que enriquecían aún más el lugar.

Melania observaba por la ventanilla que no podía abrirse más, pues no funcionaba correctamente, pero a pesar de eso, decidió grabar en su mente cada detalle de aquella una hora de viaje en coche por la Vía Statele 12, según la aplicación que se había descargado en el móvil.

Muy pronto las edificaciones desaparecieron y paisajes vastos de un intenso verde se descubrieron ante sus luceros.

Casitas diminutas con jardines bien cuidados y coloridos se presentaban ante sus ojos, provocando una extraña sensación en su alma que consistía en un calor fuerte concentrado en su pecho.

¿Ese era su sitio? Muy pronto lo iba a descubrir y esperaba que sí, porque lo que sentía al contemplar los paisajes de aquel entorno era indescriptiblemente bello.

—¿A qué te dedicas, niña? —Preguntó Tommaso mientras conducía y miraba fijamente hacía

delante.

—Soy costurera. Mi tía me enseñó corte y confección y empecé muy pequeñita en este sector, aunque nunca llegué a desarrollarme más aún en ese aspecto. —Se explicó ella de forma sutil, diciendo básicamente que no había podido estudiar.

—Y te habría gustado, supongo. —Dijo el señor Tommaso, mirando a la muchacha por el espejo retrovisor.

Domenico estaba callado, parecía sumido en sus propios sentimientos y uno siquiera podía percatarse de su presencia.

La pequeña Ángela canturreaba en bajito una canción infantil en italiano mientras miraba un cuadernito lleno de pegatinas.

—Lo cierto es que me habría encantado, pretendo comenzar en Fabbriche di Vergemoli un nuevo capítulo de mi vida y anhelo poder estudiar y empezar a abrir paso para dedicarme en un futuro a ser diseñadora de moda.

El rostro del señor Tommaso brilló con cierta emoción que danzaba en sus oscuros ojos tan cálidos que uno sentía que podía confiar lo suficiente en el hombre como para contar sus anhelos.

—Oh, querida estoy seguro que lograrás cumplir esos deseos. A la señora Albertina le encantarás... ¿Verdad que sí, Domenico? —Preguntó Tommaso, pero no recibió respuesta. El que hacía de conductor frunció sus gruesas cejas, pero no comentó nada sobre el extraño comportamiento del hombre al cual había observado crecer y convertirse en un escritor.

—“Seguro es el cansancio” —Se repetía mentalmente.

Un silencio muy incómodo se instaló en el coche y Tommaso, que era un hombre de carácter alegre, decidió romperlo, poniendo la radio.

—Un poquito de música hará que nuestro viaje sea más ameno. —Dijo con una sonrisa forzada, intentando que la que era extranjera no se sintiera ofendida por la frialdad de su vecino.

Pronto sonó una de las canciones favoritas de Melania: Grande Amore, del grupo Il Volo. Tres chicos guapísimos, unos quesitos que además de escuchar, le encantaba mirar en escena, entusiasmándose como una loca fan.

Mientras la música sonaba, la pelirroja reflexionaba. Lo cierto es que su comienzo no estaba nada mal en este país que tantos sueños había despertado en ella. Enterarse de que Ángela y el bipolar de su padre serían sus vecinos, la había impactado, pero tras pensar, una idea peligrosa se empezó a formar en su cabecita.

Tal vez el Universo había conspirado para que se encontrarán por alguna poderosa razón. Sí, era una soñadora sin remedio, ¿pero cómo podían tantas coincidencias ser explicadas sino?

Los minutos pasaban mientras su imaginación disparatada la metía dentro de una película surrealista en la que la atracción de Domenico hacía ella no era una simple teoría formada en su cabeza, sino un hecho. De repente las imágenes comenzaron a tornarse en nítidas situaciones que daban paso a besos fogosos con el perfecto desconocido que siguiera podía imaginarse lo que se le pasaba a Melania por la mente.

La pelirroja sintió calor en las entrañas, enrojeció hasta la raíz del pelo, avergonzada como si los que compartían aquel viaje con ella, fueran capaces de adentrarse en esos pensamientos secretos. Afortunadamente, el poquito aire que entraba por la rendija de la ventana la mantenía serena sin desmayarse.

Se dio la vuelta y vio a Ángela acurrucada en su brazo, durmiendo el quinto sueño. Sonrió y decidió acompañarla. Ya quedaba muy poco para ver su casa, lo último que oyó fue una conversación entre los dos hombres del coche, pero los detalles eran borrosos, pues, el cansancio

provocaba una facilidad asombrosa para abstraerse de la realidad y dejarse caer en los brazos del dios del sueño.

—Ángela, despierta hija... —La voz de Domenico asustó a Melania que dio un respingo. —“*¡Ese hombre no tiene tacto!* —Pensó, enfadada, haciendo una mueca de desagrado. Lo que más odiaba era que la despertarán a gritos.

—¡Domenico! Devi essere più morbido, le ragazze hanno dormito pacificamente. — Habló Tommaso y el aludido tuvo la decencia de sonrojarse.

—Es verdad papi, debes ser más suave, estábamos dormidas profundamente, los viajes cansan, papi. —Dijo Ángela y su progenitor la miró demostrando que lo lamentaba.

Melania no pudo evitar sonreír, se veía que la pequeña era la dueña de su vida y su palabra era ley. Esa de mayor sí que sabría poner a su hombre en su lugar. Pensaba la pelirroja.

—Es hora de ir al bar, es mi segunda casa, Melania. Vamos a comer como reyes, mi reina seguro ha preparado cosas deliciosas.

—Yo y Ángela nos iremos, gracias por llevarnos Tommaso ya hablamos sobre lo que tienes pensado hacer con tu Anna, estoy seguro que ese curso que te recomendé le vendrá genial. — Respondió Domenico y su hija inmediatamente, protestó.

—¡Pero, papi! ¡Tú no cocinas nada bien! Quiero que vayamos al bar y así podré colocar mi *souvenir* donde el resto de regalos. Además, la señora Annete seguro que me echó de menos. —Al acabar con su discurso de manipulación inofensiva, pero digna del estratagema de un político, la pequeña hizo un mohín irresistible.

—¡Tonterías Domenico! Os venís y no hay más que hablar. —Dijo Tommaso sin aceptar un no, por respuesta.

—Gracias, pero no habrá comida para todos y además, me apetece descansar... —Hizo un último intento el escritor, pero su estrategia de escabullirse, fue sin éxito.

—¡Bendita estupidez! Sabes tan bien como yo que mi querida esposa suele cocinar como para un escuadrón romano.

Domenico ya no tuvo más opciones y se resignó. Melania no dijo nada, se sintió increíblemente mal y triste, aunque nadie lo notó. Sabía de sobra que el hombre se negaba porque no quería compartir más horas con ella, no deseaba estar más tiempo cerca de su presencia.

Cabizbaja siguió al grupo y al ver aquel sitio el corazón se le saltó del pecho. Era como estar dentro de una película de los años cincuenta.

Lo actual, como las máquinas de café último modelo, o las de los batidos de todos los sabores, se entremezclaba de una forma perfecta con el suelo ajedrezado, aquellos sofás de piel en color rojo chillón, la barra en color rosa cremoso y los cuadros *vintage* de la película: “Casablanca”, o del retrato de un James Deen sexy y descarado.

—¡Este sitio es fabuloso! —Dijo impresionada Melania, precisamente, en ese momento, una mujer salía desde una puerta deslizante de color blanco, gritando con alegría.

—¡Querido, ya estáis aquí! —Chilló ésta abrazando con euforia el cuello de Tommaso que estaba encantado de verla, como si llevarán separados años. La mujer del buen hombre era de estatura media, peso normal, pero ligeramente regordeta lo cual le daba un aspecto tierno, sano y jovial. Su cabello era de un castaño oscuro con algunas mechas en color caoba y sus ojos de un marrón cálido que mostraban a una mujer risueña.

—Así es y traigo visita, estamos todos hambrientos mi reina. —Respondió Tommaso besándola en los labios con pasión. La pequeña Ángela se tapó los ojos emitiendo risitas,

mientras que a Melania le pareció una escena de lo más hermosa, en medio de aquella cafetería donde no había más que un par de familias absortas en sus comidas, disfrutando de pasar un rato agradable en aquel sitio que te trasladaba de época, inspirada en la decoración de los cincuenta de los Estados Unidos.

—Ya veo... Usted debe ser la señorita Melania... ¡Qué bella! —Exclamó la mujer mientras le estrechaba la mano para después decir.

—Bienvenida a Fabbriche di Vergemoli, esto es una localidad pequeña, con poca gente, pero todos de grandes corazones que estarán encantados de ayudarla para instalarse en su nueva vivienda.

La mujer poseía una energía alucinante y Melania no pudo seguir el ritmo de su habla, que era frenético, simplemente asintió con su mejor sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Y ustedes dos! Por fin habéis vuelto... Esos viajes tan largos no son buenos para mi angelito, Domenico. —Dijo Annete mientras tiraba de las mejillas a Domenico como si fuera un niño pequeño. A Melania la costó aguantarse la risa, pues el guapo italiano tenía la cara espachurrada, eso sí, su hija no disimulaba su risa que retumbaba por toda la cafetería de aquella pareja italiana tan amable.

Después soltó a Domenico y abrazó con dulzura a Ángela, preguntándole cómo se lo había pasado en esas aburridas firmas de libro a las que asistía su padre. La niña comenzó a hablar con ilusión, describiendo con detalle todo lo que había visto y aprendido en ese viaje. Domenico acariciaba sus doloridas mejillas, haciendo muecas.

—¡Y una mujer cuyo culo era tan enorme quiso besar a papi y él chilló como una niña! —Decía la pequeña sin prestar atención a su padre que ya suplicaba abochornado que cerrará la boca.

—Como siempre las mujeres acosando a tu padre, pero es que es muy guapo, nena. Ya me contarás luego todo, ahora vamos a cenar, que he preparado cosas tan ricas que pensaréis que habéis llegado hasta las puertas del propio paraíso.

—Seguramente tan calórico que el colesterol atacará nuestros corazones sin llegar a los cuarenta. —Dijo Domenico, bromeando y riendo por primera vez desde que llegaron. Melania le miró fascinada, recordando lo que la había atraído tanto de él. El hombre risueño y divertido salía a flote otra vez.

—Bueno... no negaré que es calórico, pero muchacho, sólo tenemos una vida. —Respondió Annete y se encaminó hacia una entrada apartada, saludando de paso a la camarera que estaba en la barra jugando con su móvil. El ambiente era relajado.

Todos siguieron a Annete hasta esa entrada tras la cual había un coqueto comedor que debía ser para la familia, para esos momentos en los que debían comer y no tenían tiempo de irse a casa, ya que al cabo de una hora o así, abrirían otra vez sus puertas a los clientes.

—¡Oh, qué rico huele! —Exclamó Ángela aspirando el aroma con los ojos cerrados.

—Desde luego, todos estos platos tienen una pinta exquisita. —Añadió Melania. Los hombres asintieron. Cada uno tomó un asiento. Ángela y su padre en la esquina de la derecha, la pareja y dueña de aquel lugar en la parte izquierda y Melania en el centro, desde donde podía interactuar tranquilamente con todos, quedando a su lado la señora Annete. Pero antes, la buena anfitriona se levantó para servir otros dos platos debido a la inesperada visita de Ángela y Domenico. No tardó ni un minuto y se sentó contenta por haber cocinado más cantidad de la necesaria.

—¡A comer se ha dicho! —Dijo Tommaso sirviéndose una gran ración de aquellos manjares. Los demás le imitaron y empezaron a comer con ganas.

—¡Dios mío! ¿Qué son estas exquisiteces? —Decía Melania cerrando los ojos y disfrutando del sabor.

—Tenemos en la mesa querida, La Piadine con queso mascarpone, pan genovés con aceitunas y La Bistecca alla Fiorentina. —Le explicó Annete y ella respondió con la boca llena.

—Saben tan bien como sus nombres indican.

—Cuéntenme, ¿cómo es que habéis coincidido todos? —Preguntó la anfitriona muy interesada.

—Oh, querida, te sorprenderás mucho... ¿Te puedes creer que viajaron en el mismo avión? —Empezó a contar el señor Tommaso, mientras su mujer, sorprendida por aquellas coincidencias del destino, escuchaba con atención.

Pronto Melania se sintió tan a gusto que empezó a expresarse con libertad, hablando de sí misma, de sus clientas, de que le encanta hacer bocetos y de sus grandes sueños... La pareja inmediatamente quiso presentarla al día siguiente o cuando pudiera acomodarse en su nueva casa, a algunas personas que podrían ayudarla.

La pelirroja hablaba entre risas y con ilusión como nunca antes, pero es que no se sentía en absoluto fuera de lugar y aquello era bastante extraño e inexplicable. De lo que no se daba cuenta la joven es de que los ojos del atractivo Domenico no se habían apartado de ella en toda aquella tarde.

Las horas pasaron, comieron el postre, un riquísimo Tiramisú mientras Ángela ordenaba todos los *souvenirs* que le había regalado al señor Tommaso después de cada viaje, en una bonita repisa de color rojo vino.

Los hombres hablaban de arte, Melania y la señora Annete les escuchaban con atención, al parecer a ambas les encantaba el arte y la charla era amena mientras discutían temas polémicos como: ‘La persistencia de la memoria’, de Salvador Dalí, una pintura tan surrealista que cada persona la interpretaba a su propia manera.

A Melania la fascinaba conocer las opiniones de Domenico que ganaba su admiración cada vez que hablaba y se expresaba de esa manera tan diplomática, educada, pero firme. —“Es una pena que sea bipolar...” —Pensaba la muchacha.

La esposa de Tommaso no paraba de mirar con sumo interés al viudo atractivo y a la nueva integrante de la pequeña comunidad en la que llevaba tantos años que ya había perdido la cuenta. En definitiva, Melania la había caído estupendamente y pensaba que era un aire fresco para los habitantes de aquellas tierras cuya luz interior empezaba a apagarse por los recientes acontecimientos que habían hecho dar un paso atrás a la mayoría de italianos respecto al sector de la economía.

Cuando el cielo empezó a oscurecer todos se sorprendieron, el rato había sido tan agradable que el tiempo se había pasado volando.

—Vámonos para casa ya. —Había sugerido el señor Tommaso y como todos vivían en la misma dirección, él mismo se ofreció a llevar a cada uno a su hogar.

Capítulo 4

Ángela dormía plácidamente, le daba pena despertarla para que se vistiera su pijamita, así que con cuidado la colocó en su cama y la tapó con la manta de color rosa y con dibujos tropicales de la que jamás se separaba su princesa.

Le dio un suave beso en la mejilla y con cuidado salió de aquella habitación tan rosa que uno sentía que entraba dentro de un algodón de azúcar.

Domenico respiró hondo, sintiendo un cansancio terrible, aquel viaje había resultado insoportablemente interesante. Hacía ya un tiempo considerable, que no sentía una atracción tan fuerte hacía una fémica, por supuesto, tenía un apetito sexual sano que calmaba a veces con mujeres exclusivas que de una forma vulgar podrían ser catalogadas como prostitutas de lujo, con clientes muy seleccionados, pero se trataba de un calentón que desaparecía tan rápidamente como aparecía... Lo que había sentido hacía Melania le había descolocado totalmente, se trataba de una atracción cuya fuerza era arrolladora y no exageraba, no. Durante el viaje no había parado de estar en cuerpo y alma concentrado en ella, desde el inicio al oír la conversación que había mantenido la atractiva joven con su angelito, se había sentido intrigado por su voz que expresaba melancolía, una tristeza inusual que había provocado sus ganas de voltearse y ver a quién pertenecía esa voz melodiosa y tan dulce.

Había sido impactante ver ese rostro de rasgos refinados, esos cabellos que recordaban a las llamas de una fogata en una noche de verano que contrastaba con la serenidad de su carita que recordaba al rocío de la mañana.

No había tardado en descubrir que su conversación resultaba tan amena, calmante e interesante como su presencia física. Se veía una mujer un poco insegura, pero hábil, inteligente y locuaz.

Con el transcurso de los minutos sentía unas ganas terribles de seguir observándola, grabando el perfil de sus labios en la mente porque eran realmente hermosos y de lo más apetecibles. Su labio inferior, ligeramente más grueso que el superior era una delicia para la vista, pero ella siquiera se percataba de su sensualidad innata.

El peor susto de su vida había llegado en el preciso instante en el que había sentido una conexión inexplicable al mirarla fijamente en aquellos ojos que embrujaban, no existían palabras en el diccionario que pudieran expresar la fuerza de aquel corto instante, pero tan memorable que al recordarlo se le ponía la piel de gallina.

Entonces se había comportado como un auténtico idiota, pues lo único que deseaba con desesperación era huir lejos de aquella fémica que parecía una elfa sacada del Señor de los Anillos, una belleza tan inusual que por una mini fracción de segundo la había comparado con su Rosetta sintiendo inmediatamente una culpa que mortificaba.

Siempre había creído firmemente en que el amor solo llama una vez a tu puerta y su amor verdadero había sido Rosetta a la que dios se llevó demasiado temprano, tal vez, por lo perfecta, por lo bondadosa, dulce y asombrosa que era... Con el paso de los años, sus rasgos comenzaban a borrarse de su mente, los recuerdos eran más difusos y eso acrecentaba la culpa. El psicólogo le había prohibido mirar sus fotos durante horas, como solía hacer en un pasado: —*Debes dejarla marchar con amor y seguir con tu vida*— Le había dicho el hombre a quien pagaba dos mil pavos al mes, solo para poder desahogarse recostado sobre aquel pequeño canapé de color amarillo crema.

Era mucho más fácil decir algunas cosas que hacerlas. Precisamente por eso ese día había resultado tan pesado, tan extraño... Sentir una atracción fuerte hacía una mujer a la que jamás antes había visto no entraba en sus planes, de hecho, no deseaba sentir nada profundo ni fuerte hacía ninguna mujer... Había probado del sabor del amor y había sido tan hermoso que al perderlo había sentido que una parte de él moría agonizando, así que de ninguna manera pensaba permitir que su corazón estuviera abierto y receptivo otra vez a aquella felicidad que podía ser la tristeza más dolorosa existente en el mundo.

Lo peor de todo era la culpa. Sí, Rosetta ya se había ido, pero en su corazón seguía clavada como la espina de una rosa y cuando su corazón latió por primera vez desde hacía tantos años a un ritmo frenético, sintiéndose vivo otra vez... Había sido como serle infiel, como defraudarla al empezar a olvidarla, como decepcionarla...

Sus reflexiones, rememorando detalladamente todo lo sucedido desde que había oído esa hermosa voz en el avión, le llevaban a pensar que la famosa locura que tarde o temprano atacaba a muchos artistas estaba en el rellano de la puerta que llevaba hacía su mente. No deseaba analizar las razones de sus extraños comportamientos e inexplicables sentimientos, pero no podía evitarlo.

Finalmente, llegó a la conclusión que más le valía no acercarse a aquella belleza inglesa o su mundo se volvería del revés, teniendo esa desgracia tan terrible de tenerla viviendo justo enfrente de su casa, en definitiva, eso dificultaba la tarea de no volver a verla.

Eso sí, era mil veces preferible ver su sonrisa por las mañanas que la cara agría del señor Abernethy, ese vejstorio que no había día en que no gritará toda clase de improperios y en varios idiomas además.

—“¿Qué estará haciendo ella? ¿Le habrá gustado su nueva casa? ¿En verdad piensa quedarse a vivir en un país cuyo idioma siquiera sabe? ¿Quién habrá sido el hombre que ha roto su corazón, obligándola a huir a miles de kilómetros? ¿Pensará que soy un bipolar después de mi brusco cambio de actitud hacía ella?

Las preguntas llegaban una tras otra y aunque sentía una fatiga visible en sus cansados ojos, sabía que le iba a costar conciliar el sueño, así que resoplando abrió su laptop y decidió trabajar un rato en su nuevo cuento que trataba sobre dos pescadores que se encontraban con tres especies de ninfas que les concedían deseos. El mensaje era inspirador, deseaba dar un buen ejemplo, enseñar valores y principios a los más pequeños, pero en ese instante, cuando sentía tantas emociones que parecía que su corazón iba a explotar al igual que su cerebro, le costaba centrarse en ese mensaje positivo que quería transmitir. Se sirvió un vaso de Bourbon e hizo lo que mejor le funcionaba para inspirarse en historias tiernas y con un significado profundo y sabio: Pensar en Ángela y en los valores con los que pretendía criarla.

A la mañana siguiente:

Frunció su pequeña nariz, revoloteándose en la enorme cama de estilo barroco que había adquirido con aquella impresionante propiedad.

—Así debían sentirse las princesas al despertar por las mañanas. —Se dijo a sí misma somnolienta mientras se levantaba y comenzaba a estirar su cuerpo. Sonrió al ver la luz del sol filtrar por la puerta de aquel balcón de estilo francés, la visión inspiraba, la pintura blanca de la puerta que daba al coqueto balcón se estaba levantando y el color que alguna vez era limpio ahora era de un tono cremoso que combinado con las barras de color negro intenso que decoraban la parte exterior, quedaba muy *vintage*, pero a su vez distinguido.

El ambiente en aquella casa, que ahora la pertenecía era de lo más pintoresco. La mansión

necesitaba una reforma gigantesca, pero conservaba algunos detalles de antes que le daban mucha personalidad y recordaban a su glorioso pasado. Era increíble, pero en pocos años, desde que el señor Abernethy había muerto, el deterioro era de unas magnitudes alucinantes.

Vestida con su camisón de color melocotón, suspiró de gusto antes de pisar el suelo de mármol blanco que estaba intacto, precisamente esa era la estancia que menos reformas necesitaba. Nunca antes había dormido tan a gusto, debía ser esa cama tan enorme que recordaba a las películas que trataban sobre condes y condesas que vivían en un lujo desorbitado alejados de las penurias de los de la clase baja.

La cama era de madera de cacho, parecía tallada a mano con acabados en pintura de fisuras y dorado de hojas. En definitiva representativo de la cultura clásica europea.

Caminó hasta el balconcito y cuando el fresco aire mañanero acarició su rostro se sintió realmente bien. No echaba nada de menos los gritos de fumadora compulsiva de su tía al despertar. Sí, las mañanas eran lo peor en aquella casa, donde debía despertar antes que todos para prepararles el desayuno, recoger la casa y luego ir al taller. Si se quedaba dormida, el resto del día debía escuchar unos reproches que la hacían sentir ganas de cortarse las orejas y tirarlas a los perros de comida. Recién ahora se daba cuenta que básicamente era la sirvienta de aquellas dos personas a las que consideraba “familia”.

Removió su cabeza violentamente, mientras sus cabellos rojos golpeaban la suavidad de la piel de su rostro. Se negaba a pensar en ellos cuando la paz que había anhelado toda la vida, ahora la abrazaba. Decidió centrarse en la vista y al hacerlo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Un paisaje bellissimo compuesto de campos que se extendían más allá de la vista, un lago se podía apreciar también, rodeado de flores y arbustos, el amarillo de la paja se entremezclaba con el verde de los grandes pastos, los fardos de la paja adornaban el estético panorama como si de un dibujo de lienzo se tratará. Melania estaba segura de que probablemente algún pintor de renombre había pintado esa belleza y el cuadro adornaba una exclusiva galería o museo.

El olor del verano se podía percibir en su totalidad: Flores de loto, uvas, hierba... Los pajaritos canturreaban felices y el cielo resplandecía de un color azul intenso y maravilloso.

Sus tripas rugieron mientras se deleitaba, sintiendo en su alma una felicidad enorme porque por fin estaba en la Toscana, una zona de la hermosa Italia que sólo había observado en películas románticas que la hacían soñar despierta.

Empezó a reír con el segundo rugido que parecía el de un león hambriento, generalmente no tenía mucho apetito, pero esa mañana había despertado hambrienta a pesar de haber cenado la noche anterior bien. Bueno, había sido una comida, merienda, cena, pero eso sí, en cantidades impresionantes.

Se encaminó hacia la cocina, ya había visto la casa por dentro en la noche, pese a sentirse cansada, al entrar en aquella mansión el sueño se le había ido y únicamente deseaba observar todo a su alrededor, todo aquello que ahora era suyo. Se repetía una y otra vez eso, para cerciorarse que no se trataba de un sueño, que todo era tan real como el aire que se respiraba.

Aun sabiendo cada detalle de su casa, quiso hacer un recorrido otra vez, pensando que de día vería aún más detalles que por el cansancio posiblemente se le habían pasado por alto la noche anterior.

El pasillo desde el cual se tenía acceso a cuatro habitaciones en total, era amplio, no muy alargado, pero sí ancho. Necesitaba más que unas cuantas capas de pintura, pues había partes en las paredes que se caían a cachos. Esa zona en específico no estaba muy amueblada que digamos. Había algunos retratos familiares de generaciones, con esos bordes dorados de estilo barroco, de

hecho, casi todo en la casa pertenecía a ese movimiento cultural artístico, inclusive la única mesa apoyada en la pared de enfrente, era un mueble exquisito con el propósito de decorar el espacio, le recordaba mucho al cabecero de su hermosa cama, embellecida con adornos en colores dorados y burdeos. Al lado de la mesa un jarrón en color blanco y flores dibujadas a mano parecía soso sin ninguna flor en su interior que lo adornará.

—Hm, creo que unas flores de color morado serían idóneos para tu elegancia. —Se habló a sí misma, diciéndose después. —“¡Estás loca, Melania, conversando con un jarrón!” —Estalló en una carcajada y prosiguió con su recorrido.

Habitación por habitación se fijó en cada mueble que debía costar una fortuna, aunque algunos estaban tan deteriorados que repararlos le iba a costar un ojo de la cara. Se lamentó al pensar en que tendría que tirarlos y poco a poco empezar a comprar muebles, seguro podía encontrar algunos de buena calidad y buen precio, pensaba la joven, mientras cerraba la puerta de la última habitación de aquel piso en donde había visto un armario tan hermoso que quitaba el aliento: De color marfil, cuatro puertas, cuatro espejos grandes en su parte interna, dos cajones internos y con detalles con pan de oro.

Suspirando y sintiéndose como una hermosa doncella del siglo XV bajó por las escaleras que eran un desastre, debía ir con cuidado porque algunos escalones estaban en tan mal estado que podría partirse la crisma fácilmente.

La planta baja era de un estilo más moderno, aunque podían apreciarse detalles barrocos. Se notaba que la mansión era muy antigua y debía tener una extensa historia que al parecer Abernethy había querido resguardar en vez de hacer desaparecer.

De la misma forma opinaba la joven pelirroja que con ansias iba hacia la cocina, para ver si podía prepararse unas crepes con sirope. El señor Tommaso y su esposa habían sido tan amables que le habían surtido el frigorífico para darle la bienvenida a aquella comunidad que había sido y de hecho, todavía era, famosa por sus viñedos y sus fiestas. A Melania le apetecía muchísimo probar el buen vino por el que se jactaban los habitantes de Fabbriche di Vergemoli.

La cocina de la mansión era bastante anticuada, necesitaba renovar absolutamente todo, pero afortunadamente con la pequeña cocina de gas que había en el enorme espacio estancado en tiempos remotos, podía prepararse algo rico. Se puso manos a la obra y canturreando empezó a preparar las famosas crepes de mantequilla que eran para chuparse los dedos.

Mientras disfrutaba de aquel rato, saboreando esa libertad y tranquilidad que había ansiado tanto, se sintió observada. Se fijó en su alrededor detenidamente, mirando a través de los cristales el jardín de fuera que no necesitaba casi arreglos, pues los vecinos lo habían cuidado con esmero ya que siempre fue uno de los jardines más populares por su gran belleza y les daba pena dejarlo marchitarse. Eso le había explicado el señor Tommaso. A fuera no había nadie.

Hizo una mueca y prosiguió con su labor, pensando que las novedades en su vida la estaban convirtiendo en una paranoica.

El sonido del timbre la interrumpió, justo cuando cantaba con toda su garganta la canción de: *Toto Cutugno L'italiano*.

Con pasos rápidos, fue a abrir y sonrió ampliamente al ver allí a Annete.

—Buenos días vecina, vengo a hacerte un poco de compañía, ¿te importa? —Saludó risueña. Melania se sentía muy agradecida, pues sabía de sobra que la señora venía para ver si se encontraba a gusto, casi se le empañan los ojos porque la gente que más cercana le era, su única familia, nunca había mostrado tal interés en su bienestar.

—En absoluto, pasa. —Respondió emocionada.

La señora llevaba en sus manos algo tapado con un paño de color blanco. Olía estupendamente así que la sonrisa de Melania se ensanchó.

Annete pasó a dentro y se dirigió hacia la cocina, mientras hablaba.

—Espero te guste el *Maritozzo*. Hay mucho trabajo aquí niña, pero mi esposo ayer antes de dormir, me dijo que gracias a algunos contactos que él tiene, te puede salir todo más barato.

—Oh, gracias por toda vuestra ayuda, no sé cómo os lo voy a pagar, pero no tenéis por qué, puedo arreglármelas... Y por cierto, ¿qué es el *Maritozzo*? —Respondió Melania, impactada por recibir tanta ayuda, era algo que en su mundo era inexistente y que unos desconocidos velarán tanto por ella, era de lo más extraño. El sentimiento era bello, pero a su vez, empezaba a sentirse avergonzada y no sabía por qué.

—Déjame decirte niña, que si vas por la vida, tan tímida no ganarás nada. ¡Debes ser más descarada! Y en cuanto a tu pregunta, el *Maritozzo* es un dulce muy típico de nuestra capital y su origen se remonta a la antigua Roma, aunque ya no preparamos ese plato de la misma manera que nuestros antepasados. Básicamente nena, es un bollo relleno de nata y va muy bien con un rico cappuccino.

—Prepararía dos, pero no hay cafetera... ¡Todos los electrodomésticos son del siglo pasado!

Annete empezó a reír a carcajadas por su arrebató y con voz dulce, contestó.

—No te preocupes, sólo debes calentar agua, tengo aquí un paquete que ya viene preparado, solo hay que echarlo en agua caliente. Una maravilla de sabor. Ah, el pobre Abernethy, lo dejó todo por esa marrana.

—Parece que le conocías bien y también a la casa, sabes perfectamente dónde se encuentra cada sitio y todo... —Reflexionó Melania siguiendo sus pasos.

—Era un gran amigo, un hombre cuerdo, coherente, tan lógico... Una pena que en sus últimos años, hubiera perdido toda lógica y cordura. Abernethy siempre fue un hombre de aspecto serio, razón por la cual nunca le cayó bien a mi esposo y jamás llegaron a intimar, aunque eso sí, mi Tommaso respetaba mi decisión de ser amiga del hombre en cuestión. Abernethy tenía el extraño rasgo de personalidad de que una vez se acostumbraba con la gente, presentaba un aspecto de sí mismo que pocos conocen, carácter pacífico y bromista... Yo fui una de esas afortunadas, adoraba mis pastelitos de arroz así que nos hicimos amigos rápidamente y esa relación y cariño perduraron en los años. Él nunca quiso reformar la casa y modernizarla en su totalidad, solía desayunar, comer y cenar en la cafetería de mi marido, así que la cocina de la mansión prácticamente ni la usaba. —Explicaba Annete, mientras se ponía a servir los bollos y a calentar agua. Supuestamente lo iba a hacer Melania, pero la mujer era tan energética que riendo la observaba sentada sobre un taburete de madera en una mesita de desayuno que necesitaba algún que otro arreglo, pero era bastante hermosa.

—Eso explica el estado anticuado de esta cocina que tiene un espacio asombroso, un potencial increíble. ¿Y luego se enamoró y lo abandonó todo? —Preguntó Melania, interesada.

—Efectivamente. Ella se llamaba Claudia, una “actriz”, o mejor dicho, aspirante a actriz. Las únicas películas que había hecho en su vida eran de ese cine catalogado para adultos, ya tú sabes...

—No... —Dijo Melania, empezando a divertirse, parecía que la historia del antiguo dueño de su casa, era de lo más espectacular.

—Lo que oyes. ¡Y era tan joven! Probablemente de tu edad.

Melania casi se cae de la silla por la impresión y por el asco de imaginarse a un hombre de

ochenta años con una joven de su misma edad.

—Sé lo que piensas. Probablemente que él era un monstruo, pero te aseguro que no era así. Hasta conocerla, jamás en la vida se había fijado en una muchacha tan sumamente joven, era un hombre solitario que tras la muerte de su señora siquiera se le pasaba por la cabeza buscar pareja, pero ella le encandiló. Era una materialista que le llevó a la tumba.

—Lo siento Annete, pero no puedo estar de acuerdo contigo. Nadie le obligó a ese hombre enamorarse de ella y aunque fuera una materialista, no podría estar en su contra, no podría culparla a ella de toda esa historia, no siendo yo mujer. No sé...

—¿No serás de esas nuevas feministas que no se rasuran las piernas y se creen hacer hazañas? Melania estalló en risas y luego, con lágrimas en los ojos, respondió.

—No, Annete. A estas mujeres que son tan radicales se les denomina hembristas, yo me basó en las ideologías de las primeras feministas gracias por las cuales estamos hoy aquí, teniendo libertades que antes únicamente podíamos soñar.

—Mira, eso sí que no te lo discuto. En mi tiempo las mujeres luchábamos de verdad. ¿Sabes que sé disparar mejor que muchos hombres? Yo fui a la escuela militar, querida. —Dijo Annete con orgullo y Melania sintió admiración porque había crecido en una época no tan lejana a la suya, pero sí con valores muy diferentes a los de ahora y sin embargo, mostraba una fuerza y voluntad muy difíciles de ver hoy en día.

—Entiendo tu punto de vista, niña. No soy de las que juzgan a la mujer y la crucifican, no. De hecho, siempre que puedo estoy dispuesta a ayudar tanto a mujeres como a hombres, pero la gente que es mala simplemente lo es, sin importar su sexo y no porque la dulce Claudia sea mujer no diré las verdades tal y como fueron. Probablemente tuvo una vida difícil para elegir el camino que eligió, pero siempre hay otras opciones y no es necesario dañar.

—¿Ella dañó al señor Abernethy? —Preguntó con curiosidad, mientras Annete la servía una generosa porción de bollo y una taza de cappuccino.

—Oh, desde luego. Debo admitir que la capacidad de la joven para manipular era algo impresionante. Como cualquier manipulador supo lo que podía persuadir a mi buen amigo, Abernethy. Precisamente uso sus encantos de conversación, recordándole su anhelada juventud, la chispa de vida que él había dejado atrás. ¿Sabes? Sé con certeza que nunca le tocó un solo cabello, no, él no la quería por su cuerpo, y eso nadie lo sabe... La quería porque era locuaz y porque le recordaba constantemente el sabor de la juventud con su risa, con sus chistes, con su labia. Él nunca tuvo descendientes, su esposa murió joven y no volvió a casarse. Una historia trágica... Al verle tan lleno de vida ni siquiera se me ocurrió apartar a la bella mujer de su lado por pena, aunque sabía que ella deseaba únicamente su dinero que él le entregaba generosamente.

—¿Y cómo es que no se quedó ella con la mansión?

—Pues porque no le interesaba. Ya había sacado una considerable tajada de mi vecino y amigo que en paz descansa... Todo un capital extenso en formato de ropa de firma, joyas exquisitas y según mi entendido, hasta dinero en efectivo. Ella era un alma joven que no estaba dispuesta a vivir en una vieja mansión cuyo encanto simplemente no comprendía.

—Entiendo... Tal y como la describes, parece toda una arpía. —Dijo Melania riendo.

—Lo era y muy peligrosa además, porque su dulce rostro no demostraba sus crueles intenciones. Pero, dejemos de hablar de viejas historias que en el pasado se han enterrado, cuéntame lo que opinas de la casa...

—La casa es maravillosa. Sé que hay mucho trabajo, pero me encantaría llevar este proyecto hasta el final y quedármela. Tiene algo que me fascina al igual que este sitio. Fabbriche di

Vergemoli parece mágico. —Respondió la muchacha con ilusión.

—Eres muy bella... Un poquito flaca, pero con mis comidas engordarás en un periquete, deberías comerte esas tortitas que preparabas, además del bollo. —Dijo de repente la mujer, dejándola pasmada.

—Creo Annete que tal y como tú me recomiendas tener la dieta, acabaré con diabetes del grado dos en poco tiempo.

La señora empezó a reír a carcajadas y al poco Melania también estalló.

—Una joven tan bonita, debe tener novio. ¿Lo tienes? —Preguntó Annete mostrando su vena cotilla y no era para menos porque lo cierto es que tenía fama de saberlo todo de todos, aunque la pelirroja todavía no lo sabía.

—No, no tengo pareja. —Respondió con una sonrisa la joven, empezando a encontrar la personalidad de Annete de lo más divertida.

—Hmm, pues nuestro escritor Domenico es bastante atractivo, ¿no crees?

El cappuccino casi se le sale por la boca y la nariz a Melania que no se esperaba que la mujer le preguntará sobre el guapísimo italiano al cual deseaba olvidar, no sabía la razón, pero sentía su orgullo herido porque la estuviera ignorando y aquello no tenía sentido, pues apenas se conocían.

—Oh, bueno... Mal no está. —Murmuró en respuesta y cuando Annete comenzó a reír estruendosamente, quiso que la tierra se la tragará-

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —Inquirió Melania y las risas de la señora aumentaron mientras la joven se estaba poniendo de mala leche como si fuera una niña de cinco años a punto de tener un berrinche.

—Vale... vale... no te enfades. Lo que pasa es que, niña, eres como un libro abierto. Ayer mientras comíamos y charlábamos siquiera te diste cuenta de la forma en que te lo comías con la mirada.

—¡No es verdad! —Pegó un grito agudo Melania en respuesta, adquiriendo un tono rojo que la hacía parecer un tomate humanoide.

—Niña, es comprensible. Hay que admitir que es un hombre como los que ya no hay. ¡De la cabeza a los pies! —Dijo Annete con exageración.

Melania resopló y finalmente admitió, decidiendo ser sincera.

—Sí que está guapísimo. Se cae de lo bueno que está... —Dijo con cierto pesar que a la mujer no le pasó inadvertido.

—A él le gustaste tú también. —Comentó Annete dejándola tan sorprendida que la pelirroja abrió los ojos de par en par sin creerse una sola palabra.

—No me mires así, niña, sé de lo que hablo. Le conozco desde que caminaba con sus cochecitos en mano y jugaba en los charcos de agua en esos días lloviosos, tan salvaje como un alma gitana.

—Creo que no hablas del mismo hombre que yo conocí. Al principio parecía simpático, pero era lejos de definirlo como un alma salvaje y después, se volvió un completo grosero que me ignoraba a más no poder. De hecho, daba la impresión que me quería lejos de él al menos a cien metros de distancia. —Le respondió Melania con los brazos cruzados y los labios fruncidos, demostrando claramente con su lenguaje corporal que aquello no le había gustado en absoluto.

—Sí, ya sé. Ayer a noche mi marido me contó todo.

—Entonces, ¿cómo puedes afirmar que le gusto? —Inquirió Melania, empezando a comer el bollo con saña mientras la metiche y simpática mujer la observaba con diversión.

—No tienes idea, Melania. Este hombre que estás viendo no es el hombre vivaz, locuaz,

divertido, atrevido y feliz que una vez fue. De hecho, teme tanto a la felicidad que es capaz de huir de la alegría con tal de no tener otra vez el amor en su vida y perderlo porque el destino a veces es cruel.

La expresión de Melania se suavizó, escuchando con atención a la mujer. Pensando que ella había podido ver por un momento a esa persona feliz y despreocupada que Annete había descrito.

—Todo cambió tras la partida de Rosetta, una devastadora mañana que cambió la vida de Domenico. Por un tiempo era incapaz de escribir un solo libro, pero logró salir de aquel bloqueo por su hija, si no fuera por la existencia de Ángela probablemente él se habría abandonado, la amaba con locura y es de esos hombres que creen que en la vida solo se puede amar una vez así.

—Viene de una familia tradicional, supongo. —Afirmó Melania, reflexiva.

—Así es, sus padres eran la típica familia italiana, con esos valores que ya la gente está dejando atrás. Él creció con la opinión de que el amor verdadero se siente una vez, que es un tesoro que debe protegerse y que uno cuando se casa, debe ser una vez y para siempre, hasta que la muerte separé a las dos almas unidas, literalmente.

—A mí eso me parece hermoso... —Contestó Melania con un suspiro, mostrando un anhelo de sentirse tan amada como lo había sido y todavía lo era Rosetta.

—Veo que eres una romántica sin remedio, al igual que yo. —Dijo Annete entre risas.

—Sólo diré que me he visto todos los capítulos de: Podark.

—Oh, pues tú eres de las mías, ya sabía yo que nos íbamos a llevar bien. Yo no he visto muchas series, pues tengo poca paciencia y tengo la extrañísima tendencia de comenzar a ver una serie y después ir directamente al capítulo final.

—Así no da gracia, Annete, no puedes entender nada del desarrollo que es la parte más importante de una historia. —Contestó la pelirroja mientras acababa el último trozo de su bollo y tomaba un sorbito de su humeante cappuccino.

—Lo sé, debido a esa impaciencia he creado mi propia telenovela. —Habló con seriedad aquella mujer que estaba resultando muchísimo más interesante de lo que a simple primera vista le había parecido a Melania.

—Me da un poco de miedo preguntar... Pero, allá voy. ¿A qué te refieres?

—Verás, soy la casamentera oficial de Fabbriche di Vergemoli. Ya he tenido el honor de unir a nueve parejas. —Respondió con orgullo Annete.

A Melania le empezaba a dar miedo la mujer, se imaginaba por dónde le iban a salir los tiros y no sabía si el asunto le gustaba...

—¡Y todos son felices como perdices! Tengo un buen ojo para estas cosas niña, pregúntale a mi esposo que a menudo me llama bruja porque nunca me equivoco, jamás de los jamases. Las nueve parejas te lo pueden confirmar, mi reina. De hecho, el propio alcalde una vez bromeó con que me iba a dar licencia de “Casamentera”, lo dijo en broma, pero ya sabes: “Entre broma y broma, la verdad asoma”.

Annete parecía que se estaba haciendo toda una publicidad con estrategias de marketing de los años ochenta. Melania empezaba a divertirse y a aguantarse la risa que pugnaba por salir con fuerza hasta que se le llenarán los ojos de lágrimas.

—¿No me digas? ¿Me quieres decir que quieres emparejarme con Domenico, guapa? —La preguntó sin andarse con rodeos.

—¡Pues sí! Hasta un ciego ve las chispas nena. Ese hombre lleva sin mirar a una mujer de esa forma fogosa desde hace años. Está claro que debes conquistarlo.

—¿Pero, de qué hablas? ¡Si ni me miraba!

—Eso te lo crees tú, pero yo que tengo vista de halcón, lo veo todo, niña.

—Bueno, vale te creo. ¿Quién soy yo para decirte que no si en tu curriculum tienes a nueve parejas? —Dijo Melania aguantándose la risa.

—Debes preguntarles a Alessia y a Beatrice. —Respondió Annete con seriedad.

—¿No me digas que les encontraste un par de esposos buenorros y además con pasta? — Preguntó la pelirroja mientras agarraba las tortitas, tanta charla le había abierto el apetito. La señora Annete la miró con aprobación como si comer tanta mierda fuera algo bueno.

Era extraño, pero ya parecían la típica madre e hija sentadas en la cocina, cotilleando sobre el vecindario, intercambiando opiniones y por supuesto, no estando de acuerdo una con la otra.

—Pues no. Lo que hice guapa, fue casarlas a ellas dos, entre sí. —Contestó Annete. Melania se quedó pasmada con la respuesta y Annete al observarla sonrió.

—El amor verdadero es amor y punto, querida. No importa la forma en la que he crecido y lo tradicional que soy en algunos aspectos, sé reconocer el amor y lo acepto, respeto y admiro en todas sus variantes.

—¡Vaya! —Jadeó Melania, desde luego que semejante opinión sobre algo tan controversial no se lo esperaba.

—Mis niñas son dos soles, ambas cultas, hermosas y muy divertidas. Te caerán bien. Al principio estaban tan confundidas, porque el caso de ellas es muy singular.

—¿Y eso por qué?

—Ambas eran totalmente heterosexuales. Siempre les gustaron los hombres, pero fue verse la una a la otra y cambiar de acera. Lo suyo es uno de esos amores profundos que no se basa en el aspecto físico, cada una se enamoró del alma de la otra. Algo puro y hermoso, que se negaban a aceptar, sobre todo Beatrice. La muchacha es generalmente muy culta y un auténtico cerebritto, pero al principio no supo canalizar sus sentimientos y estaba muy confundida, llegando a rechazar a Alessia.

—¡Santo cielo! Alessia debió de pasarlo mal, si estaba tan enamorada.

—Efectivamente, de las dos, ella era la que pensaba de manera más coherente, aceptando aquellos nuevos sentimientos que resultaban tan extraños. Yo describo su amor como una “Marea Viva”.

Una “Marea Viva”, ocurre cuando el sol se encuentra alineado con la tierra. Un proceso que ocurre durante la luna llena y se caracteriza por la gran fuerza de atracción energética.

—Se deseaban la una a la otra. —Dijo Melania con una sonrisa traviesa.

—Efectivamente, tanto que no supieron comprender esos sentimientos y una se alejó, se alejó tanto que hasta yo, que soy optimista por naturaleza, llegué a pensar que todo había acabado.

—¿Se alejó Beatrice? —Preguntó lo obvio la pelirroja.

—Se marchó de aquí y Alessia quedó hecha polvo.

Melania no conocía a las respectivas mujeres, pero sintió una pena enorme, una gran empatía porque opinaba que en la vida encontrar una media naranja era difícil, pero encontrarla y que se alejará de ti, debía ser devastador...

—Luego yo logré contactar a la frágil e inteligente Beatrice, la mentí que Alessia se encontraba muy mal y ella corrió, literalmente, subiéndose al primer autobús camino Fabbriche di Vergemoli. Por supuesto, en cuanto se vieron se dieron cuenta de mi jugada, pero en ese punto, ya había comprendido que se amaban. Ahora están felizmente casadas.

—Annete. ¡Tú sí que te tomas en serio tu papel de casamentera!

—Así es niña, y sé que a mi querido Domenico le has gustado, pude ver por primera vez

chispa en sus ojos desde la trágica muerte de Rosetta. Ayer mismo decidí que os emparejaría y te recomiendo que tengas más labia, sedúcele, no creo que se resista mucho. Eres joven y te gusta, no he nacido ayer, guapa. Sé que se te bajan las bragas solo con mirarle.

—¡Annete! Vaya lenguaje tienes, mujer.

—¡No seas puritana! Florecita inglesa. ¡A por él! Y engorda un poco, estás muy flaca, bonita.

Melania puso los ojos en blanco antes de decir. — ¡Eres un peligro!

—De todas formas, ¿en serio crees que puede caer en mis encantos femeninos? —Preguntó con interés. Debía admitir que Domenico la había interesado desde el primer momento en que sus ojos le habían hallado y nunca le había pasado eso con otro hombre. Si había una posibilidad, quería probar su suerte porque no la importaría estar entre los brazos de semejante hombre, aunque fuera una simple aventura. Había llegado a Italia para iniciar una nueva vida, para empezar un nuevo capítulo y qué mejor que hacerlo junto al cuerpo desnudo de un italiano que quitaba el hipo.

—Desde luego, pero tendrías que ir con cuidado porque el recuerdo de su difunta esposa le impide abrirse a otra mujer, pero a ti te desea, te lo puedo asegurar. Además... Antonella, también sería un gran inconveniente ahora que lo pienso...

—¿Quién es Antonella? —Preguntó Melania con sumo interés.

—Oh, pues, es su niñera...

Capítulo 5

La tarde se había pasado volando, los vecinos de los alrededores la habían visitado para poder darle la bienvenida a la comunidad y poder conocerla.

Todos habían resultado personas simpáticas, calurosas y muy comprensivas. Incluso una señora que chapurreaba inglés había hecho todo su esfuerzo para hacerse entender.

Únicamente no habían venido Domenico, hecho que la había decepcionado y la famosa ex diseñadora, Doña Albertina. Su esposo había sido un magnate que la había abandonado y en cada ocasión la mujer no perdía la oportunidad de hablar del pasado e insultar con saña a aquel desgraciado que le había roto el corazón. Al menos eso le habían comentado los habitantes de aquel pintoresco sitio durante la hora del té. Se habían reunido todos en lo que una vez había sido un hermoso invernadero del cual ahora no quedaba rastro de su belleza del pasado.

Gracias a sus nuevos conocidos con los que había hecho muy buenas migas, la joven pudo saber más sobre la historia del caserón que había adquirido.

Al parecer la propiedad había sido construida en el siglo XVIII por unos adinerados comerciantes que habían podido ganar una gran fortuna gracias a objetos antiguos y valiosos que lograban obtener. El primer dueño se había enamorado del sitio a primera vista, pues siempre había soñado con tener una casa rodeada de hermosos paisajes montañosos.

El estilo arquitectónico empleado, se había basado en el modelo gótico-mudéjar, aunque había pequeños detalles de restos árabes e inclusive neoclásicos.

Sus nuevos vecinos la habían informado que por la propiedad habían pasado personajes de renombre como Giuseppe Acerbi, un importante arqueólogo, además de artistas famosos durante el transcurso del siglo XIX y XX. Toda esa información significaba que la propiedad era un símbolo cultural y esa oportunidad de tenerla gratuitamente era algo impresionante, imposible de ocurrir. Todos sus vecinos se lo habían repetido reiteradas veces, para ellos también resultaba algo grandioso y muy extraordinario.

Melania recordaba cada suceso de su primer día en Fabbriche di Vergemoli con una sonrisa. Todos se habían ofrecido a ayudarla en lo que pudieran y por supuesto, ella no había rechazado la oferta, pensaba conseguir un empleo rápidamente porque además de su dinero, hasta sus últimas fuerzas irían a parar en aquella propiedad que había enamorado a la joven.

El sol ya se escondía, como si se estuviera despidiendo de la ciudad, adornando el cielo con un atardecer hermoso. Melania observaba la belleza desde el ventanal de su deteriorado salón, cerrando los ojos y aspirando ese aroma a noche de verano que la inspiraba y reconfortaba, pues el ventanal estaba abierto de par en par y toda aquella naturaleza se podía sentir en su máximo esplendor.

Los colores rosados se mezclaban de manera perfecta, en sus varias tonalidades de clarito a un rojizo intenso, casi tirando a anaranjado, el cielo era un simple lienzo y el artista, el propio Universo.

—Debería salir a correr, de paso conoceré las calles mejor y luego me tomaré una ducha. — Se dijo a sí misma Melania, pensando en la suerte que tenía de que el baño principal estuviera equipado, eso sí, tan sucio que daba repelús entrar, pero todo se arreglaba con una buena lejía de cinco litros.

Contenta, fue hasta su habitación y se puso las tenis de color blanco sucio, agarró su cabello

en una coleta alta, se llenó una botellita con agua y cogió su pequeño bolso de tipo bandolera porque después de trotar pensaba ir al supermercado.

La temperatura era maravillosa, invitaba a hacer deporte. Melania comenzó a trotar a un ritmo lento, pensaba acelerar progresivamente. No sabía hacía dónde se dirigía, pero corría con una gran sonrisa por un camino estrecho en cuyo alrededor solo había campos inmensos.

Algunos niños que jugaban en medio de la calle con una pelota, la miraron intrigados, pues era nueva y probablemente su presencia les resultaba de lo más interesante.

Melania no sabía si los pequeños tenían conocimiento de inglés, pero no tenía idea de cómo preguntar en italiano, dónde se encontraba el supermercado más cercano, así que se lanzó y con una sonrisa para no asustarles, preguntó en su idioma natal.

—Perdonad, chicos, pero, ¿tenéis idea de dónde se encuentra el supermercado más cercano?

Todos se quedaron mudos excepto uno, el más alto. Era tan rubio que su cabeza se podía confundir con el sol fácilmente, se le diferenciaba perfectamente del resto que eran en su totalidad castaños.

—Señorita, el supermercado se encuentra demasiado lejos, la aconsejo que vaya a la tienda de la señora Agripina, tiene de todo, aunque sea un local pequeño. Se encuentra en la esquina derecha, si sigue todo recto verá dos caminos, la parte izquierda es la finca de Doña Albertina, aunque es propiedad privada ella deja a todo el mundo pasear por allí y disfrutar del lago, en la parte derecha están algunos comercios como la tienda alimenticia de la señora Agripina o la pastelería de Fiorenzo —Le respondió en un inglés nativo el chico, que debía rondar los once o doce años, sin apenas rastro de dialecto.

—Muchas gracias cielo. —Le respondió ella con ternura, pues estaba para comérselo con sus mejillas muy sonrojadas por el cansancio de jugar durante horas, lo más probable.

—Me llamo Enrico señorita y es un placer ayudar a una dama tan bella. Contestó el niño con zalamería y Melania no pudo evitar reír a carcajadas. No se lo podía creer, acababa de ligar, aunque no con quien quería...

—Muchas gracias, muy amable Enrico. —Le dijo entre risas.

—Probablemente tenga muchos candidatos señorita, pero si me espera, en unos años seré todo un hombre, eso dijo mi mamá. —Habló con seriedad aquel pequeño, su desparpajo era irresistible, así que Melania fue hasta él y le dio un beso en la mejilla riendo a carcajadas.

—Lo tendré en cuenta, pequeño conquistador. —Le dijo despidiéndose y prosiguió a seguir trotando.

Algunos habitantes la saludaron mientras pasaba, se veían personas trabajadoras, pues a la mayoría a los que había visto, les había pillado regando las flores o plantando frutas y verduras.

Cuando llegó hasta el punto que dividía aquella calle y se separaba en dos tramos, pensó un rato y se decidió que iría a visitar la finca de Doña Albertina, pues si era permitido pasear por allí, no había razón para no conocer esa zona, y si de paso veía a la modista, podía hablar con ella y ver si esta puede darle algún trabajo.

Sin pensarlo más, giró hacia la izquierda, levantando el rostro hacía el cielo porque por primera vez en su vida sentía el sabor de la libertad y la paz mental. Llevaba tan sólo un día y pico allí y todo lo que había vivido en las pocas horas era hermoso comparado con los años que había estado con sus “tíos”.

Con grandes zancadas, antes de darse cuenta, había entrado en aquella finca que podía describirse como el escenario de un cuento que suelen leer los padres a sus hijos antes de que estos se dejen caer en los brazos de Morfeo.

Lo primero que uno podía ver eran unas escaleras de forma ovalada y en cuyos laterales había flores de diversos colores. Dos manzanos en cada lado se alzaban con orgullo y todo a su alrededor era puro campo de hierba recién cortada. Las tierras eran extensas y uno podía contemplar parte del lago desde esa lejanía.

Entusiasmada subió los cinco peldaños de aquellas hermosas escaleras de piedra natural y al estar arriba sonrió más ampliamente, cuando pudo ver mejor las aguas cristalinas de aquel lago que invitaba a cualquiera a sumergirse en su interior y disfrutar del frescor, o simplemente sentarse en su orilla y reflexionar sobre el mundo que a uno le rodea.

Corriendo fue hacia el agua, había tantas flores y arbustos en el alrededor que parecía que te adentrabas dentro de una selva. Lo bueno es que el centro que rodeaba el lago y que formaba la orilla de este, era vacío, tan bien cuidado que uno podía hacer un buen picnic familiar perfectamente. El agua estaba limpia, tan cristalina que se podían apreciar algunas piedras en la parte menos profunda. Quedaban de manera muy decorativa, y es que muchas veces la mejor decoración era aquella que había creado la propia naturaleza.

Una mariposa de color blanco pasó cerca de su hombro y Melania empezó a reír hasta que un movimiento al otro lado, detrás de unos matorrales, captó su atención.

¿Sería algún dulce animalito? Se preguntaba mientras con pasos de plomo se dirigía hacia aquella zona. Con cuidado y una sonrisa de oreja a oreja, ilusionada como una niña pequeña, abrió con sus manos aquel matorral, dividiéndolo en dos y para su sorpresa lo que se encontró no tenía nada que ver con un dulce animalito, se trataba de un animal mucho más evolucionado y aunque era dulce, su aspecto también denotaba cierta salvajez, pero con la correcta medida, sin llegar a un extremo.

—¿Tú qué haces aquí? Eres como esos chicles que se te pegan a la suela del zapato y no los puedes quitar ni arrancándolo, siempre quedan restos. —La dijo Domenico, mirándola de arriba abajo con las cejas formando una: “M”.

—¿Sueles saludar así a todo el mundo? —Le preguntó ella, cruzando aquel arbusto de un saltito y quedando frente a él.

Domenico se la quedó mirando embobado. La camiseta que llevaba era de color blanco y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, transparentaba ligeramente así que el sujetador de encaje se podía apreciar. El leggín fino de color negro alargaba su pierna de por sí bien proporcionada y esa coleta alta realizaba las dulces facciones de su rostro tan tierno.

Ella tenía una de sus manos apoyada en la cintura, como pidiendo explicación. La rabia danzaba en sus luceros tan llamativos y bien perfilados, de una forma redonda, pero ligeramente rasgados en los laterales. Tenía un aspecto muy céltico que dentro de aquel entorno verde se asemejaba a un ángel caído del cielo, transformada en una especie de ninfa cuyo cometido era hechizar los pobres corazones de inocentes hombres mortales.

—¡A ti te pregunto! —Le atacó aquel ser que parecía divino, pero debía ser el demonio, reflexionaba el escritor cuya imaginación, como cualquier artista llegaba a unos niveles impresionantes.

—No, sólo a ti te saludo así. —La respondió de manera borde y sonrió al ver que su respuesta la había molestado. Era muy atractiva cuando se enfadaba...

—¡Pues no tienes idea de lo agradable y simpática que soy! Les he caído a todos bien, don prejuicioso, con lo agradable que fui contigo en el avión. ¡Desagradecido! —Despotricaba la pelirroja, sorprendiéndose a sí misma, pues nunca había reaccionado de manera tan violenta con

nadie, pero parece que aquel hombre podía provocarla con solo una escueta frase.

—No me extraña que le hayas caído bien a todo el mundo, eres un encanto de persona. —Contestó Domenico y juzgando por su tono parecía sincero, eso extrañó a la joven que se quedó callada, sin comprender.

Su mirada demostraba su desconcierto, así que el escritor habló y dijo algo que la dejó tan alucinada que tuvo que pellizcarse para ver si no estaba soñando despierta, que le solía ocurrir muchas veces, pero eso sí, el sueño nunca parecía tan real.

—Me alejo de ti porque en cuanto te veo me entran unas ganas salvajes de romperte las bragas y follarte hasta arrancarte un par de orgasmos.

Tras aquellas palabras tan directas, Melania sintió una corriente eléctrica traspasarla centrándose en un único punto que era muy sensible, aquel que estaba entre sus piernas y se había humedecido de manera impresionante, manchando sus braguitas con el néctar de su deseo frustrado. Las palabras del escritor no la habían ofendido en lo absoluto, esa parte franca de su personalidad le convertía ante sus ojos en un hombre aún más apetecible. Melania nunca antes había experimentado unas ganas tan impresionantes de acostarse con un hombre, de catarle una y otra vez, mientras que en ese momento, se sentía como una depravada sexual y no la importaba, no, ahora que sabía lo que Annete le había confirmado antes, que él la deseaba, no pensaba soltar su presa porque lo cierto es que se moría por estar entre sus brazos.

—¿Por qué no lo haces? —Le preguntó sintiendo su garganta seca.

—No te daría jamás mi corazón, sería mera diversión. —Contestó él con desesperación.

La respuesta asustó a la pelirroja, hasta hacía minutos no se dirigían la palabra, él parecía no desear conocerla, pero ahora sentía que no podía controlar aquellos instintos que purgaban por explotar y provocar que incluso le suplicará por hacerla suya. Los acontecimientos ocurrían aprisa, su mundo cambiaba a pasos gigantescos y los sentimientos que aparecían en su alma eran confusos, pero fuertes. Su razón la decía que convertirse en la amante del guapísimo artista era algo bueno para el nuevo capítulo de su vida que comenzaba a escribir. Era una mujer joven que nunca se había divertido y Domenico parecía ser la persona que podía mostrarla algunos placeres nada rechazables, pero había otra cosa y esa era la que le provocaba temor. ¿Y si se enamoraba de aquel hombre? Él lo tenía todo y no debía resultar nada complicado enamorarse de él hasta las orejas y si eso pasaba ella iba a sufrir porque él no estaba dispuesto a entregar su corazón y lo dejaba clarísimo, siendo franco. Pensó un rato en su propuesta indecente y apetecible y llegó a la conclusión que no podía perderse la experiencia de comprobar hasta dónde la llevaría esa fuerte atracción que ahora sabía, ambos sentían.

—No pido tu corazón, no lo quiero. Si quieres divertirme acepto tu propuesta. —Le dijo ella con una voz neutra, aparentando una frialdad que en absoluto sentía, su joven corazón latía desbocado y siquiera se imaginaba lo que a continuación iba a ocurrir.

Domenico se acercó cual tigre enjaulado desde años que por primera vez saboreaba la libertad, la atrapó entre sus brazos y sus labios tocaron los de ella que le invitaba de manera inconsciente entreabriendo sus dulces labios rosados similares al color de las fresas.

El primer contacto fue tímido, dulce y tierno que arrancó un gemido de la muchacha que cerró los ojos al sentir esos labios que la llevaban al cielo. Todo su cuerpo parecía revolucionado, en sus tripas mariposas revoloteaban y no sabía si sentía felicidad o alguna comida le había sentado mal... ¿Qué era aquel sentimiento? Se preguntaba mientras dulcemente probaba con la lengua la calidad de aquella boca varonil que hacía maravillas. Ella no deseaba analizar el significado de lo que sentía, tan sólo disfrutarlo, vivir el presente, ese momento que parecía tan perfecto.

El beso se tornó poco a poco en mucho más salvaje, ambos se acoplaban de manera perfecta al otro. El cuerpo de Melania parecía hecho para él, pues encajaba en sus brazos como la pieza perfecta de un puzle.

La mano de él descendió por su cintura y acabó en su cadera amenazando por bajar más y acariciar el perfectamente torneado y respingón trasero de la pelirroja.

Ella deseaba con ansias sentir el tacto de sus dedos en sitios más íntimos. La pareja ya se comía uno al otro, olvidándose inclusive de respirar y entre el canturreo de los pajaritos, sus jadeos hacían el coro y la naturaleza presentaba esos instintos tan naturales y poderosos expresados en forma de besos fogosos.

En aquel instante todo había desaparecido para el escritor. Domenico hacía años que no saboreaba algo tan rico, los labios de la pelirroja eran adictivos. Los mordisqueaba y se sentía victorioso con cada gemido que se le escapaba a la fémica.

Un carraspeo rompió con la magia y ambos se separaron como si fueran dos colegiales pillados infraganti.

Doña Albertina les miraba divertida con una burla en sus ojos verdes, tan similares a los gatos, impactantes... Su figura podía ser la envidia de cualquier mujer de su edad, llevaba un vestido simple de color negro, pero que en ella era la elegancia personificada. Sus cabellos negros ya grisáceos estaban pulcramente recogidos en un moño clásico y aunque su estilo de vestir era sobrio y expresaba poder y autoridad, su mirada era burlona, divertida y sarcástica, demostrando que la personalidad de la mujer era mucho más abierta de lo que uno podía pensar.

—Veo que disfrutáis de mis tierras y de la mejor manera posible, jóvenes. ¿Sabéis? La pasión es eso que te hace tener cara de viernes, todos los días. ¡Ustedes tienen cara de viernes! Siento haber interrumpido la parte interesante que pronto iba a llegar.

La pareja se sonrojó tanto que parecían dos tomates maduros. Melania estaba con la cabeza baja, pensando en que vaya forma de conocer a aquella mujer...

Domenico carraspeó incómodo y tosiendo nervioso, dijo.

—Bueno, yo me tengo que ir. Ángela pronto volverá de casa de su amiga y... pues me necesita... seguro.

Acto seguido se alejó mientras Doña Albertina se aguantaba la risa a duras penas y Melania siseaba: —“Cobarde”. Sintiéndose defraudada porque ni la había mirado antes de irse corriendo. ¡Pedazo de cabrón!

—Querida... ¿Te apetece tomar un té? —La voz de Doña Albertina que la observaba sin cortarse, interrumpió los pensamientos de la joven. La miró y sintió que no podía desaprovechar la oferta, algo la decía que lo que podía conversar con aquella mujer, era importante, así que se armó de valor y con dulzura, respondió. —Me encantaría.

Caminaron en un silencio cómodo, cada una concentrada en las flores que estaban adornando los laterales de un caminito hecho de piedras, muy rustico.

—Tiene unas flores hermosas, toda la finca es preciosa en realidad. —Comentó la joven.

Albertina sonrió con tristeza. —Es una de las más hermosas del contorno. Junto a la casa que has adquirido querida. Es muy hermosa y con una gran historia. Has tenido mucha suerte.

—Eso dicen todos. Parece que le dedica mucho tiempo a su jardín, es realmente de cuento.

—Bueno, cuando la soledad es la única amiga que tienes, una encuentra otros quehaceres, otros hobbies que hagan la vida más llevadera.

—Creo que venimos a este mundo solos y nos vamos solos... En realidad la soledad no es

mala del todo. —Respondió, comprendiéndola, pues ella llevaba mucho tiempo sintiéndose exactamente así. Sola.

—Eres joven, no tienes idea de lo herida que te puede dejar un mal de amores. La tristeza que a uno le alberga después de ser abandonado por la persona que más ama.

Era cierto en parte. Melania no sabía el dolor que causaba un mal de amores. Tragó saliva sintiendo temor, pues esperaba no acabar tan amargada como Doña Albertina, pensando después de años que había entregado tanto sin recibir nada a cambio...

—¡Carlotta! ¡Carlotta! —Gritó Doña Albertina mientras se acercaban a una construcción diáfana a la casa, parecía ser un choco.

Salió en su encuentro una joven rubia, la altura de su cabello era hasta los hombros y era liso y muy brillante. Sus ojos eran enormes y de color miel, su rostro en forma de corazón y las pestañas tan largas y rizadas que parecía llevar pestañas falsas, pero no, al acercársele uno, notaba que eran totalmente naturales y en su bella carita no llevaba ni pizca de maquillaje y sin embargo, su piel era radiante.

—Sí, tía. —Dijo aquella joven que debía rondar los diecisiete. Su voz era melodiosa, muy dulce.

—Qué voz más linda, podrías hasta ser cantante. —Dijo Melania sin poder evitar mientras observaba la belleza de aquella niña.

Tía y sobrina estallaron en carcajadas, la pelirroja solo las observaba sin entender nada. Al cabo de un rato Doña Albertina explicó divertida.

—Su voz es linda solo cuando habla, porque créeme cuando canta es capaz de dejar sorda a media Italia. El cura le prohibió cantar en las misas, imagínate...

Melania se había quedado atónita. —¿Es enserio? —Preguntó, alucinada.

Carlotta se lo confirmó afirmando con un gesto con la cabeza. —Me temo que el canto no es lo mío. —Le dijo esta.

—Pero sí las redes sociales y el diseño web. Mi sobrina es la que lleva todos mis negocios remotos y gracias a ella vivimos muy cómodamente.

—Gracias a mí no. Tú también tienes mucho mérito, tía. —Respondió Carlotta a su tía con una mirada que expresaba gratitud y un gran cariño.

Melania se dijo que efectivamente ese era el cuadro de lo que debía representar una familia. Había calor, había respeto, había confianza... De repente se sintió triste sin saber por qué.

—Querida Carlotta, prepara tres tazas de té y pon en un platito las galletas que preparé esta mañana. Todavía no se han pasado los niños, así que nuestra invitada podrá probarlas.

La joven rubia asintió y acto seguido entró a dentro. Melania y Doña Albertina la siguieron.

El choco de la antigua diseñadora era de estilo rustico, inspirado en el diseño de España, todos sus muebles eran de madera y de alta calidad. Sobre las paredes había toda clase de adornos de estilo rural, muy campestre pero exquisito.

Las antigüedades que se apreciaban debían de costar una fortuna y aunque estaba bastante lleno de cosas, era confortable, hogareño e impoluto. Se notaba que Doña Albertina era una maniática del orden.

Se sentaron en una mesa de forma redondeada, en medio había un jarrón con flores silvestres de varias tonalidades, el olor de estas llegaba hasta sus fosas nasales y el aire que entraba por la ranura del ventanal al lado de aquella mesita, acariciaba su rostro. Pronto las tazas de porcelana con el té llegaron y sobre una bandeja dorada las galletas que se veían apetecibles.

Melania alzó la mano y probó una, era crujiente y rellena de chocolate. Cerró los ojos y gimió

gustosa.

—Están riquísimas. —Dijo con la boca llena mientras se le escapaban algunas migas.

—¿Tan ricas como los besos de nuestro Domenico? —Soltó de repente Doña Albertina y Melania casi se atraganta, mientras Carlotta se acercaba sin disimular dejando los cachivaches que lavaba en el fregadero de la cocina de aquel choco.

—Doña Albertina, es de lo más directa... —Dijo susurrando y muerta de vergüenza. ¿Qué podían pensar aquellas dos mujeres sobre su persona? Apenas llevaba allí dos días y ya se besaba con un hombre.

—No te juzgamos, eres joven y muy guapa, él soltero, un viudo que está para comérselo, es totalmente comprensible, querida. —Le dijo Doña Albertina que era alguien de lo más perspicaz. Los años la habían curtido la piel y ahora se daba cuenta de los mínimos detalles que de más joven siquiera se habría percatado.

—¿Enserio lo comprende? —Preguntó ella, porque siquiera la propia Melania se comprendía, por lo tanto no entendía cómo la señora podía entenderla como si fuera un libro abierto.

—Claro que sí niña, yo también he sido joven, hace mucho tiempo, pero todavía lo recuerdo.

Melania sonrió, ya empezaba a captar la personalidad colorida de aquella artista casi jubilada. Era muy dramática.

—¿Quieres algo más que simple aventura con él? —Preguntó Doña Albertina sin andarse con rodeos.

—No estoy segura de lo que quiero. Él es un hombre fantástico, pero arrastra fantasmas de su pasado y no creo que esté dispuesto jamás a entregar su corazón en manos de una mujer, ya lo entregó una vez y el destino se la arrebató cuando más felices estaban.

—Así es. ¿Y qué piensas de la niña? —Preguntó Doña Albertina, analizándola con sus ojos verdes, sin que se le escapará un solo gesto de su cara.

—Esperen un poco, ¿se han besado? Explíquenla a una que me he quedado aquí sin entender ni fu ni fa. —Dijo de repente Carlotta con un tono de voz de indignación, demostrando que en cuanto a cotilleos era igualita a su tía.

—Nos conocimos en el avión, yo me sentaba junto a Ángela... —Empezó a relatar todo Melania, sin omitir detalle. Todo desde que se habían visto en el avión hasta el momento en el lago en el que él la había besado de tal manera que casi absorbe su alma.

—¿Enserio Annete quiere emparejaros? Mira que cuando se le cruza algo en la mente no para hasta conseguirlo. —Dijo Carlotta que se tomaba pequeños sorbitos de té y que se había olvidado de los platos en la cocina totalmente, absorta en la conversación. Afortunadamente las dos mujeres hablaban inglés, de hecho, en la comunidad muy pocos tan solo lo chapurreaban. Aquello facilitaba mucho las cosas para Melania.

—Sí, la muy chiflada está empeñada en emparejarme con el escritor.

—Y a ti eso te encanta niña y es que nuestro Domenico es un ejemplar único. —Dijo Albertina como si estuviera hablando de alguna colección muy especial de cuadros o algo por el estilo.

—No voy a negar que me gusta, pero emparejarme con él, no sé... —Respondió Melania, deseando no parecer que se moría por los huesos del italiano.

—Niña, de aquí a dos semanas estarás atrapada en las redes del amor, ya verás. Eso si ya no has empezado a enamorarte que eres súper joven para entenderlo. —Dijo Doña Albertina deseando coger una galleta, aunque se contuvo y apartó la mano, eso mostraba que se cuidaba y a eso se debía su buen aspecto que podía perfectamente competir con las jovencitas.

—Espero que no, Doña Albertina, él no quiere amor, tan solo me quiere en su cama. Además

no puedo estar enamorada, el amor no es más que un proceso neurológico que se produce en el cerebro e implica a diferentes partes: el hipotálamo, la corteza prefrontal, la amígdala, el núcleo accumbens y el área tegmental frontal.

Doña Albertina estalló en una risa estruendosa, estaba claro que aquella joven no tenía ni remota idea de lo que le pasaba, pues el beso que ella había observado era arrollador, de esos besos que daban paso a una historia de amor digna de un libro romántico, de esas típicas historias que escribe la gran Jojo Moyes.

—No niña, te equivocas, al igual que esos científicos que creen saberlo todo cuando lo que dicen son al igual que los religiosos, meras teorías. La única verdad absoluta es lo que uno siente y el amor es aquel sentimiento capaz de llevarte hasta el cielo, capaz de hacerte sentir más vivo que nunca, capaz de hacerte sentir que puedes lograr todo. Es aquello que da fuerzas y debilita al mismo tiempo, es aquello que nos enseña a perdonar, aceptar, ayudar, compartir... El amor, es el sentimiento más poderoso en el mundo y el que no lo ha sentido nunca, pobre de él que ha llevado una vida sin sentido alguno y careciente de significado.

Las palabras de la modista calaron hondo en el corazón de Melania. Sabía que era cierto lo que decía, su mirada mostraba a alguien que entendía aquello que hablaba. Sus palabras carecían de la vanidad de las típicas personas que aconsejaban con tal de parecer súper inteligentes, sus palabras eran verdades como puños. Sin ánimos de caer bien, sin zalamería, sin ningún adorno, tan solo su opinión basada en experiencias de la vida.

—Doña Albertina, me gustaría sentir eso. Me gustaría sentirme tan viva que la propia vida se quede atónita, me gustaría sentir que vuelo y creo que él es capaz de llevarme hasta el mismísimo paraíso o infierno porque su beso fue... Fue lo más intenso que he sentido en la vida, pero usted nos interrumpió en lo mejorcito. —La reprochó Melania con un mohín que hizo sonreír a ambas mujeres que escuchaban con atención.

—Te gusta mucho y la niña te encanta. Hablabas de ella con los ojos brillando, te enamoraste primero de ella y luego de su padre y eso me encanta, por ello tienes mi apoyo. Nuestro Domenico merece ser feliz y si mi querida amiga Annete ha sentido que tú eres la adecuada, eso significa que es así. Esta noche irá al bar de Annete y su esposo, siempre va con la niña, pues Ángela se divierte mucho allí, ya te habrás dado cuenta que Annete y Tommaso la adoran. Ve allí vestida de forma despampanante, intenta que antes de estar en su cama, te conozca, se encariñe. Creo que si alguien le puede enamorar eres tú porque nunca le había visto tan apasionado como hoy. Si te soy sincera, siquiera con su encantadora esposa, que en paz descansa.

La información dejó perpleja a Melania cuyo corazón se calentó mientras la esperanza comenzaba a crecer en sus entrañas.

—Sólo hay un pequeño problemilla. Antonella será un inconveniente e intentará hacerle la vida imposible a Melania. —Dijo Carlotta y su tía asintió.

—¿Quién demonios es Antonella? —Preguntó Melania, empezando a odiar a esa tipeja que siquiera había visto. Annete no había podido explicarla quién era la mujer en cuestión, pues la habían llamado sus nietos que se encontraban en Roma y a los que llevaba tiempo sin oír.

Capítulo 6

Carlotta había tenido la amabilidad de prestarla un vestido de color rojo vino que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Doña Albertina aparte le había dado una joya muy delicada, era una cadena fina adornada por un pequeño diamante en forma de trébol.

—No puedo aceptar esto. —Había dicho Melania, abrumada, pero la modista no admitía réplicas. Así que al final se lo había colocado ella misma en el cuello y le sentaba de una forma elegante y de lo más sensual.

Annete se había enterado del “plan” al cual habían denominado: “Derretir el corazón del escritor”, así que la mujer se había encargado de peinar primorosamente a Melania, cuyo cabello nunca antes había estado tan bonito. La mitad de su melena estaba recogida en un moño francés y la otra mitad caía por su espalda en suaves hondas. El vestido tenía escote en la espalda y el efecto de aquel brillante cabello acariciando la pálida piel, era de lo más deleitoso para la vista.

Eran las nueve en punto y ella estaba que trepaba por las paredes. Nunca antes había estado en una operación de conquistar un corazón varonil que al parecer tenía una niñera de muy mala leche y bastante posesiva con él.

—Te dará tiempo conquistar a nuestro artista antes de que Antonella llegue de sus vacaciones, porque una vez que esté en la casa nadie podrá tocar a Domenico. Siempre se las apaña de alguna forma para que este no sociabilice con nadie y menos con las mujeres. —Dijo Carlotta, mientras la ahogaba con la laca de pelo, le estaba echando la mitad del bote la muy chiflada.

—¿Estáis seguras de que nunca ha habido nada entre ellos dos? —Preguntó con dificultad, intentando tomar aire, aunque el químico de aquel producto entraba en sus pulmones.

—Oh querida, ella se muere por abrirsele de piernas, pero no es su tipo, él jamás se ha fijado en ella en el aspecto sexual, ya sabes. Lo malo es que confía ciegamente en esa zorra. — Respondió Doña Albertina.

—Por como hablas sobre ella, deduzco que no te cae muy bien. —Comentó Melania con diversión.

—Es que reconozco a este tipo de gentuza a cien kilómetros de distancia, tengo un radar especial para detectar zorras malparidas. —Dijo aquella mujer de aspecto refinado que soltaba más improperios que un camionero. Carlotta, Annete y Melania estallaron en carcajadas.

—Puede que mi amiga exagere muchas veces, pero en este caso doy fe que tiene toda la razón. Antonella supo ganarse la confianza de Domenico porque fue la mejor amiga de su difunta esposa. A veces les solía visitar y en cuanto esta murió, comenzó a trabajar de niñera, lloriqueando que le tenía cariño a Ángela y que no deseaba dejarla sola, que la niña necesitaría una figura maternal. Recuerdo que Domenico estaba hundido. La tristeza por perder a su esposa y la desesperación de encontrarse de repente con un bebé en los brazos, le llevaba hacía un agujero negro cuyo fondo no se veía, así que no rechazó a Antonella, agradeció su ayuda profundamente viéndola como si fuera Teresa de Calcuta, ya que según él, debido a la amistad que la unía con Rosetta y el amor que profesaba hacía Ángela, esta había dejado su trabajo de contable y se había trasladado a Fabbriche di Vergemoli sacrificando parte de su vida por ayudar en el cuidado de Ángela. — Relató Annete mientras sacaba su mejor perfume, fabricado con rosas, lo había podido comprar en un festival de rosas en sus vacaciones en Bulgaria.

—Pero si realmente sacrificó tanto es que le ama genuinamente. —Dijo pensativa Melania,

sintiendo cierta culpabilidad. La relación entre aquella niñera/contable y Domenico, debía ser muy estrecha y por mucho que hablasen sus amigas que no había nada entre los dos, según su opinión, podían estar equivocadas. Pasaban muchísimo tiempo juntos, inclusive algunas noches, según su entendido y era muy probable que con los años el cariño entre ambos creciera, pero si fuera así... Él no la habría besado de aquella forma... La pelirroja resopló, se sentía cada vez más confundida respecto a ese escritor cuyos labios la habían embrujado.

—Oh cielo, eres muy inocente todavía en algunos aspectos de la vida. Esa mujer logró que nuestro chico la pague el triple de salario del que recibía en su antiguo trabajo. Mi Tommaso habló con él advirtiéndole, pero siquiera le escucho a él, se sentía tan agradecido y pensaba que el sacrificio de Antonella era tan grande que convirtió su vida en la que viviría una princesa en un cuento. —Explicó Annete con pena. Se veía a leguas que Domenico era como un hijo para la mujer y para el bueno de su esposo, así que su preocupación era comprensible.

—Por no hablar que todo el dinero que le da para la niña, lo gasta en ropa carísima. El otro día la vi con un bolso de Michael Kors, tiene unos gustos realmente caros. Lo peor de todo es que Ángela no disfruta de su compañía, ya es más crecida y Domenico pasa mucho tiempo con ella, inclusive se la lleva con él a sus viajes, pero no siempre puede lo cual es entendible, es un artista que busca constantemente inspiración y necesita concentración. —Añadió Carlotta.

—¿Qué quieres decir con que Ángela no disfruta de su compañía? —Preguntó ella frunciendo su naricilla. De repente un instinto protector se había adueñado de su ser y sintió rabia al pensar en que aquella mujer entristeciera o hiciera sentir mal a la niña. Su mirada de mamá leona no pasó inadvertida a sus nuevas amigas.

—La niña no disfruta de su compañía, generalmente quiere estar alejada de su persona. Lo hemos podido notar varias mujeres del contorno. —Habló Doña Albertina.

Aquello era muy extraño según Melania. Una niña que echaba de menos una figura materna tanto como Ángela, debía tener una relación calurosa con la mujer que la había cuidado toda su vida. El hecho de que la pequeña fuera distante con su niñera, provocaba un sentimiento en la pelirroja difícil de describir. Los pelos de la nuca se le ponían de punta y un escalofrío recorría su ser.

Decidió apartar aquella sensación, primero debía conocer a la tal Antonella para formarse una opinión más objetiva sobre aquella mujer que le daba mala espina, aunque no la conociera en persona.

—Tienes tiempo de conquistar a nuestro escritor Melania, sin la influencia de Antonella, te será fácil, él ya te desea como si fueras una tarta de chocolate que se quiere comer lentamente. —Dijo Doña Albertina con cierta travesura en su tono de voz que sonrojó a la joven.

Finalmente, las cuatro mujeres se encaminaron hacia la calle para asistir al bar donde habría mucha diversión, al menos eso prometían Annete y Tommaso.

Todas estaban bien arregladas, hermosas y con miradas decisivas para conseguir aquella operación secreta en la que se habían inmiscuido.

El bullicio que reinaba a dentro del local era impresionante. Música moderna y actual italiana resonaba y retumbaba contra las paredes de aquel sitio que mezclaba el pasado y el presente en una perfecta simbiosis.

El choque de copas, las risas, y la gente hablando a gritos y súper animada, provocaban en uno, una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya ambiente! —Había exclamado Melania, deseando bailar.

—¡Vamos a bailar! —Gritó Carlotta que era la más joven y se notaba que su sangre bullía. Annete y Doña Albertina se fueron donde Tommaso que las esperaba con una sonrisa dibujada en su rostro afable y sujetando dos copas de vino blanco ya preparado para su esposa y para su buena amiga.

Las jóvenes se dirigieron hacia la pista improvisada y comenzaron a bailar al son de aquella música que invitaba a romper las caderas moviéndolas. ¡Precisamente eso hicieron Carlotta y Melania!

Se olvidaron de todo y vivieron la música con el alma moviendo sus cuerpos de una forma que invitaba a las miradas masculinas a comérselas, aunque ellas siquiera se daban cuenta, estaban ocupadas riéndose y enseñándose la una a la otra movimientos sensuales que habían aprendido de las cantantes actuales que dominaban el mercado de la música.

Mientras movía las caderas con suavidad agachándose hacia abajo de manera sensual, Melania se sintió observada, como si hubiera unos ojos que la quemaban y al darse la vuelta su aliento se cortó al ver a Domenico mirarla entre enfadado y excitado

Sintió su corazón golpear contra sus costillas como si deseará salirse y chocar contra el rostro de aquel italiano que estaba provocando cambios en su vida a pasos tan rápidos que el propio “Tiempo” debía estar flipando. Él estaba tan guapo que quitaba el hipo, vestido de manera casual y relegada, con unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra que marcaba sus músculos.

—“Sigue, provócale” Debe desearte tanto que su anhelo más grande sea abrirte las piernas, pero como no le darás ese capricho, poco a poco su corazón empezará a caer en las redes del amor y en tus encantos. —Dijo Carlotta susurrando en su oreja y luego la guiñó un ojo como cómplice.

Melania se sonrojó un poco, pero asintió. Mirándole fijamente comenzó a moverse tal y como había visto a Jennifer López en alguno de sus videoclips, probablemente no le quedaba como a la famosa artista, porque no poseía esos atributos impresionantes que debían estar asegurados en la Seguridad Social, pero juzgando por la mirada de su escritor... No lo hacía nada mal. La protuberancia que se apreciaba a través de la tela de sus vaqueros era una clara demostración de que hacía un trabajo estupendo.

La pelirroja comenzó a tocar su cuerpo mientras movía el culo y aquel vestido subía por sus muslos mostrando sus piernas en toda su gloria.

De repente sintió a alguien tocar su hombro. Se dio la vuelta y un joven de la edad de Carlotta la miraba embobado.

—¿Balliamo, bella donna? —Gritó este. Melania se fijó en él. Era guapísimo. Moreno, alto y de ojos verdes rodeados por unas pestañas de infarto. Su cuerpo todavía no era varonil en su totalidad, pero se veía que su genética era benevolente y muy pronto se convertiría en un hombre apuesto que robaría corazones de pobres féminas a su paso.

—Oh, pues es que yo...

Antes siquiera de poder responder, una mano firme la agarró del brazo y la apartó de aquel joven con cierta agresividad, cuando ella giró la cabeza, su corazón saltó de alegría al ver ante sí a Domenico. Era tan sensual que su boca se secaba, deseaba probar cada centímetro de aquel gran hombre.

Todos les observaban sin cortarse un pelo, lo cual provocaba que Melania se sonroje como un maldito tomate.

—Eres tan sensual que me estoy conteniendo las ganas de estamparte contra la pared y follarte

hasta arrancarte el alma. —La dijo él con voz ronca. Melania quedó paralizada al sentir el creciente deseo de su cuerpo. Ese hombre era tan sexy que decirle que no, iba a resultar la tarea más difícil de su vida. Pero en eso consistía el plan, Doña Albertina había sido muy clara, nada de: “Fanculo”.

Mordió su labio inferior nerviosa y se sintió en la gloria al sentir su cuerpo masculino contra sí.

Tocó con las palmas sus pectorales y se sintió poderosa al ver que se tensaba. ¡La deseaba tanto como ella a él!

Decidió centrarse en la música, así que tragando saliva prosiguió con su baile, pero pegada a él, sintiendo que aquella protuberancia entre sus piernas crecía aún más y apuntaba directamente hacia su culo, pues estaba girada de espaldas a él.

Cerró los ojos porque su dulce erección combinada con sus manos en sus caderas era como un paraíso infernal.

De repente él la abrazó con fuerza como si la necesitará y ella sintió su corazón desbocado, asustada por todas las sensaciones que la provocaba, pero el temor se amortiguaba gracias a que se sentía más viva que nunca. ¿Estaba empezando a enamorarse? Se preguntaba la pelirroja. Necesitaba a sus amigas, debía hablar con ellas sobre estas nuevas sensaciones que no sabía descifrar. Las buscó con la mirada, pero en vez de hallarlas a ellas, su mirada se cruzó con la de una mujer que la observaba con un odio nada disimulado. Se le pusieron los pelos de punta, no necesitaba conocerla, sabía quién era: Antonella. Su instinto femenino se lo estaba diciendo.

Iba vestida con una minifalda demasiado corta teniendo en cuenta que estaba “trabajando” y encima de niñera, por no hablar de su generoso escote de su blusa color melocotón que no pegaba nada con la falda. No era muy atractiva, pero sí tenía su encanto. Morena de ojos cafés, delgada y con la nariz respingona. Su estatura era mediana, su cabello rizado, pero un poco encrespado lo cual quitaba puntos a esa melena que tenía un buen potencial.

No se amedrentó ante sus ojos que la taladraban, en cambio se abrazó más a Domenico y la provocó a propósito. Esa tipeja podía engañar a su escritor, pero no a ella, se le notaba la maldad a leguas. Ángela estaba al lado de la bruja, pero jugando con Tommaso que sonreía a la niña mientras sujetaba un muelle con los colores del arcoíris y lo movía de un lado a otro.

—Vamos a mi casa. —Susurró Domenico en su oreja, produciendo cosquillas en cada centímetro de su cuerpo. Ella sintió un escalofrío y con voz ronca que no parecía la suya, respondió.

—Nos estamos divirtiendo.

—Nos divertiremos mucho más a solas. —Contestó él de una manera de lo más seductora. En definitiva ese escritor era la sensualidad personificada.

—Vale, pero espera un segundo que debo hablar con Carlotta y Doña Albertina. —Dijo titubeando.

Domenico sonrió a un lado y ella sintió que sus piernas se ponían como flan.

—No tardes mucho. —Dijo contra sus labios mientras Melania le miraba con los ojos abiertos como platos. Sentía que estaba a punto de desmayarse de no ser por su brazo que la agarraba por la cintura con fuerza.

—Ahm, vale. —Respondió Melania murmurando y sonrojándose aún más, ya debía de parecer una huerta entera llena de tomates y la risa que él emitió se lo confirmó.

La pelirroja se tambaleó al apartarse del escritor y caminó por el bar buscando con los ojos a sus amigas que no hallaba por ningún lado. ¿Dónde demonios se habrían metido? Se preguntaba

siseando.

Decidió preguntarle a Tommaso cuando por el rabillo del ojo vio a la estúpida niñera acercarse hacia su hombre. La alarma en su cabeza se incendió al pensar que esa pava le haría cambiar de opinión. No, no podía buscar ahora a sus escurridizas amigas, debía proteger su territorio. Con la mirada de una leona caminó con los taconazos dirigiéndose hacia su escritor, pasando ante la multitud. Debía de salir agarrada del brazo de Domenico de aquel lugar, para dejarle clarito las cosas a esa niñera de pacotilla.

—Es que creo que Ángela ya quiere irse, está cansada y...

—¡Antonella! Debías volver el día doce, te di vacaciones de un mes ya que desde que cuidas a Ángela jamás las has pedido.

—Es que echaba de menos a mi niña y...

Melania oía la conversación entre la arpía y el escritor, pues la música había cesado, pronto iban a servir cenas a la gente y durante la comida simplemente charlaban de forma animada todos. Eso le había contado Carlotta para que no se sintiera confundida por sus costumbres, propias de su comunidad que nada tenían que ver con el resto de Italia.

—Disculpen que me inmiscuya en vuestra conversación, pero Ángela podría quedarse con Tommaso y Annete que estarán encantados de cuidarla, además la niña seguramente tendrá hambre y no hay motivo para que se vaya a casa sin comer. —Habló Melania asombrándose de sí misma, nunca antes había sido tan descarada. Italia la estaba sentando de fábula.

—¡La niña puede comer en su casa también! ¿Quién es usted y con qué atrevimiento mete sus narices donde nadie la llama? —Estalló Antonella, mirándola con altanería.

—Soy una amiga de la familia. —Contestó ella, esperando que Domenico dijera algo, aunque este se mantenía callado.

—¿Amiga? Oh ya veo la clase de amiga... —Contraatacó Antonella Mirándola como si fuera una furcia. Melania jadeó de indignación mientras Domenico contestaba con total tranquilidad.

—Quédate con Ángela, debe comer, opino igual que Melania y tú debes descansar, el viaje te ha sentado mal y estás más borde que de costumbre. ¡Discúlpate con Melania! Es nueva en Fabbriche di Vergemoli y merece una buena bienvenida.

La niñera tuvo la decencia de sonrojarse y con la cabeza agachada en un tono dulce e inocente respondió.

—Tienes razón Domenico, siento mi comportamiento señorita Melania. Ahora mismo me encargo de Ángela. —Acto seguido la morena dio media vuelta en dirección hacia la niña que no la necesitaba en lo absoluto, pues se lo pasaba de maravilla con Tommaso.

Melania hervía de furia, la muy astuta se había ido como si fuera la esposa sumisa y remilgada mientras que ella parecía el zorrón y la mala del cuento.

—Vamos nena, estoy impaciente por degustarte, tú serás mi cena.

Fueron las palabras de Domenico antes de agarrarla del brazo y tirar de ella con ímpetu hacía a fuera del bar. Un taxi les esperaba y subieron rápidamente acomodándose.

El coche arrancó, perdiéndose en la oscuridad mientras Doña Albertina miraba la lejanía y apagaba su cigarrillo, sabiendo que iban a acostarse, tan solo esperaba que a la mañana siguiente hubiera sonrisas en vez de lágrimas para Melania. La niña estaba enamorada ya, se le podía ver en los ojos, pero él... Él no estaba preparado aún para su amor.

—Tranquila Albertina. Tengo un buen presentimiento para estos dos. Cree en el milagro del amor que es una magia. —Le dijo Annete que todavía no había acabado de fumar.

—Ya... Pero a veces el amor parece una magia, pero la magia a menudo es una ilusión. —

Respondió la mujer, recordando una vez sentir esa ilusión que había acabado arrancando una parte de su corazón que jamás volvería a recuperar. El plan había consistido en que ella le atraparé en sus redes, no al revés y ahora... Todo entre Domenico y Melania iba rápido y estaba destinado al fracaso. Doña Albertina no deseaba ver el sufrimiento de la chica.

—Sé que acabaran ante el cura diciendo: “Sí quiero”. —Dijo Annete sin prestar atención a su amiga, con convicción.

Capítulo 7

La casa de Domenico estaba muy cerca de la suya, era hermosa por fuera, con la fachada en color arena y las ventanas blancas al igual que el porche. Colores tierra de grises y marrones eran los predominantes en la decoración exterior. La casa reflejaba una personalidad seria y honesta además de dar sensación de encontrarse en un lugar caracterizado por la elegancia y la tranquilidad.

Melania observaba aquel caserón de considerable tamaño, aunque un poco más pequeña que su casa.

—Pasemos a dentro, hermosa. —Dijo Domenico con un tono de voz aterciopelado. Ella, sonrojada, se dejó guiar. Pasaron por un caminito estrecho de piedras en cuyos laterales había rosales de un rojo intenso que deleitaban la vista. Lo cierto es que uno se daba cuenta desde afuera sin siquiera entrar a dentro que el dueño tiene muy buen gusto.

Melania tenía el corazón en la boca por los nervios, y mirando embelesada aquel lugar no se percató de que ya habían llegado hasta la puerta principal.

Domenico sacó las llaves del bolsillo de sus vaqueros, ella simplemente observaba sus movimientos y aunque parecía tranquilo, había cosas, detalles pequeñitos que le delataban, como por ejemplo: El ligero temblor en su mejilla derecha o el pulso que parecía que iba a estallar en su precioso cuello varonil.

Eso la tranquilizaba, que no fuera la única que pensaba que iba a explotar de los nervios, la calmaba considerablemente.

La puerta se abrió y dio paso a un recibidor muy bonito, espacioso y luminoso. Las luces estaban encendidas y daban sensación de calidez y hogar. Los muebles eran modernos y bien cuidados, aunque no combinaban entre sí.

Domenico caminó a través de aquel recibidor y ella le siguió hasta que llegaron hasta un salón que era de color gris claro y con los muebles en madera, en su mayoría. Era realmente reconfortante, había una chimenea que en los inviernos y en las épocas de las fiestas navideñas debía ser un gozo, pensaba Melania mirando todo sin cortarse, siempre había sido curiosa y con Domenico todo la interesaba el triple de veces más. Deseaba adentrarse en el alma de ese hombre y leer cada sentimiento, pensamiento, vivencia y anhelo suyo como si de un libro se tratará.

—Acomódate, preciosa. —La sugirió y ella se sentó sobre un sofá de color champán de piel. Muy reconfortante para dormir o para hacer cosas más deliciosas... Melania se sonrojó hasta la raíz del cabello por el rumbo que empezaban a tomar sus pensamientos. Domenico fue hasta un mueble bar exquisito en color oro y con detalles árabes y cristalería. Sacó una botella de vino blanco y sirvió dos copas.

Cuando pasó una de las copas a Melania sus dedos se tocaron y ambos sintieron un escalofrío recorrer sus cuerpos, mirándose uno al otro mientras el fuego danzaba por sus luceros.

Melania sedienta casi se acaba la copa de vino, provocando en el italiano una sonrisa de lado que no mitigaba sus nervios a flor de piel, al contrario.

—Nena, no hemos podido comer, ¿tienes hambre? —Preguntó de repente él y parecía sinceramente preocupado porque no haya comido ella, algo que calentó el corazón de la pelirroja.

—Yo no tengo hambre y ¿tú? —Le preguntó Melania apretándose sus delicadas manos sin percatarse.

—Yo tengo hambre, pero otra clase de hambre. —Respondió Domenico con voz tan ronca que perforaba el corazón de la joven pelirroja.

—Domenico yo... —Iba a decir algo para salir del embrollo, pues las palabras y consejos de Doña Albertina seguían retumbando en su cabeza a pesar del embrujo que provocaba la mirada y la voz de Domenico en su persona, pero antes de que pudiera terminar su supuesta protesta, sus labios fueron sellados con un beso que podía derretir el hielo del Antártida.

Todos los pensamientos que tenía en su cabeza se esfumaron, se disiparon sin dejar rastro de haber formado parte de su cerebro porque lo único que importaba en ese instante era seguir sintiendo el beso de aquel hombre que la hacía ver las estrellas. Deseaba sentirle, deseaba que sus cuerpos conectarán como un corazón partido por la mitad que se juntaba, así que se dejó guiar, se dejó caer en el embrujo de la burbuja del erotismo que renacía en el ambiente, bebiendo de sus labios el vino que antes él y ella habían tomado de las copas de cristal. Melania se dio cuenta que la deliciosa bebida alcohólica sabía mucho más rico de sus labios que del fino cristal...

Se besaron como si no hubiera mañana mientras sus cuerpos ardían de deseo anticipado.

La mano de Domenico acarició su cuello, arrancándole un gemido suave que penetró en su corazón masculino.

Ella deseaba mucho más, su cuerpo lo anhelaba, sentía toda su piel tan sensible como nunca antes, siquiera podía concebir la posibilidad de sentir tal placer con unos simples besos y caricias con un hombre. Hasta hacía nada pensaba que eso ocurría únicamente en las películas románticas, pero ahora lo sentía ella y era algo fuerte, profundo, indescriptible...

La mano que acariciaba su delicado cuello bajaba por su hombro mimando su suave piel lentamente, tan lentamente que parecía castigarla.

Melania acariciaba su pecho a través de la tela de su camiseta, deleitándose con aquellos duros músculos que demostraban que el hombre se cuidaba y se ejercitaba muy a menudo.

Domenico se apartó y se quitó la camiseta con la rapidez que poseería un tigre persiguiendo a su presa.

La pelirroja quedó sin respiración al contemplar su desnudez, su cuerpo resultaba mucho más atractivo de lo que había imaginado. Sus pectorales eran para caérsele a una las babas.

Sus vaqueros iban a correr la misma suerte que su camiseta, así que colocó sus manos en la cremallera, mirando fijamente a los ojos de la pelirroja que se pasaba la lengua remojando sus labios secos y cuando se oyó el ruido de la cremallera bajando, ella sintió su entrepierna empapada, sintió los jugos de su deseo deslizarse por sus muslos.

Finalmente la dichosa prenda fue apartada y ella pudo ver unas piernas torneadas, parecidas a las que tienen los futbolistas, lo único placentero de ver ese maldito deporte cuando su tío les obligaba a todos ver partidos que duraban una eternidad.

Casi se le para el corazón al ver sus Bóxer de color marino con los bordes en blanco. Su paquete se marcaba de una forma impresionante, lo cual demostraba que el tamaño de su sexo era considerable.

Domenico se la comió con los ojos antes de quitar la última tela que cubría esa parte de su anatomía y quedar como dios lo trajo al mundo ante la vista de su acompañante.

—¿Te desnudas para mí, preciosa? —Preguntó él con voz ronca y aterciopelada.

La pelirroja tragó saliva antes de levantar las manos hacía los tirantes de su vestido. Primero bajó uno, dejando su hombro al descubierto mientras sus dedos temblaban y su corazón amenazaba por explotar de todos los sentimientos que la asechaban y se entremezclaban en su interior, como si fuera una batidora.

Después, el segundo tirante corrió la misma suerte mientras la joven muchacha observaba al escritor con los labios entreabiertos y sus ojos brillantes de pasión. El nacimiento de sus delicados pechos se podía apreciar, no llevaba sujetador, lo cual convertía todo aquel ambiente en mucho más pasional, sus carnosos pechos se apreciaba que eran de color blanco como la leche y Domenico se imaginó que probablemente sus pezones eran de un tono rosado muy hermoso.

No tardó en comprobar que efectivamente así era. Ella bajó aquel vestido hasta su cintura enroscándolo en esa parte de su cuerpo como si la prenda fuera una serpiente que la atrapaba.

Domenico se relamió los labios al ver esos turgentes pechos con los pezones erectos, rosaditos, sensibles y deseosos de ser acariciados, chupados, mordisqueados...

—Levanta el vestido, nena. —Le dijo Domenico sin apartar la vista de ella. Melania se sintió sensual como nunca antes. Llevó sus dedos al borde de su vestido y comenzó a levantarlo hasta que quedó al igual que la parte de arriba, enroscado a su cintura. Sus braguitas de encajes estaban hechas para seducir, lo cual explicaba esa mirada hambrienta de su escritor que parecía estar a punto de perder el control.

—Ahora esto, preciosa... —Señaló Domenico sus braguitas y añadió. —Quiero ver tu coñito.

Melania pensó que para parecer tan distante e incluso introvertido, era de lo más directo cuando debía y eso la encantaba, aquel hombre era puro sexo.

Se quitó las braguitas quedando ante él desnuda, aguantándose las ganas de taparse porque lo cierto es que se sentía insegura. Tenía una diminuta panza... ¿Se daría cuenta él?

—Si me pidieran definir la poesía erótica, les describiría a ti, tal y como estás en ese momento: Tu gesto, tu mirada, tus cabellos alborotados y salvajes, tus mejillas sonrojadas... La perfección divina. —Habló Domenico dejándola en shock. Se sentía bellísima, la mujer más hermosa del contorno porque él la miraba como si en verdad lo fuera.

—Exageras... —Le respondió con una risita, parecía una gatita mimosa.

Domenico se acercó cortándole el aliento y se sentó junto a ella, abrazándola por la cintura y atrayéndola hacia sí, de modo que ella quedó sentada sobre su rodilla rodeando con sus manos su nuca.

—Yo nunca exagero mi bella, sé admirar la belleza y tú eres tan hermosa que podrías deslumbrar a la luna. —Dijo Domenico absorto porque el reflejo del ventanal en forma de arco reflejaba las curvas del cuerpo femenino, definiendo su forma de manera dulce y delicada como si fuera una guitarra que esperaba ser tocada para emitir la música de su placer. Sus pechos perfectamente balanceados era lo que más sacaba de sus casillas al escritor que empezaba a acariciar con su dedo la piel de su largo cuello que tenía la elegancia de un cisne.

Ella suspiraba dulcemente aguantando sus gemidos que pugnaban por salir. Era impresionante, pero su piel era muy sensible a su tacto.

Prosiguió con sus caricias, atrapando de paso sus labios entre los suyos y ahogando sus gemidos que eran pura delicia para sus oídos. Los corazones de ambos latían con fuerza, el ambiente era eléctrico, como una burbuja erótica que los había absorbido en su interior mientras el resto del mundo dejaba de existir en sus mentes.

La mano que tenía la delicadeza de un guante de terciopelo a su vez la firmeza de una roca, bajó por su cuello hasta que llegó a su pecho que amasó con cierta brusquedad que a ella le encantó, pues acrecentaba su pasión aún más si cabía.

Cuando agarró su delicado pezón entre su dedo índice y el pulgar, un rayo pareció traspasar a Melania que se estaba retorciendo de placer susurrando: "Domenico".

Su suplica inconsciente le hizo sentir victorioso, su ego masculino se sintió alabado y sus

ganas de proporcionarla aún más placer se acrecentaron. Deseaba llevarla al paraíso, proveerla de gozo era una prioridad.

Dejó sus labios sonrojados e hinchados para empezar a degustar su cuello, el pulso que podía notar acelerado en sus labios era lo más dulce que alguna vez había sentido.

Ella a su vez acarició su cuello, bajando por sus brazos que eran duros como las rocas, marcados con músculos que la volvían una demente por poder sentirle.

Domenico jadeaba sintiendo que su hombría estaba a punto de explotar de lo erecto que estaba, pero su lujuria se mitigaba por el deseo de saborearla lentamente, aunque fuera un infierno para ambos, sabía que al llegar a las puertas del Edén sería explosivo. En su mente ella chorreaba como una fuente por sus expertas caricias así que no pensaba perder el control.

La dulce tortura de sus labios llegó hasta sus pechos, lamiendo sus aureolas despacio y formando un círculo de saliva alrededor de su pezón excitado que parecía suplicar por ser mordisqueado y precisamente eso hizo a continuación el italiano... Mordisqueó el capullo arrancando gemidos de placer de la fémica que había arqueado el cuello hacía atrás, poniendo los ojos en blanco sin ver la lámpara de araña con exquisitos cristales de murano que había frente a su mirada.

Sujetaba el pezón rosadito entre los dientes, estiraba ligeramente y soltaba para después pasar la lengua por aquel sitio resentido. La mezcla entre dolor y placer era brutal y Melania creía que iba a estallar pronto en un intenso orgasmo y eso que todavía no habían empezado.

Sus manos de artista, tan hábiles empezaron a acariciar su sexo empapado por encima de las braguitas mientras sus labios no paraban de torturar sus pechos.

—Arráncalas, ya te quiero sentir dentro... —Gimió Melania

Su exigencia en suspiros de súplica, fueron la invitación que él necesitaba, así que arrancó sus bragas y la tela se partió por la mitad liberando su caliente vulva deseosa de ser conquistada.

Un dedito entró en aquella cavidad y un grito de placer inundó la sala, era prolongado y él cerró los ojos como si fuera una canción que ella le dedicaba.

Domenico comenzó a jugar con sus labios íntimos, pellizcando su clítoris de vez en cuando mientras Melania se estaba arqueando de placer sin tener control de su cuerpo.

—¿Te gusta? —La preguntaba Domenico en susurros y con una sonrisa del zorro que se acaba de comer su presa.

—Ah sí, sigue... —Le suplicaba ella con la mirada en blanco hasta que el infernal pedazo de cielo cesó y ella respirando con dificultad centró sus luceros en los de él.

—Domenico abrió sus esbeltas piernas dejando aquella vulva en todo su esplendor ante su vista. Era deliciosa, tan mojada y preparada para él. De una sola estocada entró en su ser y ella clavó sus uñas en su espalda sintiéndose completa por primera vez en la vida.

—Estás estrecha, cielo. —Murmuró él y salió de su interior mientras ella se quejaba lloriqueando, queriendo mucho más.

Domenico no la defraudó y la embistió otra vez, de manera mucho más pasional mientras ella le apretaba no queriendo separarse más de él.

La tortura era tan dulce que ambos, bañados en sudor, gemían por alcanzar el Nirvana. Un vaivén de estocadas cuya fuerza era cada vez más grande que la anterior comenzó. Sus cuerpos encajaban perfectamente, parecían conocerse de años. Embrujados por el erotismo y el deseo descomunal, se besaban mientras sus cuerpos danzaban al son de sus jadeos. Con una última estocada ambos llegaron a aquel ansiado goce que no se podía describir con palabras.

Respiraban agitadamente abrazados uno al otro. Los dos sabían que no bastaba con una sola

vez y es que la noche era larga e invitaba a por muchos más rounds.

Capítulo 8

El canto de los pájaros despertó a Melania. Sonrió al ver que estaba acurrucada en los brazos de Domenico.

Recordó cada juego sensual que habían jugado durante la noche. Él tenía una energía envidiable, apenas la había dejado descansar.

Melania le observó dormido, el perfil de su nariz, sus pestañas, la baba que se caía por la comisura de sus labios... En otro le parecería asqueroso, pero en él resultaba tierno.

Se estiró con cuidado y posó sus labios sobre los suyos de manera delicada, besándole con afecto. Ya no lo dudaba ni un poquito. ¡Se había enamorado hasta las trancas! Él era lo que siempre había faltado en su vida. Aquel sentimiento de vacío que la había perseguido toda su vida se había disipado un poco al pisar La Toscana, pero ahora que había hecho el amor con ese hombre que aceleraba el ritmo de su corazón, el vacío había desaparecido, se había evaporado.

Estaba tan feliz que no paraba de agradecer a dios el hecho de haber tenido las agallas de emprender ese viaje, de alejarse de lo conocido y vivir estas experiencias tan increíbles.

Todo iba rápido, pero a su vez de una forma que solo se podía describir como un ensueño.

Sin aguantarse las ganas, acarició con la mano la mejilla de él mientras sonreía. Después se levantó con cuidado, pero su brazo fue agarrado con fuerza precisamente en el momento en el que su piececito pisó el suelo de parquet.

—¿Dónde te crees que vas, preciosa? —Se oyó la voz de Domenico. Con solamente oírle, el corazón de ella saltó en su pecho. Le miró sobre su hombro con las mejillas sonrojadas porque aunque habían compartido mucho, mirarle sabiendo que estaba desnudo bajo las sábanas, era algo que la entusiasmaba y a su vez avergonzaba como si estuviera en la edad del pavo.

—Bueno, yo... —Titubeó ella, sin saber qué responder. Domenico sonrió y sus ojos brillaron con travesura. Tiró de su brazo hasta que la tierna muchacha quedó sobre su cuerpo.

Ella cerró los ojos posando las palmas de sus manos sobre su varonil pecho. Su miembro parecía crecer cada vez más y ella podía sentir que estaba a punto de entrar en su húmeda vulva que ya estaba preparada para él. Su cuerpo respondía con rapidez a sus reclamos como si le perteneciera.

—Sabes que no nos bastarán ni tres veces ni cinco... Esto va para largo.

Dijo Domenico, mientras entraba en su ser lentamente.

—No, desde luego necesitamos mucho más... —Gimió la pelirroja mientras le recibía en su interior con alegría.

Un golpe brusco en la puerta interrumpió aquella actividad más que placentera que iba a ocurrir.

—Domenico ya es hora de levantarte, ¿acaso te has olvidado que tienes una hija?

La voz era la de Antonella y parecía una esposa celosa apuntito de derribar la puerta.

Domenico resopló y se apartó de Melania que se quedó alucinada. Esa mujer había usado en su contra su paternidad, tratándole de irresponsable por darse un respiro por una vez, como si fuera un mal padre. Eso la emputó y la hizo sentir cierto coraje. Se suponía que el trabajo de Antonella era cuidar a Ángela y no era para nada adecuado requerir la presencia de su jefe de esa manera. ¡Esa mujer le iba a tocar las narices, estaba claro! Se dijo mientras apartaba un mechón de cabello rojizo que estaba delante de sus ojos, molestándola.

Su italiano se vistió con rapidez mientras ella empezaba a buscar su ropa. Sus braguitas estaban hechas trizas y estaban colgando desde el radiador. No tenía ni remota idea de cómo habían acabado allí.

Antes de que él abriera la dichosa puerta, ella se puso rápidamente su vestido y peinó un poco sus cabellos alborotados con los dedos.

El desagradable ruido cesó en cuanto el italiano abrió la puerta. Antonella estaba delante mirando con inquina y un odio que resultaba desconcertante.

—¡Ya era hora! Non riesco a credere di aver lasciato Ángela sola per quella puttana. —Dijo la niñera con un tono de voz lacerante

Melania no entendía italiano, solo chapurreaba, pero eso pudo entenderlo perfectamente y furiosa fue hasta la mujer y la miró a los ojos sin miedo, diciéndole con claridad.

—Me insultas una vez más y te juro que te dejo sin un pelo encrespado en esa cabeza hueca tuya.

La niñera jadeó. Su inglés no era perfecto al hablarlo, pero entendía bien y tenía un nivel avanzado en dicho lenguaje. Ya lo había demostrado la noche anterior.

—Para tu información guapa, que de guapa tienes poco... Domenico no dejó a la niña, la dejó contigo y tu trabajo es cuidarla.

Antonella tuvo la decencia de sonrojarse, pero su actitud más remilgada duró poquito por culpa de Domenico.

—Por favor no te metas en una conversación que es privada. Antonella es como parte de mi familia y tiene razón, probablemente Ángela ha echado en falta mi presencia. —Dijo el italiano con cierta culpabilidad, dejando boquiabierto a Melania.

—Pues sí, ella lloró toda la noche, mi pobre angelito. —Dijo la niñera arpía, como ya la había apodado Melania, que se había quedado totalmente petrificada por la astucia de aquella mujer.

—Voy a ir a verla. Melania, acomódate y ve a desayunar algo, enseguida te acompaño. —Dijo Domenico y salió sin prestar siquiera mínima atención a las dos mujeres.

Melania se sentía de lo más ofendida, se había defendido y él le había dado razón a su niñera que ahora la miraba de forma burlona y altiva.

—Nunca estará contigo seriamente, te usará como la zorra que eres y cuando le aburras te dejará. —Dijo Antonella con un acento marcado y Melania sintió una rabia recorrerla de manera violenta.

—Puede, pero tú siquiera recibirás eso, no te desea. Siempre serás la niñera y en cuanto Ángela crezca lo suficiente... ¿Qué crees que pasará? —La respondió burlona.

Melania nunca había sido de la clase de mujer que ataca a otra, de hecho siempre había sido un carácter bastante tranquilo, alguien que solía evitar los conflictos, pero esta mujer en particular, aún sin conocerla del todo, la producía unas nauseas increíbles. Su mirada era sibilina, su alma se veía negra... Sus ambiciones inclusive parecían rozar la demencia. ¿Qué mujer se quedaba tantos años con un hombre que ni se fijaba en ella con tal de atraparle? Ni siquiera le tenía tanto cariño a Ángela como fingía. Domenico era muy estúpido y la creía al pie de la letra, de hecho, le daba tanta importancia a sus opiniones que inconscientemente hacía pensar a esa mujer que tenía una posibilidad con él. ¿Cómo no se daba cuenta de que se lo comía con la mirada? ¿Cómo no se daba cuenta de que en algún momento la obsesión de la mujer podía resultar peligrosa? Y es que ella le había pillado en un estado débil por la pérdida de su amada esposa y con una niña en sus brazos que no tenía idea de cómo cuidar...

Resultaba extraño que semejante persona fuera la mejor amiga de Rosetta cuando según

muchos en la comunidad, la esposa de Domenico antes de llevársela la muerte, era un ser lleno de luz, una mujer tierna, sensible, elegante...

Algo le olía a pescado podrido a Melania y estaba dispuesta a averiguar qué era.

Antonella la miraba con aversión, parecía aguantarse las ganas de no saltar encima de ella y arrancar la piel de su rostro con aquella manicura que era hermosa, pero no quedaba bien en su mano huesuda propia de una bruja.

—Él jamás me dejaría. Fui yo la que estuve cerca de él en sus momentos más difíciles, fui yo la que críe a su hija. Me tiene confianza como en nadie más y eso es mucho más importante que un simple deseo carnal que puede satisfacer con cualquiera. —Contestó la niñera y su mirada brilló victoriosa al ver que había logrado hacer mella en la recién adquirida confianza de la joven e inexperta Melania.

En ese instante un gritito captó sus atenciones. Ángela venía corriendo con un moño desecho y un vestido hermoso de color amarillo y con flores de color azul celeste.

—¡Ángela te vas a caer! —Gritó Antonella, aparentando una falsa preocupación.

La niña se tiró en los brazos de Melania riendo a carcajadas, parecía de lo más contenta de verla allí. Su padre venía detrás suyo con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros y una expresión seria en el rostro.

—Antonella, dijiste que Ángela lloró y me acaba de contar que se lo pasó muy bien con Tommaso y Annete. Ha desayunado y todo... No entiendo tu preocupación de antes. —Habló Domenico, observando impactado a su hija, la forma en que abrazaba a Melania. Era cierto que Ángela era una niña muy sociable, pero no hasta tal punto.

—Oh, pero qué niña... Se le habrá olvidado, pero estuvo llorando tanto que hasta empezó a dolerle la cabeza. ¿Verdad cielito? —Dijo la niñera, tocando el brazo de la pequeña que la miró con expresión vacía. Aquello preocupó a Melania, pero parecía que su padre no veía lo mismo, no notaba que el comportamiento de la pequeña era diferente cuando su niñera estaba cerca. La primera impresión que se había llevado Melania sobre Ángela, es que era abierta, receptiva, comunicativa, con chispa en sus ojitos... La niña que ahora veía no mostraba esas características de personalidad.

—Sí papi, se me había olvidado, pero te eché de menos y lloré. —Habló Ángela y su padre sonrió cogiéndola de los brazos de Melania y abrazándola con fuerza.

—Mi niña hermosa. Lo siento, no volverá a pasar. —Respondió él, besándola en la mejilla. Antonella sonrió contenta y la pequeña esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. Melania solo sentía náuseas, una bola concentrada en su pecho se había formado, como si estuviera presenciando algo malo, pero no debía abrir la boca, no todavía ya que era nueva, apenas les conocía. Domenico debía confiar en su persona primero, pero eso sí, no pensaba dejar a la niña mucho rato con aquella bruja que además al parecer, era una excelente actriz.

—Bueno ya que vosotras dos habéis desayunado, ahora nos toca a mí y a Melania. Antonella, ¿nos podrías preparar algo, por favor?. ¿Qué te parecen unos huevos revueltos con bacón, Melania? —Preguntó Domenico, sintiendo sus tripas rugir y es que siquiera habían cenado la noche anterior y habían hecho mucho ejercicio, pero que muchísimo.

—Me parece perfecto, con un zumo de naranja. —Contestó Melania intentando que las dudas que empezaban a asecharla respecto a la niñera no se notarán. Por desgracia su rostro y sus gestos siempre habían sido muy expresivos y era tan transparente como lo era el agua, esperaba que él no sospechara porque lo cierto es que se notaba su aprecio por esa mujer a leguas. Lo más probable era que la echará de su casa a patadas si se enfrentaba a la niñera sin siquiera tener alguna prueba

concreta y contundente en sus manos, y encima, era nueva, acababa de entrar en sus vidas... Debía mantener la compostura y la serenidad. La había dolido que él siquiera la hubiera defendido cuando la niñera la había insultado de manera tan despectiva. Esperaba que mínimamente dijera algo para calmar el ambiente o que le demuestre cierto respeto tras compartir momentos muy especiales, pero también debía comprender que a Antonella la conocía desde años y no desde apenas días.

—Debo arreglar la ropa de la niña, ayer anoche estuve tan ocupada calmándola que siquiera pude organizar sus nuevas ropas y cositas, así que me disculpareis, pero tendréis que cocinaros solos. Probablemente Melania sepa hacer algo. —Dijo Antonella, enmarcando la última frase con un tono menospreciativo.

—¡Pues claro! Me encantará cocinar, sé hacer unos desayunos que la gente suele pedir a gritos que venga más rápido la mañana siguiente. Eso me decía mi tío, que solía hablar poquito, pero sí alababa mis platos. Me enseñó mi tía Mitzi, no se le daban bien muchas cosas, pero siempre fue una excelente cocinera. —Empezó a hablar Melania con entusiasmo, sin darse cuenta que en una respuesta había contado hasta detalles de su propia vida, pero es que para ella era una buena oportunidad para conquistar al hombre, ya estaba totalmente de acuerdo con el plan de sus amigas, se había enamorado y no pensaba desaprovechar la oportunidad de entrar en el corazón de aquel hombre que temiendo sufrir no dejaba a nadie acercársele emocionalmente excepto su bellísima hija.

—Me encantaría comprobar eso. —Respondió Domenico con un brillo en su mirada que cautivaba. Inclusive en ese instante la pelirroja se daba cuenta de que la deseaba, de que si estuvieran solos probablemente le haría el amor allí mismo. El rumbo de sus pensamientos la sonrojó y apartó la mirada de la suya sintiendo su corazón acelerarse.

Antonella había presenciado aquel momento y no le había gustado un pelo, juzgando por el rencor que se apreciaba en sus ojos.

—Ahora que lo pienso, sí podría cocinar algo... —Empezó a decir Antonella mientras se retorció las manos compulsivamente.

—No, es mejor que organices el armario de mi hija. —Respondió Domenico y su tono gélido de voz no admitía réplicas.

La italiana asintió a regañadientes mientras el corazón de la pelirroja se calentaba. Domenico deseaba pasar el tiempo con ella y lo demostraba con sus acciones.

Él dejó a la niña que agarró la mano de la niñera con tristeza. Su gesto no le pasó inadvertido a Melania que como una leona, agarró a la pequeña por la otra mano y dijo. —La niña nos puede acompañar, ya que ha estado echando tanto de menos a su padre, lo justo es que comparta la hora del desayuno con él, aunque ya haya desayunado.

Ángela gritó —Sí, sí, sí. Eso es lo que quiero, quiero pasar el rato con papi y contigo, Melania.

Domenico asintió contento y los tres se alejaron de la niñera. Ambos sujetaban a Ángela por las manos mientras esta volvía a hablar sin parar y a contar mil cosas sobre Don Tommaso y su esposa.

Antonella miraba impotente aquel cuadro que parecía el de la típica familia feliz. El odio que sintió pareció sacudir hasta su alma dolorida por la injusticia. Llevaba sirviendo a esa mocosa y a Domenico tantos años y la pagaban así, caminando felices al lado de una simple puta inglesa. Eso no iba a quedar así, por ahora iba a observar únicamente y cuando menos lo esperarán...

Capítulo 9

Melania se puso a hacer el desayuno. No se sentía una intrusa en lo absoluto, de hecho conectaban los tres de una manera única como si se conocieran desde años. Era increíble, pero muchas veces uno conectaba más con alguien que conocía desde hace tres días que con alguien con el que llevaba toda una vida. Por ejemplo, con sus tíos nunca se había sentido tan a gusto.

Pronto la cocina de estilo moderno, pero con detalles rústicos olió deliciosamente.

Melania había puesto los fogones y en una sartén hacía huevos con bacón y en otra una pequeña tortita americana con sirope para la niña, que aunque ya había desayunado su apetito parecía avivarse otra vez. Su padre no había puesto objeción alguna, así que la pelirroja se había puesto manos a la obra encantada.

Después, Domenico y Ángela la ayudaron a servir en el comedor, una estancia hermosa con un ventanal que daba hacia el jardín de atrás de la casa. Las rosas parecían saludar a través de los cristales y los colores cálidos de aquella estancia invitaban a la relajación mientras uno comía a gusto.

En medio de la mesa en forma ovalada y de madera maciza había un jarrón de cristal con flores frescas. Unas rosas de color blanco que quedaban de maravilla. La vajilla en la que sirvieron el desayuno era de porcelana blanca con pequeñas florecillas de un tono rosa palo adornándolas.

Se sentaron y comenzaron a comer con apetito.

—Sí que tenía razón tu tío, está todo muy rico. —Alabó Domenico a la costurera cuyas mejillas se tiñeron de un rojizo hermoso. El artista comenzaba a hechizarse por esos sonrojos más propios de una virgen que de una joven mujer bellísima que debía haber tenido muchos novios.

El italiano frunció el entrecejo mientras levantaba el tenedor con huevos y bacón a punto de metérselo en la boca. Se había dado cuenta que no le gustaba imaginársela con otros hombres, no, no le entusiasmaba nada y eso le asustaba. No debería importarle, pues no tenían título y no lo tendrían jamás, siquiera la conocía y no pretendía hacerlo, era simplemente una aventura.

Se decía a sí mismo masticando los huevos. Era un plato sencillo que incluso un niño de once años sabía hacer. ¿Qué tenía entonces de especial el maldito plato de huevos para ser tan rico? Pensaba, aquel escritor cada vez más confundido, cerrando los ojos mientras comía y deseando interiormente poder disfrutar de desayunos así todas las mañanas.

—Papi. —Llamó su atención su pequeña princesa. La miró y a continuación su hija preguntó algo que casi hace que le dé un infarto.

—¿Melania va a ser mi nueva mamá?

El zumo de naranja se le salió por las fosas nasales y Melania carraspeando se levantó y le dio una servilleta entretanto que le daba golpecitos en la espalda.

—Cariño, tu padre y yo solo nos estamos conociendo. Yo no soy tu mamá, pero podemos ser las mejores amigas... ¿Te parece? —Habló Melania a la niña con dulzura. La pequeña con una sonrisa ancha respondió.

—Me parece genial, Melania. —Aunque lo había dicho con alegría, en su tono, si uno sabía leer entre líneas, podía descifrar que había una ligera decepción y eso partió el corazón de Melania que comprendía perfectamente sus sentimientos, pues ella misma se había sentido así incontables veces.

A Domenico no le había gustado su respuesta nada. “Nos estamos conociendo”. No sabía si Melania había contestado así debido a la edad de su hija y porque no sabía de qué otra forma hacerlo o estaba confundiendo las cosas. Él había sido claro desde el principio, sólo sería diversión, nada personal.

—Papi hace mucho no hacemos picnics, podemos ir esta tarde al lago de Doña Albertina, ella no tendría nada en contra y Melania nos podría acompañar. Porfa papi, porfa, porfa. —Comenzó Ángela y él resopló. No deseaba compartir un picnic con Melania, pero nunca había sido capaz de decirle: “No”, a su hija. Esa era una de las razones más poderosas de que Antonella siguiera en sus vidas, ella era la mano dura, la que le paraba los carros a Ángela cuando hacía falta, eso sí, la adoraba como a una hija propia. Domenico sentía un profundo agradecimiento por la bondad de esa mujer hacia él y su niña.

—Muy bien, a las tres y media en punto podemos ir al lago y hacer un picnic. —Dijo finalmente con resignación. Su hija sonrió victoriosa regalándole la luna, le encantaba verla feliz. Melania también sonreía contenta y debía admitir que era jodidamente hermosa. El mejor accesorio de esa mujer era su propia sonrisa.

—¡Genial! Ya veréis qué bien nos la vamos a pasar. —Dijo Ángela y sin que su padre le viera, le guiñó un ojo a Melania. La pelirroja se quedó atónita. Al parecer tenía más de un cómplice en ese plan de conquistar a Domenico. Ángela era increíblemente inteligente para su edad y al parecer deseaba emparejarla con su papá. Melania sintió un amor hacia la niña en el centro de su corazón que no dudaba se iba a acrecentar mucho más con el tiempo, pues era imposible no adorar a esa criatura.

Se había puesto un vestido estilo años cincuenta. Era de color amarillo, muy alegre y con lunares blancos. La espalda era con cremallera y el escote pronunciado, aunque con discreción. El cabello decidió hacérselo con suaves hondas y además, como accesorio se decantó por una diadema de color rojo con lunares blancos. Su look era llamativo y las sandalias de cuña de madera lo complementaban a la perfección.

Había ido al supermercado, por lo tanto ya tenía preparada una cestita con frutas, dulces y zumos. Domenico había tenido la amabilidad de llevarla al mercado más grande, donde se podía encontrar de todo y que se hallaba a una hora de distancia en coche de Fabbriche di Vergemoli. Él era educado, dulce y respetuoso, pero distante. No bajaba la guardia con ella ni por asomo. Melania lo comprendía, debía tener paciencia, pero al final iba a conseguirlo, si hasta tenía la bendición de su hija, lo cual era la cream de la cream.

Salió de su casa encantada. Al día siguiente pensaba comenzar con las reformas, todavía no había hablado con Doña Albertina sobre si en verdad tenía el trabajo de ayudante de costurera, pero algo la decía que así era. Todo marchaba sobre ruedas, esa nueva vida cada vez le gustaba más.

Domenico la esperaba con su Opel Astra familiar. Una suave musiquita se oía desde el interior del coche. La pelirroja saltó los escaloncitos y llegó hasta el coche con la cesta de mimbre. La puerta del asiento de delante ya estaba abierta así que entró y saludó risueña. Ángela se estiró y la dio un besito en la mejilla, mientras que Domenico la saludó con frialdad, con un simple: —Hola. —A continuación arrancó el coche mientras aquella melodía formada por el sonido de guitarras, perfecta para una película romántica dirigida por el director de cine Bertolucci, les acompañaba.

No tardaron ni cinco minutos y llegaron hasta las tierras de Albertina. No había nadie, así que iban a estar tranquilos, disfrutando del lago con total libertad.

Bajaron del coche. Melania y Ángela con dos cestas grandes en las manos y Domenico con las toallas, las mochilas y la crema protectora para el sol.

Caminaron en total silencio, mientras la niña correteaba. Ninguno de los dos se atrevía a hablar, hasta que él comenzó a decir.

—Solía venir a menudo aquí cuando me casé con mi esposa. —Él parecía ido, como si no estuviera en el presente y efectivamente, se encontraba en otros años, observando a su vida desde el ahora como si de una película se tratará, una triste película con un final nefasto.

—Ella era de espíritu libre, siempre dispuesta a divertirse, casi siempre sonriendo y su amabilidad... —La voz del italiano se descompuso partiéndole el alma a Melania, pues era empática y podía sentir el dolor que debía estrujar las entrañas de aquel hombre tan grande, alto y fuerte que en ese instante se veía débil, e inclusive más pequeño.

—Solía vestir como tú. Con vestidos floreados de colores intensos. Su olor a jazmines siempre me cautivaba al igual que su sonrisa. Tenía tanta vitalidad que asombraba y provocaba alegría en todo aquel que la observase. Era la mujer más hermosa de Fabbriche di Vergemoli.

—Era una mujer muy especial. —Susurró Melania mientras sus ojos se empañaban.

—Lo era. —Contestó él con una sonrisa tan triste que Melania sintió unas ganas enormes de abrazarle, de consolarle y eso hizo. Le abrazó con fuerza, mientras él se ponía tieso, sin saber cómo responder a aquel gesto.

—Por eso estabas solo y pensativo aquel día... —Decía ella, aspirando el aroma masculino desde su cuello, que producía mariposas en sus tripas. Él se apartó bruscamente, casi tirándola al suelo, pero ella logró mantener el equilibrio.

—Sí, suelo venir de vez en cuando para rememorar nuestros más felices instantes. Este era uno de sus lugares favoritos. Caminaba descalza sobre la hierba, conectaba con la naturaleza como nadie que yo conociera. Nadaba en el lago con felicidad pensando que la esperaba una vida larga llena de aventuras y el destino me la quitó. Vengo aquí para respetar su memoria y fue aquí cuando te besé... Cuando rompí ese respeto hacia sus recuerdos.

Tras esas palabras Melania pudo entenderle mejor, descifrar su comportamiento y esos ánimos que cambiaban al igual que las estaciones del año. Parecía caluroso, afable y delicado para pasar rápidamente a ser frío y distante. La culpa era lo que trastornaba a aquel hombre. El sitio era muy singular para él, los recuerdos cuyos reflejos debía observar en las aguas de aquel lago que había presenciado su amor, debían doler en el alma porque pertenecían a una vida anterior, una que ya parecía un sueño.

Besándola precisamente allí, abandonándose a sus instintos, había pasado página, pero en su mente, pasar a otro capítulo debía resultar como si le estuviera traicionando.

—Dime una cosa, Domenico. Ella te amaba, ¿cierto?

—No dudo de que toda su alma me amaba, al igual que yo a ella. Solía decir que soy la manera en que el mundo la dice lo hermosa que es la vida. —Respondió él. Su voz estaba congestionada y esa tormenta en su mirada producía en Melania el deseo de ahogar su dolor, la necesidad de que pudiera amar otra vez y que ese amor fuera profesado hacia ella.

—Apuesto a que ella no querría verte hundido, te querría ver continuando, intentando ser feliz. Los miedos nos impiden jugar, nos impiden ver más allá de la costumbre de nuestra seguridad y por lo tanto nos perdemos las sorpresas, nos perdemos probablemente vivencias asombrosas que nos harán felices.

—¿Lo dices por experiencia? Debe de ser duro para ti tomar una decisión tan importante como mudar tu vida. ¿Fue por un mal de amores? —Se interesó Domenico, mirando hacía el lago que se

apreciaba en la lejanía.

—Lo digo por experiencia. El motivo de estar aquí empezando un nuevo capítulo no es el mal de amores, sino...

—¿Cuál entonces es el motivo? —Preguntó Domenico mientras la sujetaba por el brazo y comenzaban a caminar. Ángela se veía más adelante perfectamente, sus rizos castaños se podían apreciar con claridad, saltaba de aquí para allá riendo a carcajadas gracias a lo que parecía una mariposa colorida que volaba alrededor de la niña como si deseará jugar con ella.

—Quedé huérfana a temprana edad, digamos que casi que de recién nacida. Mis tíos: Mitzi y Arnold tuvieron que cargar conmigo. ¿Sabes? Ahora que estoy a miles de kilómetros de ellos, me doy cuenta que siempre me sentí eso, una carga. Hace poquito me enteré que me usaban por el dinero que les generaba en su pequeña empresa. Mi tía me lo confirmó con su actitud, ella siempre había estado muy en contra de que yo empezara mi propia vida y bueno, había un motivo que no era el que yo creía. Era tan ilusa que pensaba que me amaba con locura, pero que no lo demostraba, creo que en el fondo sabía la verdad, pero me negaba a aceptarla y embellecía toda la situación patética en mi cabeza. La cuestión es que este viaje rondaba por mi mente desde hacía mucho. Mi vida era vacía sin significado profundo y una rutina tan aburrida al igual que la pequeña ciudad en la que vivía hasta hace unos días: Boring —Dijo lo último riendo y él la imitó.

—Sé lo que es sentirte solo, sentirte vacío, puedo verlo en ti, pero debes permitirte ser feliz porque de lo contrario, opino que sí ensucias la memoria de Rosetta. Si ella era tan enérgica, tan llena de vida, creo que esté donde esté, le encantaría verte feliz, continuando tú por ella. Mis miedos no se comparan a los tuyos, pero te puedo asegurar que una vez que los dejas atrás y te centras en tus sueños, es imposible no ser feliz y no sonreír a la vida.

Las palabras de Melania calaron hondo en Domenico que sintió una profunda admiración hacía la joven y hermosa mujer que le acompañaba en aquel paseo. No deseaba admirarla y sin embargo, era inevitable. Ella apenas le conocía y era lo suficientemente valiente como para decirle lo que opinaba, no como el resto de gente que le hablaban de una forma tan delicada como si él fuera hecho de cristal y estuviera a puntito de romperse.

—Es admirable la decisión que tomaste y no creo que fueras ilusa para nada. Todos necesitamos ser amados, a mí me mantiene en pie Ángela, tus tíos eran la única familia que conocías y es normal que desearás su cariño, es precisamente eso lo que te convierte en una valiente, el hecho de abandonar la seguridad en búsqueda de la verdadera felicidad, en búsqueda de la forma de cumplir tus sueños. —Dijo el escritor.

Melania se sintió realmente a gusto. Se sentía comprendida probablemente por primera vez en la vida y no tenía dudas de que el destino la había llevado hasta Domenico. ¡Él era su hombre!

—Te mereces ser feliz, Domenico. —Susurró mirando sus labios.

—Sé por dónde vas, Melania y seré franco... No quiero mentirte, podría manipularte como harían el ochenta por ciento, pero ese tipo de personalidad no forma parte de la mía. No creo ser capaz enamorarme de ninguna mujer. No voy a negar que hacer el amor contigo fue una delicia, pero es todo lo que puedo darte. Una aventura cuya duración no puedo decirte, no te esperes más porque no habrá más de lo que hay.

Melania tragó saliva, le dolía, pero él era franco y ella demasiado valiente como para no aceptar el reto de cambiar su opinión. Sí, iba a intentar robarle el corazón.

—¿Sabes qué? De aquí a seis meses no pensarás así. Estarás tan enamorado de mí que te sorprenderás. Te robaré el corazón, italiano.

Domenico se quedó boquiabierto y luego empezó a reír.

—Juegas con fuego, nena. No quiero hacerte sufrir.

—Hagamos un trato. Si en seis meses no estás enamorado de mí, yo me apartaré de tu vida. Si lo estás, lo admitirás y te permitirás ser feliz, haciéndome de paso a mí feliz.

Domenico flipó por lo descarada que era, no podía evitar sonreír por su desparpajo. Al principio parecía tan tímida...

—Acepto el trato. —Pronunció sin siquiera darse cuenta.

—¡Genial! —Gritó ella con una sonrisa de oreja a oreja, calentando el corazón del italiano que creía no poseer uno, pues llevaba tiempo sin sentir, tiempo en el que el miedo bañaba sus días y dominaba su ser, siendo el consejero de sus acciones.

—Ahora me tienes que besar. —Le dijo de repente ella, poniendo morritos.

—¿Ah, sí? —Preguntó él de lo más divertido.

—Pues sí. ¡Sé un caballero y no me dejes más tiempo con la cara como un pato! —Contestó Melania indignada y Domenico riendo a carcajadas, la besó y qué beso era aquel...

Tan lleno de sentimiento que cualquiera que les observará diría que Domenico poco a poco se dejaría caer en los brazos del amor porque aquella mujer llena de agallas era la única que lo podía conseguir, la única que podía devolverle la alegría.

Eso mismo pensaba Doña Albertina que observaba por la ventana a través de las cortinas con dibujitos de limones, agradeciendo a dios estar equivocada. ¡La niña iba a conseguirlo!

—Esa tía se quiere tirar a todos los tíos de Fabbriche di Vergemoli—Dijo Carlotta con odio, mirando también sin cortarse y Albertina puso los ojos en blanco.

—No eres justa, Carlotta. Melania no tiene culpa de que el imbécil de tu novio se le haya acercado en la discoteca.

—Bernardino no es mi novio, tía. Y ya sé que Melania no tiene la culpa, pero no tengo con quién desquitarme. —Resopló la joven.

—Pues desde luego, Melania es la persona menos adecuada. Desquítate con ese sinvergüenza que te pide salir y luego va tras Melania. —Sugirió Doña Albertina y su sobrina miró con un brillo de venganza que danzaba por sus ojos.

—Desde luego, tienes razón, tía.

—Basta de chachará. Hagamos té helado y veamos estos nuevos bocetos para la colección de verano, Internet arderá con nuestros diseños. Así de paso, los dos tortolitos se conocen mejor.

—Pero, así nos vamos a perder el chisme. —Respondió Carlotta con indignación. Albertina sonrió, desde luego tenía su genética, se notaba a leguas.

—Créeme que después del picnic se pasará por aquí. Tiene dudas sobre si la daré el trabajo. Hablaremos de eso y de paso nos contará todo lo suyo con nuestro escritor con pelos y señales, así que ve y prepara una bandeja de esos pastelitos de limón. Será una tarde de chicas.

Carlotta sonrió divertida. Las tardes de chicas era lo más y además... El Moscato blanco iba de perlas con esos pastelitos. Los preparaban según la receta de una bisabuela y estaban para morirse.

—Tía, creo que Melania nos vendrá muy bien para el negocio. Me da la sensación que es trabajadora. —Dijo Carlotta antes de marcharse.

Doña Albertina sonrió con cariño, opinaban igual con su dulce y alocada sobrina.

—Me imagino su cara cuando se enteré que la página de moda más prestigiosa de Italia la llevamos nosotras. Todos creen que he parado de trabajar por culpa del mal de amores que me provocó ese degenerado.

—Pues todos están muy equivocados, eres una mujer tan fuerte e independiente que has creado algo emblemático y viviendo con total tranquilidad fuera de la vista de reporteros y curiosos.

—Lo hemos creado querida. Echa un vistazo a la pareja de tortolitos ¿quieres?

Carlotta miró apartando la cortina con discreción para después sonreír.

—Es idílico, tía. Las montañas se alzan a lo lejos con orgullo y el lago nunca ha estado tan hermoso. Ellos están agarrando a la niña de las manos y sonríen. Él parece feliz, pero no feliz como si estuviera fingiendo y tapando su dolor... ¡Parece feliz de verdad! —Dijo la muchacha, impactada.

—Esperemos que así sigan. —Contestó Doña Albertina.

Capítulo 10

—¡Ángela! ¡Baja de allí vas a ensuciar tu nuevo vestido! —Gritó Melania mirando con horror el vestido de fiesta que le habían creado ella y Albertina. Era hermoso, de gasa y de un color azul cielo que le sentaba de maravilla a su pequeñina, pero era de naturaleza tan salvaje que ya había jugado con el barro y el vestido parecía el de una campesina del siglo XV.

—¡Odio ponerme vestidos! —Farfulló Ángela mientras cogía un trozo de pastel y lo comía con ganas, manchando el vestido de chocolate y frambuesas.

—Uy nena, esta chiquilla cuanto más crece, más selvática se vuelve. —Dijo Alessia tomando una copa de vino. Llevaba un vestido rojo que realzaba su figura y todas las miradas masculinas estaban puestas en ella, a Beatrice no parecía agradarle eso y lo demostraba de forma graciosa, intentando tapar a su amada con un chal de seda floreado de vez en cuando. Ambas eran encantadoras. Una era mucho más extrovertida y la otra más sobria, con una vestimenta elegante de color negro que le daba aspecto de seriedad y una belleza serena.

—Ni te imaginas. Está empeñada en que se casará cuando crezca con Enrico. Él grita que antes muerto. —Dijo entre risas Melania mientras servía unos canapés para las chicas que pronto iban a llegar.

Los había preparado según el gusto de todos, así que había variados y tres bandejas enteras que se agotaban con la velocidad de la luz.

—Y supongo que el bambino sigue deseando casarse contigo cuando sea mayor. —Dijo Beatrice que se había acercado a ellas, dejando por fin la compañía del veterinario de la zona, un hombre que la ayudaba con su nuevo proyecto, la gran apertura oficial de un gran albergue de animales abandonados o maltratados que recibirían mucha ayuda, pues todos los habitantes de Fabbriche di Vergemoli habían contribuido con generosas sumas para que eso ocurriera. Lo bueno es que el proyecto además de ayudar a los animales, podía contribuir de manera significativa a la economía de la ciudad, causando una buena impresión y más visitantes, familias que vinieran a adoptar y se enamorarán de los perritos y gatitos que habían tenido mala suerte. Eso había sido estudiado por un analista de marketing que claramente demostraba que diferentes sectores podían ir de la mano.

Beatrice tenía en sus manos una bandeja con pastelitos de limón y se los zampaba sin siquiera darse cuenta que se estaba terminando la mitad de la considerable cantidad. Aquella fiesta se organizaba por ella, por esta gran apertura y como todos eran como familia, era un motivo de celebración. La bellísima morenaza se veía nerviosa por el acontecimiento, lo cual explicaba su gran apetito.

—Sí, no desiste de esa idea. El otro día Ángela le gritó desgañitada que es un tonto, que cuando él crezca, yo ya estaré tan arrugada como un Mastín Napolitano. Luego se disculpó conmigo y dijo que el culpable de sus frágiles nervios es Enrico. Dijo que ya le enseñaría algún día modales.

Explicó Melania a sus amigas y las tres se echaron a reír a carcajadas hasta que se les salieron las lágrimas de los ojos.

Cuando se calmaron Beatrice preguntó. — ¿Qué tal va el negocio? Tengo entendido que incluir moda infantil en las creaciones, ha ayudado mucho a que prosperé.

—Lo cierto es que el negocio de Doña Albertina ya iba viento en popa cuando yo llegué, pero

es cierto que incluir la moda infantil aumentó las compras y ganancias. Fue algo nuevo que muchas madres que van a la moda deseaban, eran unas importantes consumidoras y su necesidad prioritaria, pues cada madre quiere lo mejor para su hijo, aunque como veis... —Dijo la pelirroja señalando a Ángela y mostrándola con amor. —A los niños lo que menos les importa es su apariencia.

—Les importan cosas más sustanciales y gentiles, como el ser feliz. —Añadió Alessia. Intentando detener a su mujer, pues estaba ya a punto de atragantarse con los pastelitos mientras asentía durante toda la conversación por todo.

—Sinceramente, Melania, creo que eres muy humilde. La propia Doña Albertina dice que eres un talento puro, que tus diseños son originales, frescos y tu corte y confección impecable. Este curso que estás haciendo ha logrado sacar tus aptitudes y que las aproveches. —Habló Alessia que sentía admiración por el trabajo de su amiga, le había confeccionado un vestido tan hermoso que encima le había salido gratis, algo tan bien hecho que en una tienda podía costar alrededor de los mil euros. La tela era brocada de color azul pavo y cuando se lo ponía en ocasiones súper especiales, todos la alababan, parecía que sencillamente el vestido le sacaba mucho partido a su belleza.

—El curso es estupendo, me dan clases figuras como Eusebio Berlusconi, pero desde luego todo el conocimiento que adquirí en poco tiempo se lo debo a Albertina, es como una madre para mí, ya sabéis... Jamás en la vida habría creído que alguien que no es nada mío me podía ayudar tanto. Pagó mis clases, me ayudó con contactos, me enseñó tanto que no me llega toda una vida para agradecerse.

—Los amigos son la familia que uno elige. Doña Albertina está realmente orgullosa de ti, como todos nosotros. Yo debo agradecerle el hecho de dejarme celebrar esta ansiada apertura que tanto me costó en tu bellissimo jardín. La casa está quedando genial, el viejo Abernethy habría estado encantado de que hayas logrado modernizarla sin que perdiera sus detalles originales. —Dijo Beatrice, sus ojazos marrones decoradas por pestañas increíbles mostraban una autentica gratitud.

—No tienes de qué agradecerme, vosotras dos también me habéis ayudado siempre que lo he necesitado, además este jardín merece reuniones así. —Respondió Melania empezando a buscar a su hombre con la mirada, ya debía de estar allí desde hacía media hora. Había ido a por la tarta que había encargado a la pastelería hacía ya tres días. Era su sorpresa para Beatrice y Alessia, una impresionante tarta de tres pisos, pues finalmente habían conseguido que las admitieran en un programa de adopción en donde tras ver cientos de fotos, se habían decantado luchar por una niña africana que necesitaba con urgencia amor y cariño, la vida no la había tratado con el suficiente amor que necesitaban todos los niños del mundo, que debería tener cada pequeño infante inocente. Melania y otras tres personas contadas, eran los únicos que sabían sobre la lucha de las dos mujeres enamoradas que no era fácil. Muchas agencias daban niños a personas inescrupulosas, dementes y sin embargo, cuando se trataba de una familia buena, que vivían cómodamente y podían asegurar una buena vida a un niño, parecía que intentaban poner toda clase de trabas.

—Desde luego, aprovecharemos esta belleza de jardín para más fiestas. Se acerca el cumpleaños de Ángela y luego el de Annete... —Dijo Alessia mientras le quitaba la bandeja de las manos a su amada, pues tan solo había quedado un mísero pastelito.

—Nena, no sé dónde metes todo, pero no debe ser bueno. —Murmuró Alessia. Beatrice era delgada, ambas tenían cuerpo de infarto, poseían una genética que había sido benevolente con ellas, sobre todo Beatrice que tenía un metabolismo muy rápido, comía bastante y en cuanto subía

un par de kilitos los quitaba de inmediato con un poco de ejercicio. La envidia de cualquier persona.

—Estoy nerviosa... Sabes que odio cuando me mira todo el mundo. —Empezó a murmurar esta. Melania se alejó de las dos riendo y cuando advirtió a su Domenico a lo lejos llevando una caja de color rosa palo que claramente era la tarta, sonrió de oreja a oreja. Llevaba sin verle desde hacía dos horas o así, ya que la pastelería era una muy especial que se encontraba a varios kilómetros de su localidad, y le había echado de menos como si fueran años en los que llevaba sin verle.

Domenico parecía sentir lo mismo. Su sonrisa era amplia y como siempre pasaba, el corazón de Melania comenzó a latir con fuerza en su pecho. Su italiano estaba guapísimo vestido con un pantalón negro y una camisa blanca cuyas mangas había remangado hasta la altura de los codos.

Su cabello estaba ligeramente despeinado, pero a él le quedaba bien esa mezcla de elegancia y a su vez imagen de desenfado.

Melania corrió hacia él y cuando llegó cogió la caja de sus manos, gritando.

—¡Enrico! — El pequeño rubito no tardó ni un segundo en aparecer.

—Sí, Melania. —Dijo dulcemente.

—¿Puedes traer esto a la cocina? Con mucho cuidado, déjalo sobre la isleta. —Le preguntó con una sonrisa, estaba monísimo con su trajecito que al igual que Ángela, lo había ensuciado bastante.

—Claro. Huele delicioso, ¿qué es? —Preguntó el niño, mientras se relamía los labios. Melania frunció el ceño, igual no había sido muy buena idea encomendarle esa tarea.

—Cielo es una tarta y es de tres pisos... Igual te pesa mucho y debe estar entera porque en quince minutos se dará el brindis. —Empezó a reflexionar Melania.

—No, tranquila Melania, soy muy fuerte. —Dijo el niño levantando sus mangas y apretando el bracito.

Melania y Domenico comenzaron a reír. —Campeón, eres muy fuerte, pero te falta crecer un poquitico. Ya la traerá, el primo Ricardo, tú vete y haz algo que en unos quince minutos probarás la tarta, es más que deliciosa. —Habló Domenico, cogiendo la caja de Melania y llamando a su primo con la mano, este tomaba vino en compañía, pero con una disculpa se alejó de sus acompañantes.

—Señor, dígame a su hija que me deje en paz. No para de decir que se casará conmigo y me da vergüenza, es muy pequeña. —Dijo Enrico con un tono de voz que expresaba claramente su molestia.

—Vale, se lo diré, pero cuando se convierta en la chica más hermosa de la localidad, lamentarás haberla alejado, Enrico.

—No parece tan guapa... ¿Está seguro que será la muchacha más hermosa? Seguro lo dice porque es su hija. Yo quiero una chica como Melania. —Dijo Enrico convencido.

—Será igual de hermosa que Melania. —Afirmó Domenico y la pelirroja se sonrojó, eso quería decir que según él, ella era la mujer más bonita de la localidad.

—Oh, pues en ese caso no la diga nada. Esperaré a que se convierta en un cisne su patito, señor. —Dijo Enrico y acto seguido se marchó refunfuñando algo incomprensible.

Melania y Domenico estallaron en risas, el primo Ricardo había oído todo y también reía como si aquel niño fuera imposible.

—Este cabroncete, en cuanto se enamoró de mi niña le haré la vida un infierno. —Dijo Domenico que a veces se ponía hasta celosito porque su hija no paraba de hablar sobre el niño

con una adoración que derretía el corazón. Ese era el amor más genuino. Allí no había ni pizca de egoísmo, todo era puro sentimiento que la pequeña expresaba a los cuatro vientos siempre que podía.

—Primo, me alegra, pero, ¿cómo sabes que se enamorará de ella? No parece caerle bien nuestra Ángela.

—Mi hija le cautivará como lo cautiva todo a su alrededor. Este mequetrefe no sabe lo que le espera. —Respondió Domenico, tomándose las cosas demasiado personal, teniendo en cuenta que son niños.

Melania sonrió tiernamente y dijo. —Eso es cielito, con nuestra chica nadie se mete. —Ricardo sonrió, siempre era súper amable con Melania y parecía tener un aprecio muy sincero hacia su persona. Pero la expresión sonriente de Domenico había cambiado. Melania ya se había acostumbrado a sus cambios de humor, siempre que decía algo que expresará que era parte de su vida y de la de Ángela.

Él era dulce, detallista, tanto que siempre la dejaba sorprendida, más enamorada con cada segundo que pasaba, pero en cuanto decía algo que afirmaba lo que todo el mundo pensaba: Que eran pareja y que era como una madre para la pequeña Ángela, él ponía distancia. Ya habían transcurrido seis meses y su comportamiento al respecto no cambiaba, pero sí había avance, él era mucho más receptivo, abierto y cariñoso que los primeros meses de su relación.

—Te llame Ricardo para que dejes esta caja por favor en la cocina, sobre la isleta. Dentro de nada vendrán Annete, Doña Albertina y Carlotta, alguna de las tres saldrá con la tarta en cuanto la música paré y Melania haga el brindis. —Explicó Domenico y su primo asintió. Agarró aquella caja cuyo aroma le hizo cerrar los ojos y antes de marcharse se dirigió hacia Melania, que como siempre había actuado como que no se había dado cuenta del cambio de actitud de su hombre.

—Melania, sé que Carlotta es tu amiga y me preguntaba, este, pues... ¿Sale con alguien?

—No, no sale con nadie. Le gusta un imbécil, pero creo que es solamente una ilusión tonta... Pídele salir si te gusta, mi amiga merece un buen hombre y tú lo eres. —Dijo Melania sin cortarse. Odiaba al hombre por el que latía el corazón de su amiga. Él era descortés y siempre ligaba con todo lo que se movía. Carlotta sin embargo, una joven tan impresionante, necesitaba un hombre a su altura.

—Tal vez lo haga, gracias bellezón. —Contestó Ricardo con su habitual zalamería antes de irse.

Melania entonces abrazó a Domenico con fuerza y cuando el olor de su aftershave llegó a sus fosas nasales, sintió sus piernas débiles. El deseo, esa atracción física que tenían, parecía aumentar en vez de disminuir. Eso acrecentaba el temor de Domenico que no llegaba a confiar del todo en ella, la pelirroja lo sabía, pero no desistía en su lucha por conseguir su amor y sabía que hacia lo correcto porque Domenico era un hombre de la cabeza a los pies.

Él pareció dudar de si responder a su efusivo abrazo, pero finalmente lo hizo provocando que una sonrisa se dibujará en el rostro de la joven mujer que tan enamorada estaba de él.

Ella sabía en el corazón que en sus brazos se encontraba en casa, pues estos tenían el calor que debía representar un hogar.

Él la había apoyado en todos estos meses de manera incondicional con la reforma de la casa. La vieja mansión estaba quedando tan hermosa que quitaba el aliento. Muchos habían participado en su obra, casi todo Fabbriche di Vergemoli, pero sobre todo él.

Eran incontables las noches que se habían quedado pintando hasta que la madrugada les diera la bienvenida.

Eran risas, vino y entre las risas, besos que pronto se convertían en gemidos. Casi todos los fines de semana iban a algún lugar a descansar, una tradición que se había convertido entre ellos dos y la pequeña Ángela que se pasaba casi todo el tiempo con Melania. En la vieja mansión del señor Abernethy no faltaban nunca las risas infantiles.

Los servicios de Antonella llevaban meses sin ser requeridos y aunque esta no había dicho nada, se veía a leguas que estaba furiosa por estos nuevos acontecimientos que mudaban su aburrida vida.

Tenía una pequeña casa que había alquilado al panadero de la comunidad, solo salía de vez en cuando a comprar y jamás había asistido a las comilonas que organizaban a menudo Domenico y Melania. Eso le parecía extraño al escritor cuya inocencia cautivaba a la inglesa, pues él siquiera se daba cuenta de que la mujer en cuestión estaba despechada, más enfadada y rencorosa que nunca.

Alguna vez se topaban con ella en el supermercado y jamás le dirigía la palabra. Su ausencia había sido una alegría para Ángela. Parecía más feliz y contenta que una perdiz.

Melania muchas veces cuando se sentaban a jugar al té, intentaba indagar sobre la niñera, sobre si había hecho o dicho algo feo a la niña cuando se quedaban a solas, pero la pequeña jamás hablaba de su niñera, evitaba el tema de una manera preocupante para Melania que ya amaba a la niña como si fuera suya.

A Ángela en ocasiones se le escapaba un: “Mamá”, al dirigirse hacia la pelirroja, eso no le gustaba un pelo a Domenico cuyo rostro era como un libro abierto, expresivo e incapaz de esconder sus emociones profundas típicas de un alma de artista.

A pesar de su cautela y desconfianza, él la apoyaba como nadie antes en su vida. La daba ánimos a continuar formándose a ser mejor profesional y siempre demostraba su orgullo y felicidad cuando esta tenía éxitos.

Sus besos eran deliciosos, adictivos y hacía el amor con tanto sentimiento que Melania comenzaba a pensar que ya tenía su corazón, que él estaba igual de enamorado que ella, pero incapaz de admitirlo por ahora.

—Dame uno de tus besos, señor escritor. —Le dijo ella sonriendo, acariciando la palma de su mano con la suya, sabía que ese gesto le reconfortaba. Le conocía tan bien, mejor que a sí misma. Y él parecía poder leer su alma igual de bien.

Las pequeñas discusiones que solían tener las resolvían en la cama, ambos eran cabezotas, pero se comprendían. Muchos decían que parecían una pareja que llevaba años juntos.

—No podría resistirme a besarte hermosa. Cuando se trata de ti, por desgracia soy como una polilla que va hacia la luz. —Respondió él y cumplió sus deseos como siempre hacía. El beso fue delicado, pero sabroso y decía todo aquello que las palabras no.

Melania no estaba especialmente bonita ese día. No había tenido tiempo para arreglarse, sus cabellos estaban un poco despeinados y el vestido blanco a juego con sus sandalias de cuña, era muy sencillo, pero cuando él la miraba, se sentía la mujer más hermosa y sensual del mundo.

—¡Uy el amor, qué bello es! —La voz de Doña Albertina interrumpió el gran beso de película que todos los presentes habían presenciado sin cortarse en mirar.

La pareja empezó a reír a carcajadas. Se separaron y cada uno le dio un beso a Doña Albertina en la mejilla. Esta llevaba un vestido de terciopelo muy llamativo y por supuesto, iba a juego con su abanico y su pintalabios de color morado.

—Hola, tía. —La saludó Melania. Albertina sabía toda su historia y la había pedido explícitamente dirigirse a ella de esa manera tan familiar. Al principio era extraño para Melania,

pero con el tiempo se acostumbró y se sintió efectivamente así, como si la mujer fuera una tía, una madre y una amiga para ella.

—Hola mi tesoro. Carlotta y Annete están en la cocina, así que es hora de que des el brindis. —Le anunció Albertina con un guiño.

—Uf, me siento un poco nerviosa. —Contestó esta con una risita.

—Tranquila, preciosa. Tú puedes todo, si hay alguien capaz de dar un buen discurso eres tú. Ya hablas mejor el italiano que todos nosotros. —La alentó Domenico, dándole un beso en el cachete.

Eso era lo que más le gustaba a Melania de él, que siempre la animaba a ir por sus sueños. Había pasado de ser la soñadora e incapaz chica a ser una mujer capaz y más segura de sí misma.

Melania asintió y se encaminó hacia el centro del jardín donde habían montado un gazebo hermoso de color rojo y en forma hexagonal decorado con rosas de color blanco. Había ya un micrófono preparado. Vio a todos charlando animados, a los niños correr de aquí para allá y les cortó a todos el rollo tosiendo ligeramente para captar sus atenciones. Logró su propósito y cuando todas las miradas estaban puestas en ella, comenzó:

—Bienvenidos todos a esta fiesta en honor a mis queridas amigas Beatrice y Alessia. Este discurso y celebración es para que ellas sepan que siempre tendrán nuestro apoyo porque las apreciamos mucho. Cuando llegué a esta comunidad, yo era una típica inglesa que apenas balbuceaba el italiano, pero sentí el calor de estas tierras de inmediato. Las montañas, los prados y las personas me dieron la bienvenida de corazón y no tardé en sentirme parte de una gran familia. Aprovecho el momento para agradecer esto, pocos lo saben, pero gran parte de mi vida me sentí sola y muy poco apoyada, Fabbriche di Vergemoli, esta pequeña localidad cambió eso. Me hicisteis sentir arropada, apoyada, feliz. Nunca lamentaré mi decisión de emprender este viaje y es gracias a todos ustedes. Mi regalo para las bellísimas mujeres a las que dedico esta celebración, es algo que todos podréis disfrutar. En esta comunidad somos de buen comer, así que allí os va mi sorpresa, una tarta de la mismísima pastelería de: “La dolce vita”, la más prestigiosa de La Toscana. ¡A degustar y a celebrar! —Gritó esta con la copa en la mano. Los aplausos casi la ensordecen, mientras Annete y Carlotta llevaban aquella tarta de tres pisos tan hermosamente decorada y de trufa blanca y merengue.

La mirada de Domenico la había dejado boquiabierto. Era de admiración, era de gratitud, era la mirada de un enamorado. Se sonrojó de gusto y cuando bajó de los pequeños escalones del gazebo, él estaba allí preparado para abrazarla por la cintura. Pronto iba a comenzar a sonar la canción de ambos, iban a bailar hasta dejar de sentir las piernas.

Capítulo 11

—¿Qué libro será hoy señorita? —Preguntó amablemente la mujer de la librería.

—Quiero la nueva colección infantil de cuentos con sabiduría para mi niña. Luego, aparte, envuelto en papel de regalo, el primer libro del autor Domenico Rizzo.

—Muy bien, ¿quiere escribir una dedicatoria? —Preguntó la dependienta a su vez que ponía sobre el mostrador de cristal los libros pedidos y un papel de regalo muy bonito de color lila.

—Me encantaría, gracias. —Respondió Melania. Agarró el primer ejemplar de Domenico y con su bolígrafo dorado de edición limitada que él la había regalado y que llevaba siempre consigo, escribió sobre la superficie de la solapa: *Es muy bonito conocer a alguien que te haga reír hasta sentir lágrimas en los ojos, que te ponga nervioso, que haga creer que todo es posible, que te deje sin palabras y que no puedas dejar de mirar”-Melania”.*

A continuación la dependienta envolvió el regalo, la pelirroja pagó y salió de la coqueta librería.

Debía comprar todo tipo de decoración para el cumpleaños, todo iba a ser con el motivo de Elsa y Anna de Frozen, la película favorita de Ángela.

Mientras caminaba por las tranquilas calles de Fabbriche di Vergemoli sacó de su bolso su móvil para tachar las tareas que ya había hecho, ese bolso era súper especial para la joven, de piel, color negro y con cierre metálico, un regalito de Domenico cuando habían ido a pasar un fin de semana romántico en el El Agrihotel Il Palagetto, un hotel perfecto para pasar ratos deliciosos con la pareja, situado en las colinas toscanas por encima de Volterra y San Gimignano. Auténtica belleza rural con una piscina enorme con cascada que les permitía nadar viendo el panorama toscano. Esos pocos días los habían pasado haciendo el amor, degustando vinos acompañando con la comida típica toscana.

Melania recordaba que antes de ir, él había deseado llamar a Antonella para que cuide de la niña. Por supuesto ella se había negado en rotundo y él se había molestado, pero afortunadamente, gracias a que Ángela había dicho que no la importa quedarse con Annete y Tommaso, la niñera no había pisado la casa de Domenico.

Apenas se habían hablado con esa mujer, pero había algo en ella que desquiciaba a Melania y siempre que se abría el tema sobre la morena, discutían acaloradamente, lo bueno es que luego lo arreglaban con sexo que les dejaba sin aliento.

Tachó: “Comprar libros y regalo para Domenico” de su lista de tareas. Entró en la tienda de decoración y como una niña disfrutó comprando de todo, necesitaba que esta fiesta fuera increíble, inolvidable para la niña. No todos los días se cumplían nueve años y era el primer cumpleaños que celebrarían juntas. Debía ser especial.

Después se pasó por el supermercado, a Domenico le gustaban las gambas, Ángela las odiaba, así que cuando cocinaba siempre había variedad de platos para los gustos de los tres.

Compró vino porque ese día además del cumpleaños de Ángela celebrarían los seis meses que llevaban juntos con Domenico, por eso le había comprado su primer libro porque era un detalle que sabía que le encantaría. Ambos disfrutaban de pequeños detalles así, eran muy románticos y les gustaba que el otro se sintiera único.

Justo cuando salía del supermercado cargada con bolsas, deseando llevarlos a su nueva camioneta, regalo de Tommaso, su antiguo y amado vehículo Daisy que ella había reformado un

poquito, alguien la llamó, el móvil empezó a sonar.

Recordaba haber llorado de la emoción porque sabía que su camioneta era importante para él y que se la regalará a ella significaba mucho. Él era como el padre que no había podido tener.

Dejó las bolsas de papel en el suelo, cansada se pasó la mano por la frente, llevaba caminando de aquí para allá mucho tiempo. Contestó al móvil con la respiración alterada.

—¿Si?

—Estamos en casa de Domenico. Ven inmediatamente. —Sonó la voz de Albertina más seria que nunca, poniéndole los pelos de punta.

—En menos de un cuarto de hora allí estaré. —Respondió con preocupación, colgando el teléfono. Aquello no estaba bien, esperaba que no les hubiera pasado nada a la niña o a Domenico.

Rápidamente fue hasta el parking donde había dejado la camioneta, metió todas las bolsas en los asientos de detrás y arrancó como si el demonio la persiguiera.

Nunca antes había conducido a semejante velocidad. Su corazón latía con una rapidez preocupante. Por su mente como una película de terror aparecían toda clase de imágenes, imaginándose lo peor.

El tiempo se le hizo eterno mientras conducía por aquellas carreteras que afortunadamente estaban despejadas. Cuando por fin vio la casa de Domenico a lo lejos, casi se pone a rezar. Salió del vehículo y corrió por el caminito de piedras de diversos colores tierra y que llevaba hasta la entrada principal de la casa.

Recorrió la senda tan rápido que por poco se cae y se golpea de bruces.

Cuando llegó hasta la puerta ya estaba sin aliento. Sentía una ansiedad horrible y solo rezaba mentalmente que no hubiera pasado nada malo. Se preocupaba por Domenico, pero al pensar en que a Ángela le hubiera pasado algo sentía que alguien le quitaba el alma del cuerpo y la dejaba sin vida.

Abrió la puerta temblando de arriba abajo, sabía que estaba abierta. En el recibidor no había absolutamente nadie. Melania tragó saliva porque un escalofrío la recorrió como si algo muy malo estuviera a punto de ocurrir.

Caminó hasta la sala de estar, había luz, se podía ver desde la esquina del pasillo. Con el corazón en la boca entró y quedó paralizada al ver a Ángela sentada en el sofá y rodeada de Domenico, Annete, Tommaso, Albertina, Carlotta y... ¿Antonella? ¿Qué hacía ella allí?

Todos estaban con caras serias y alargadas. La niña en el medio del sofá, sentada entre su padre y su niñera. Sus ojos estaban hinchados y rojos de llorar, su expresión tan triste que Melania sintió las tripas del revés.

—Mi niña... —Dijo Melania intentando acercarse a su angelito, pero Domenico se interpuso ante ella con una agresividad desconcertante.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mi hija! —Gritó este con una voz que podía helar a cualquiera. Melania dio tres pasos hacia atrás, mirándole atónita, sintiéndose dolida por el odio y repugnancia que expresaban sus ojos.

—Pero qué... —La pelirroja siquiera era capaz de formular una pregunta. Estaba confundida, observaba a todos y cada una de las personas que amaba la miraba con asco, con una aversión que partía su corazón. Era como vivir una parálisis del sueño, como si tuviera una horrible pesadilla de la cual no podía liberarse, de la cual no podía despertar.

—Mi dulce niña, ya no podrá hacerte daño. —Susurró Antonella, abrazando a Ángela que parecía una muñeca de porcelana.

Melania se quedó estupefacta, parecía que aquella mujer hablaba de ella. ¿Qué demonios estaba pasando? Hizo el ademán de acercarse hacia su niña cuando un Domenico furibundo la empujó con fuerza y ella cayó al suelo con bolsas y todo. Un dolor recorrió su pierna, no sabía cómo pero había caído de una forma horrible torciendo su tobillo de paso.

—Mi niña, repite todo lo que nos contaste, sin miedo. Ante todos nosotros no puede hacerte nada. —Dijo Domenico a su hija y la pequeña asintió. Se levantó temblando, estaba claramente llena de temor y de un pánico que destrozaba a su padre cuya culpa se divisaba en cada facción de su rostro.

Ángela levantó la camisa de Mickey Mouse que le había comprado la semana pasada Melania. En sus frágiles brazos se veían moratones e incluso lo que parecían ser recientes quemaduras de cigarro.

Melania lo vio todo negro. El labio inferior de su pequeña temblaba y la ligera sonrisa que esbozaba Antonella le demostraba que todo aquello que alguna vez se había imaginado era real, pero jamás había visto esos moratones en la pequeña y eso que la había bañado incontables veces.

Entonces se fijó en aquellos moretones, parecían recientes, muy frescos y se acordó que Ángela había pasado el fin de semana en casa de una amiga cuya dirección se encontraba cerca de la vivienda de la niñera. Lo vio todo negro, se levantó como una leona protegiendo a su cría y gritando desgañitada: —“¡Fuiste tú!” —Sin siquiera hacer caso al dolor en su pierna y tobillo, sacó las fuerzas y agarró de los pelos a Antonella que gritaba como una sensible florecilla, como si estuviera atemorizada.

—¡Vuelves a tocar a mi hija una sola vez más y te quedas sin manos, bruja! Basura de ser humano... —Siseaba Melania mientras tiraba de su pelo y aquella pava gritaba como un cerdo en el matadero.

Alguien agarró su brazo con fuerza, provocándola dolor, era Domenico a quien ella no quería mirar a los ojos, la horripilaba el odio que estos mostraban. Cerró los ojos y dejó a aquella mujer que no tardó un segundo en pegarla un puñetazo en toda la cara, casi se queda inconsciente.

Se tambaleó hacía atrás y Doña Albertina la agarró, pero en cuanto Melania se dio la vuelta y la vio, la soltó como si quemará y con odio siseó.

—Has logrado engañarnos a todos, Melania. Es hora de que te vayas de aquí o de lo contrario te haremos la vida imposible. ¡A una niña! ¡A una pobre criatura! Y encima te dignas a culpar a Antonella que no tiene culpa de nada pues lleva tiempo sin ver a Ángela.

—No, te equivocas. No sé cómo, pero esta mujer ha manipulado a la niña. Yo amo a mi Ángela, jamás le haría eso. —Respondió con un sollozo.

En ese instante la agarraron del cabello con brutalidad. Pudo ver que era Carlotta. Antonella se la unió y empezaron a empujarla ambas fuera de la casa mientras Domenico miraba con odio, Albertina, Annete y el señor Tommaso decepcionados, con la mirada bañada de desencanto. Tan solo Ángela mostraba culpabilidad y tristeza, tal sufrimiento que Melania era incapaz de pensar en la injusticia que cometían con ella, toda su concentración estaba puesta en la niña, teniendo las enormes ganas de abrazarla y reconfortar su tierno corazón.

Las dos mujeres se la llevaron hasta la puerta.

—¡No! —Gritó Melania, pero la arrastraban con fuerza entre las dos y Antonella encima pellizcaba su brazo con ensañamiento.

Carlotta abrió la puerta con su mano libre y junto a la niñera prácticamente la tiraron hacía fuera, empujándola como si fuera una basura.

Melania gritaba desgañitada, pero nadie escuchaba sus gritos. Finalmente la puerta se cerró en

su rostro y ella intentó abrirla, pero por primera vez estaba cerrada con llave. Se quedó helada, sintiendo que acababa de perder a su familia. Su corazón estaba hecho añicos por aquella desconfianza cuando amaba con todo su ser a aquellas personas. Golpeó con los puños con fuerza sobre la dura superficie de la puerta, pero nadie le abría, nadie contestaba...

Se alejó llorando como nunca antes había llorado, temblando de desesperación. Se dio la vuelta, pero en vez de ir a su querida casa, tomó rumbo hacia la estación de autobuses. No sabía a dónde iría, sólo pensaba en aquello que había perdido por las mentiras de aquella niñera que había resultado peor que un monstruo de una película de terror. ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué Ángela había mentido así? Debía tenerla un miedo horripilante.

Con rabia apretó su puño, diciéndose a sí misma que la alejaría de su angelito. No permitiría que hiciera más daño a Ángela. Demostraría a todos que era inocente.

Caminó por las solitarias calles llorando desconsolada, con la cabeza gacha y la tristeza albergándola. Las bolsas habían quedado a dentro de la casa, pero afortunadamente tenía dinero en efectivo en el bolsillo de sus vaqueros. Metió la mano allí, pero por fuera de estos pudo divisar el tacto de algo que parecía papel. Lo agarró entre sus dedos y cuando lo vio ante sus ojos, quedó extrañada. Era un trozo de papel doblado en dos. Debía habersele caído a Carlotta o a Antonella mientras forcejeaban y se había enganchado en sus vaqueros.

Lo desdobló, era una nota. Leyó detenidamente y su corazón empezó a palpar como si estuviera a punto de salir. ¡No podía creérselo! Pero, aquellas palabras podían significar algo que dejaría en shock a cualquiera.

Fin

Elizabeth Betancourt es una colaboradora con diversas marcas, coach profesional y una escritora inagotable que ya tiene en el mercado de Amazon dieciocho obras para elegir. Entre sus éxitos están: Delicias Turcas y Un verano inolvidable en Grecia. Sus próximas obras serán: La venganza de Medusa y Sueños 2.

Podéis encontrar más sobre la autora en su página de Facebook:
<https://www.facebook.com/E.Betancourt/>

Y en su Instagram: Elizabethsuslibros